

"'Estoy sorprendido', dije en voz baja.

"Bueno—*¡diable!* No seas así', respondió burlón, 'porque es realmente maravilloso lo que puedes pensar si pones a prueba tu valor y te pones *frente* a tu destino como un hombre.'

"¿O un diablo—eh, Urbain Gautier?' dijo el capitán Benson; 'pero nada más de esto, o——'

"'No me amenaces, *mon petit capitaine*—mi buen hombre', interrumpió el gigante, con una mueca horrible, 'o——' y, deteniéndose, apoyó la mano con fuerza sobre el cuchillo.

"Urbain se volvió entonces hosco, insolente y feroz; pero conociendo su fuerza singular, que fallaba menos que la nuestra, y conociendo el secreto, los medios detestables y terribles con los que la mantenía —conscientes también de que tenía munición de sobra— disimulamos por igual nuestros temores, nuestras sospechas y nuestro rechazo hacia él.

"Después de que haviéramos trabajado durante dos horas en silencio, de repente nos detuvo a todos con un juramento.

"'¡*Nombril de Belzebub!* exclamó al capitán Benson, '¿de qué sirve buscar comida o caza en estos infernales páramos a los que nos ha llevado tu estupidez? ¡Echemos a suertes y averigüemos quién será fusilado por la comida del resto!'

"'Silencio, desgraciado', dijo el capitán Benson.

"'A eso llegará al fin', dijo Urbain, sonriendo.

"'Quizá ya haya llegado a ese punto', dijo Bob Jenner, imprudentemente.

"'¡Ah, *sacré!* ¿Crees que maté a ese chico, verdad? ¿Y tú también lo crees?' añadió a mí.

"'No lo he dicho', respondí, evasiva.

"'Será mejor que no, o por ——, si crees que soy capaz de cometer tal acto, o si lo dijiste——' y así sucesivamente divagaba incoherentemente, amenazando y acosando; pero todo el tiempo confirmando seguramente nuestras legítimas sospechas.

"'Vamos a dejarlo a la deriva; dejarle atrás; si podemos hacerlo, esta noche', susurró Jenner para mí.

"Por bajo que fuera el susurro, llamó la atención de los enormes oídos de Urbain, incluso amortiguado por las solapas de una gorra de piel de foca.

"Déjame atrás, ¿quieres? Bueno, puedes hacerlo; ¡Pero, diable! No me quedaré sin comida."

"Aproximadamente una hora después de esto nos encontramos con una catástrofe terrible pero significativa. Mientras todos avanzábamos en fila india detrás del capitán, Urbain tropezó con un trozo de hielo resbaladizo; cayó y, al hacerlo, su mosquete explotó, clavando su contenido justo en la parte trasera de la cabeza de mi pobre compañero de mesa, Bob Jenner, que cayó hacia atrás y murió sin un gemido.

"Nos horrorizó la repentina calamidad; todos, salvo Urbain, que se frotó las rodillas, murmuró un juramento y recargó con toda la rapidez de la alarma; mientras cada uno de nosotros leía en el rostro de su vecino la convicción de que había más de intención que de accidente en lo ocurrido, aunque todo parecía una víctima.

"Aún disimulando y con poco tiempo para el duelo, cubrimos los restos del pobre Bob con nieve y reanudamos nuestra melancólica marcha.

"Ahora éramos solo seis, y cinco de esos eran espantapájaros hambrientos.

"A una milla más adelante, encontramos las ruinas de una cabaña de troncos abandonada, que saludamos con una alegría extravagante como nuestro primer acercamiento a la civilización y morada de los seres humanos. Allí decidimos pasar la noche, que se acercaba, y allí encendimos un fuego, y con bloques de nieve llenamos la puerta, mientras el humo escapaba por una abertura en el tejado.

"Oh, qué amable fue el calor que sentimos; y aunque solo teníamos unos pocos fragmentos de corteza húmeda para masticar, nos habríamos sentido casi felices, de no ser por la reciente catástrofe y por nuestro temor de Urbain Gautier, que en cuanto cayó el crepúsculo dijo que iría en busca de un disparo, y cogiendo su arma se marchó.

"Respiramos más libremente cuando nos dejó; Pero nos estremecemos de intenso odio al saber que regresaba al lugar donde nuestro compañero muerto—demasiado seguramente asesinado por su mano—yacía sin ataúdes en la nieve.

"Sentíamos que ya no estábamos seguros con él, y todos éramos conscientes de que debía morir, como retribución judicial.

"Se echaron sorteos para el peligroso cargo de verdugo, y el destino recayó sobre mí.

"En lugar de alarma o remordimiento, me sentí como alguien que tenía un deber terrible que cumplir. Me di cuenta de que la justicia para los muertos y los vivos, si no para mi propia seguridad personal, exigía el cumplimiento de la terrible tarea que había sido mía, y con la más perfecta frialdad y deliberación revisé mi arma, examiné la carga, la torné cuidadosamente y esperé sin dormir que yo debía destruir—a este desgraciado—a este ghoul o vampiro, a su regreso de su horrible comida entre la nieve—un banquete que su propia traición y crueldad le habían proporcionado; y mientras esperaba así, el rostro del pobre Willy Ormiston, y la alegre voz del pobre Bob Jenner, como la había escuchado a menudo, cuando cantaba al timón o cuando compartía la guardia nocturna, me vinieron a la memoria con fuerza y claridad.

"Lancé más ramas secas al fuego y, deseando a mis compañeros de barco que durmieran, me puse a vigilar y medio dormir con mi arma a mi lado.

"Estaba seguro de que Urbain me odiaba; que sabía que sospechaba de él, y que probablemente sería su próxima víctima, especialmente si mi disparo fallaba, ya que entonces podría matarme legalmente, y lo haría con un solo golpe.

"Ya sentía que mi carne se erizaba ante la idea de que le ofreciera un colop, quizá mañana por la noche, cuando regresara furtivamente del siguiente lugar de detención.

"Nunca olvidaré los momentos cansados de aquella noche emocionante. He leído en algún sitio que 'es uno de los extraños instintos del medio sueño estar a menudo más vivo a la influencia de sonidos apagados y sigilosos que a ruidos más fuertes. Los más mínimos susurros, los murmullos bajos de una voz humana, el crujido de una silla, el correr con cautela de una cortina, sacudirán y despertarán las facultades que han estado insensibles al flujo apresurado de una catarata o al sordo estruendo del mar.'

"Sin embargo, debía estar dormido cuando un sonido me sobresaltó y pude oír pasos caminando suavemente sobre la nieve fría y helada. Despertándome, me dirigí a la abertura que pasaba por una puerta, y que, como he dicho, habíamos bloqueado parcialmente por la nieve; y a través de ella, a unos cincuenta pasos de distancia, vi la alta y oscura figura de Urbain alzándose entre mí y el espantoso páramo blanco más allá. Se alzaba como un gigante en la luna brillante pero menguante, que se hundía tras las colinas aún sin nombre, mientras una estela rojo sangre hacia el oeste mostraba dónde estaba a punto de amanecer.

"Mi corazón latía rápido, cada pulso se aceleraba y cada fibra hormigueaba, mientras levantaba el mosquete hacia mi hombro, apuntaba deliberadamente y, cuando estaba a menos de veinte pasos de mí, disparaba y lo mataba.

"La bala entró en su boca y salió por la base del cráneo detrás, dañando el cerebro en su paso y destruyéndolo al instante.

"Eso me dijo el capitán Benson, porque nunca volví a mirar su rostro, aunque lo he visto a menudo en mis sueños.

"Unas dos horas después de este acto sumario de justicia fuimos encontrados y relevados por un grupo viajero de indios, micmacs, que vienen a veces del continente americano y se domicilian principalmente a lo largo de la costa occidental de la isla, para cazar castores en las orillas del lago Serpentine.

"Nos llevaron a través de la región de pieles del pueblo Buenaventura hasta el miserable asentamiento de ese nombre, donde permanecemos hasta que se rompió el hielo, cuando nos llevaron a San Juan en un barco de pesca de focas.

"Allí terminaron nuestros peligros y sufrimientos. Habíamos embarcado a bordo de diferentes embarcaciones para distintos países, y al año siguiente fui nombrado capitán de este clíper, el *Pride of the Ocean*." [*]

[*] Un personaje no muy distinto a Urbain Gautier aparece en el relato de la primera o segunda expedición de Sir John Franklin.

CAPÍTULO XXVIII.

Pasemos por el largo y constante recorrido, el camino

A menudo pisada, que nunca deja rastro;

Pasamos la calma, el vendaval, el cambio, el rumbo,

Y cada conocido capricho de ola y viento,

Encerrados en su ciudadela alada rodeada de mar;

Lo sucio, lo justo, lo contrario, el tipo,

Mientras las brisas suben y bajan, y las ondas se hinchán,

Hasta alguna mañana alegre—¡mira, tierra! y todo está bien.

BYRON.

Agradablemente atravesamos las aguas casi sin marea del Mediterráneo, el gran mar interior de Europa.

Generalmente teníamos viento favorable; pero en nuestras viradas hacia el sur y el norte más de una vez divisamos las costas de Europa por un lado y las de África por el otro.

La rutina de la vida en transporte variaba poco, por lo que cada vela que pasaba se convertía en objeto de especulación e interés. Día tras día, y con frecuencia noche tras noche, caminábamos con la misma persona en el mismo lado de la cubierta de popa, girando en la barandilla de popa y, en la pausa de proa, para retomar el mismo ritmo, sin hacer ningún comentario, pues todas nuestras ideas mutuas se habían intercambiado una y otra vez, y no quedaba ningún amarre, salvo la de ser camaradas, cansados y agotados por igual, aunque cada uno tenía sus propios pensamientos, la órbita mental en la que giraba su alma, y estos estaban, quizás, a tres mil leguas de distancia.

Cada fase probable y posible de la guerra la habíamos analizado y debatido, y la emoción futura que estaba por venir la contrastábamos impacientes con la monotonía tranquila y deshonorada del presente, mientras el veloz clipper cortaba las aguas clásicas del Mediterráneo.

La monotonía a bordo se vio en su día alterada por una broma trivial que M'Goldrick, el pagador, le hizo al coronel y a algunos oficiales ingleses que se burlaban de la cocina escocesa. En la cena produjo una valiosa reserva, que previamente había soldado cuidadosamente en un estuche de hojalata, con la ayuda del armero, y que había preparado con la ayuda conjunta del cocinero del barco y mi hombre, Pitblado.

Se hervía debidamente y se producía en la mesa en su estuche de hojalata como una escasa y rara decocción parisina—*Farina d'avoine au cheeseage*, o algún nombre similar; y tras ser consumida por Beverley, Studhome y los demás, fue declarada excelente, aunque al fin y al cabo resultó ser solo un haggis escocés muy mal hecho.

En el Mediterráneo nos impresionaba frecuentemente la extrema azul del agua. Parecía tener un tinte más puro y profundo del que nunca le habíamos visto llevar incluso en latitudes altas, especialmente cuando el tiempo era agradable y nubes dispersas flotaban por el cielo.

Unas dos semanas después de pasar "viejo Gib", el contorno de Malta y su isla hermana, la morada de Calypso, surgió del mar matutino en nuestra proa a sotavento; y durante todo un hermoso día nuestros ojos se dirigieron fijamente en esa dirección, observando esa costa rocosa de tantos recuerdos grandes y gloriosos—el último bastión de la caballería cristiana—el vínculo entre Gran Bretaña y su imperio

indio—nuestra "casa de transición" hacia el Bósforo—con todos sus cañones erizando como la señora del Mediterráneo y el Levante.

Al acercarnos, nuestros lentes de campo nos permitieron trazar el contorno rocoso de la isla mayor —cuya cordillera es solo unos treinta metros más alta que la cúpula de St. Paul's— y la costa escarpada y accidentada al noreste, más allá de la cual se encuentran los *casals*, o aldeas de los malteses larguidos, de rostro amarillo, barba negra y aspecto malicioso, sobre quienes no pretendo afligir a mi lector ni con una descripción ni con una tesis.

El cañón de la tarde brillaba rojo desde el castillo de San Elmo, y las luces del puerto de La Valeta brillaban intensamente en medio de la neblina dorada del atardecer, cuando entramos en el puerto, alrededor del cual mil o más piezas de cañón se erizaban en batería y plataforma, y al llegar al fondeado descubrimos que estábamos a solo un disparo de pistola a popa del *Ganges*, que llevaba a bordo a la tropa de Wilford nuestra, y que había llegado dos días antes que nosotros.

Solo teníamos que esperar a que se rellenara el depósito con agua fresca, de la cual, al ser un transporte de caballos, requería una cantidad inusual; y ahora nuestros pobres relinchaban al unísono en la bodega, porque, como lo llamó el capitán Binnacle, "olían la tierra."

Ningún oficial ni soldado podía desembarcar salvo en servicio, ya que Malta estaba ya llena de tropas, tanto que los Highlanders del 93º acampaban en un cementerio. Pero estas órdenes no nos impidieron visitar a nuestros compañeros en el *Ganges*; así que Binnacle despidió su trabajo, con el coronel, Studhome, Sir Harry Scarlett y conmigo.

Comprobamos que todos estaban bien a bordo y no habían sufrido bajas, salvo la pérdida de cuatro caballos por enfermedad. Sin embargo, a diferencia de nosotros, ellos habían sido favorecidos por esa iluminación extraordinaria conocida en esas aguas como la luz de San Elmo, que había iluminado su mástil principal durante un tramo de tres pies bajo el camión en la noche, cuando estaban frente a la isla volcánica de Pantalaria.

Mi viejo amigo Fred Wilford nos recibió con calidez y bienvenida. Hasta ahora, nuestros viajes habían estado igualmente libres de peligros o aventuras.

En la cabaña encontramos a Berkeley, leyendo uno de los periódicos matutinos de Londres, que tenía apenas una semana o así. Había llegado por el paquete de vapor desde Marsella. Dirigió algunos comentarios, con su habitual lánguido, al coronel y a Scarlett, hizo una marca de lápiz en su papel, como si fuera medio casual, y

lanzándolo sobre la mesa del camarote, se retiró, con su extraña sonrisa y su paso relajado, a la cubierta.

En otras circunstancias, probablemente debería haberle estado esperando en el hotel de M. Dessin, en Calais, con el propósito de darle una mañana de aire en la playa, con la posibilidad de que me llevaran de vuelta en una persiana, quizás, a esa famosa habitación en la que, como sabe todo el mundo viajero, han dormido Lawrence Sterne y Walter Scott. Pero el destino o el deber lo habían dispuesto de otra manera; así que aquí estábamos, fumando en silencio cherooot en el puerto de La Valeta. Pero su voz y presencia recordaban toda la bajeza de su conducta en los Reculvers, y la amargura de la época en que me metió en desgracia con Louisa Loftus—una doble traición por la que aún no había exigido satisfacción.

Curioso por ver el párrafo que tanto le interesaba, tomé su periódico y de inmediato mi atención se posó en el siguiente párrafo:—

"EL NUEVO TÍTULO NOBILIARIO.—Nuestros lectores se alegrarán de saber que, por la edición de anoche *del London Gazette*, un honorable lord, conocido desde hace tiempo en el mundo de la moda y últimamente en círculos políticos, ha sido elevado a marquesado, con el título de Marqués de Slubber de Gullion y Vizconde Gabey de Slubberleigh. Se rumorea que, para que los honores recién obtenidos no perecen, el noble marqués está a punto de llevar al altar a la única hija y heredera de una de las familias más grandes de Inglaterra: la bella doncella de Kent."

Sabía bien que las palabras finales solo podían referirse a Louisa Loftus. La había visto apenas unos días antes de que se escribiera esta tontería impertinente, y el recuerdo de nuestra hora de despedida y la expresión de sus ojos me llegaron vívidamente; Pero ahora estábamos muy separados, y es difícil describir lo profundamente que me dolió el tono de ese párrafo.

Los tambores resonaban en los cuarteles y la ciudadela, y las trompetas sonaban tatuadas en los transportes, mientras nos remaban de vuelta a nuestro barco. Studhome y el coronel charlaban alegremente, y Scarlett tarareaba un vals, mientras él tiraba del remo y pensaba en los días pasados en Oxford.

Solo yo estaba callado y triste.

De violeta y púrpura, los tintes de la tarde de la noche—la penumbra, como la llamamos en Escocia—pasaron al azul y ámbar, y las luces de La Valeta se elevaron unas sobre otras, brillando en niveles a lo largo de la ladera sobre la que está construida la ciudad, con todas sus "calles de escaleras", que Byron anatematizaba.

La banda de un regimiento de infantería tocaba en Citta Nuova, y suavemente las notas de la música se filtraban sobre el agua ondulante, sobre la que los tonos azulados y ámbar se extendían rápidamente, mientras en sus profundidades brillaban las estrellas y todos los barcos se reflejaban hacia abajo.

Las luces brillaban alegremente por todo el puerto; las murallas de San Elmo y de Ricazoli, con la misa de la catedral, donde los caballeros de las Siete Naciones duermen en sus tumbas de mármol, y donde colgaban antiguas las llaves de plata de Acre, Rodas y Jerusalén, se alzaban en un contorno audaz contra el cielo rojizo pero cada vez más profundo del crepúsculo.

La escena era hermosa y conmovedora también; pero mi corazón y mis pensamientos estaban lejos de Malta, mientras nos llevaban de vuelta entre transportes abarrotados, enormes fragatas silenciosas y líneas de buques de batalla, hacia el *Pride of the Ocean*.

Mi buen amigo, Jack Studhome, que conocía la causa de mi depresión tan evidente, se tomó el asunto con humor y se esforzó, a su manera, por calmarme y consolarme mientras olíamos juntos en cubierta, antes de irnos a dormir.

"Piensa, Norcliff", dijo él; "¡Lady Louisa Loftus, única heredera de Chillingham Park!"

"Ahí está el problema, Jack—única heredera. Preferiría que no tuviera ni un céntimo en el mundo."

"¡En efecto! ¿Por qué?"

"Nuestras posibilidades eran más iguales entonces."

"Escúchame. ¡Heredera única de Lord Chillingham—todos salvo sus títulos! ¿Qué debería, qué podría, tentarla—ya también, ante su compromiso contigo—a tirarse por la borda con el viejo Slubber, que podría ser su abuelo? ¿Dónde estaría su ganancia?"

"El título de marquesa, con vastas propiedades", dije amargamente. "En mi caso, querido amigo, ella solo sería Lady Louisa Loftus, esposa de un capitán de lanceros muy pobre."

"Pero esos rumores de los periódicos son frecuentemente falsedades tan impertinentes. Recuerda que, si sus autores llenan sus columnas, les importa poco lo que puedan ser, porque un periódico debe contener diariamente la misma cantidad de palabras, sea que dé noticias o no. Así que con los señores y los editores, es cualquier cosa para nada. Sus mejores producciones están hoy en la prensa y, con demasiada frecuencia, quizás, no sabemos dónde mañana; así que no confíes en

esto, Norcliff. Y ahora a la cama. Mañana tenemos guardia de cuadra a las siete de la mañana", concluyó Studhome.

A la mañana siguiente, el capitán Binnacle, que había estado en tierra en La Valeta, trajo consigo el correo, que llegaba de Londres *vía* Marsella, y por él recibí una carta de bienvenida de Sir Nigel.

Fue largo y apresurado; pero estaba principalmente llena de información sobre caza. Si Cora hubiera escrito —¿y por qué no lo hizo?— quizá habría tenido noticias más interesantes.

Había comprado un par de cazadores a Lord Chillingham, pero temía que no sirvieran en un condado tan inestable como Fife; y había conseguido un nuevo cazador—¡un tipo de excelencia! Había cazado en todos los condados de la frontera galesa—podía distinguir el linaje de un sabueso de un vistazo de un simple vistazo—era perfecto en su trabajo y montaba bajo diez stone. El propio Sir Hubert no era más que una farsa en comparación con él, y seguro que algún día aparecería en las columnas de *la Vida de Bell*.

Tenía permiso total para dibujar lo que necesitara; pero escaneé la carta en vano buscando el nombre de Louisa. De Slubber's solo se mencionó dos veces. De hecho, mi viejo tío de corazón veía a ese noble par del reino con no poca admiración.

"Sigo en Chillingham Park, con nuestros amables amigos; pero debo estar en Escocia para la carrera de obstáculos de Lanarkshire el día de Beltane. Me temo que habrá algún juego raro en las monturas. La distancia de cuatro millas será la carrera, incluyendo trece muros de piedra, cuatro incendios en bruto, dos saltos de agua y veintiséis vallas infernales. Conozco bien el curso—de Gryffwraes y Waterlee. (¡Todo esto, pensé, y ni una palabra de Louisa!) Parece que Old Slubber va a ser nombrado marqués, así que la condesa no habla más que de 'nobleza'—Douglas y Debrett, Lodge y Sir Bernard Burke. Todo es una 'tienda' noble, y nosotros, los pobres plebeyos, no tenemos ni la sombra de la mierda.

"Slubber es un viejo farsante; Quizá yo tenga la edad que él; pero no llevo el sombrero en la nuca, ni uso gólas y paraguas—nunca he tenido uno en toda mi vida. No monto mi caballo con la ayuda de un mozo, ni lo monto como si tuviera miedo de que se metiera en la cabeza subir corriendo a un árbol. No tomo pastillas para la cena ni agua con gas a escondidas del mayordomo; y mi estómago, gracias a Dios, no es como el suyo—una pieza de maquinaria más delicada que el reloj francés de Cora; porque puedo tomar una cena alegre de curlers con carne salada y verduras, y puedo

correr a mi caballo en una pared de seis pies cabeza a cabeza con el chico más ligero de tu tropa.

"Entonces, ¿por qué ha hecho marqués, el diablo, y ese escoto-ruso, Lord Aberdeen, cuya política siempre se lo hace como un gallo de pavo, solo lo sabes?"

El ridículo de Sir Nigel hacia Slubber me consoló un poco por omitir el querido nombre de Louisa. Sabía que era mi aprecio por ella lo que inspiraba su principal desagrado hacia el señor. ¿Pero por qué el bondadoso baronet era tan vituperador? ¿Realmente era probable que el par senil llegara a ser un amante exitoso? Salvo al lado de su amante, un amante nunca está contento.

CAPÍTULO XXIX.

Pasamos por las islas dispersas de las Cícladas,

Eso, apenas distinguido, parecía salpicar los mares.

Los gritos de los marineros se duplican cerca de las costas,

Estiran su lienzo y reman.

Por fin llegamos a la tierra prometida,

Con alegría descendiendo sobre la costa cretense.

DRYDEN.—*Traducción de Æn.* iii.

Éramos favorecidos por Eolo. Uno podría haber supuesto que el capitán Robert Binnacle había heredado el saco de viento que ese monarca aéreo entregó al sabio y amable rey de Ítaca. Así, unos días más vimos nuestro transporte entre las Islas de Grecia mientras avanzaba por el archipiélago.

Un día fue Milo, con la cima elevada de Elías, su manantial humeante y rocas huecas empapadas en el mar, quien se alzó sobre nuestro sotavento; al siguiente fue la orilla de mármol de Siphanto, donde el furioso Apolo inundó las minas doradas; el agreste Quíos—en tiempos paganos la tierra de la pureza, en los últimos tiempos la tierra de la matanza; luego Mitilene, la más fértil de todas las Islas Egeas, donde "Safo ardiente amaba y cantaba", y donde Terpander volvió a encordar la lira. Ahora era Lemnos, donde Vulcano cayó del cielo y donde sus fraguas ardían; y el siguiente camino nos llevó a Tenedos, cuyo nombre nunca ha cambiado desde que Príamo reinó en Troya— todos nombres que recordaban tanto nuestros trabajos escolares como las glorias fallecidas del nombre griego.

Frente a Tenedos el *Himalaya* pasó a nuestro lado, con dos mil doscientas almas en su espacioso vientre. Poco después entramos en el Helesponto, entre los famosos castillos de los Dardanelos, donde antiguamente se encontraban Sestos y Abydos, y el cañón de Kelidbahar (la esclusa del mar) en el lado europeo nos saludaba, mientras los centinelas turcos gritaban y blandían sus mosquetes; y en medio de la neblina de una tarde de verano vimos las luces del puerto de Gallípoli brillar desde las aguas del estrecho; y cuando se soltó el ancla, se izaron los rumbos y el transporte se movió hacia sus amarres, supimos que estábamos cerca de las costas de Tracia.

"¿Y dónde demonios está este mismo Seblastherpoll?" preguntó Lanty O'Regan, mi novio irlandés, que estaba inspeccionando las aguas donde Leander se bañaba cada noche.

"Ese lugar no veremos, Lanty, durante muchos días largos y cansados", dijo su compañero escocés, Pitblado, con más previsión de la que algunos de nosotros poseíamos entonces.

Pocos dormimos esa noche, y todos estábamos ocupados con los preparativos para el desembarco; pues, con todas sus variedades, estábamos cansados del viaje, del confinamiento del transporte, impacientes por la tierra y por la acción. Las ideas que nuestros soldados tenían sobre la distancia y la ubicación eran tan vagas, que la mayoría esperaba encontrarse cara a cara con los rusos de inmediato.

Beverley y Studhome prepararon sus "informes de desembarco" para la información del ayudante general; y estos eran tan elaborados que uno podría suponer que la tranquilidad del hombre digno dependía enteramente de sus producciones literarias. Toda la tropa tenía sus trampas preparadas y estaba lista para partir con el primer bote cuando llegó la orden a tierra; y casi al amanecer de la mañana siguiente, un ayudante de campo, enviado por el teniente general el conde de Lucan, al mando de la división de caballería, llegó con órdenes de nuestro desembarco inmediato, ya que íbamos a ser destinados en la Brigada Ligera, que ya estaba compuesta por los 8º y 11º Húsares, y los 4º y 13º Dragones Ligeros.

La noticia se extendió por el barco como la pólvora, y el grito que se elevó arriba y abajo casi ahogó las notas de bienvenida de la trompeta de advertencia, al sonar "bota y silla"—un sonido que no habíamos oído desde el día en que marchamos desde Maidstone.

"¡Caballeros, bienvenidos a Gallípoli!" dijo el oficial de estado mayor, mientras entraba a toda prisa en la cabina, con su vaina de acero y espuelas, y se dirigía de

inmediato a deleitarse con un largo vaso de Seltzer, salpicado con brandy, pues la brisa matutina era fresca al barrer el Helesponto.

"Es un lugar de aspecto extraño, este Gallípoli", dijo Beverley.

"Y un lugar de aspecto extraño lo encontrarás, coronel", añadió el ayudante de campo, mientras nos reuníamos a su alrededor. "Serás más propenso a ventilar tu ropa que a tus clásicos, y no te encantará mucho tus aposentos en Rumanía. En falta de espacio y limpieza, y en la generosa tolerancia de mosquitos y pulgas, todos dependen de la regulación turca."

"¿Hay alguna sociedad aquí?" preguntó Jocelyn, con su pequeño ceceo afectado, mientras acariciaba su bigote incipiente.

El asistente estalló en carcajadas y luego respondió—

"Abundante, y de carácter muy variado y original."

"¿Y las damas?"

"¿Es cierto que los turcos todavía regulan sus establecimientos femeninos según el Corán?" preguntó el pagador, con una sonrisa en su largo y delgado rostro escocés.

"Más bien según el sistema del 4º Batallón de Veteranos", respondió el ayudante de campo.

"Ah, y eso——"

"Dio una esposa a cada soldado raso y tres al ayudante."

"¡Dios mío, líbranos!" exclamó Studhome, mientras doblaba su dosis de coñac y Seltzer.

"¿Es un buen país para cazar por aquí?" preguntó Sir Harry Scarlett.

"No puedo decir mucho sobre eso", respondió nuestro visitante, encogiéndose de hombros. "Además, el conde de Lucan probablemente te hará otro trabajo que no sea cabalgar por el país; pero para los deportistas hay muchas liebres, perdices y patos salvajes que mantener de la mano hasta que veamos a los rusos, lo cual espero que no tarde mucho, porque ya estamos todos aburridos y hartos de Gallípoli."

"¿Cuánto tiempo llevas aquí?" preguntó Beverley.

"Un mes, coronel. Otra tropa acaba de ser señalada en la desembocadura de los Dardanelos."

"El *Ganges*, con más de los nuestros, quizás.

"Probablemente; pero vienen aquí cada hora."

"¿Alguna noticia de moverse al frente—de salir al campo?" preguntó Beverley.

"No, parece que aún no está decidido. Hay mil rumores ociosos; pero todos estamos en la oscuridad respecto al futuro—franceses y británicos por igual."

"¡Un maldito aburrimiento!" exclamaron dos o tres a la vez.

"Ah, lo encontrarás cuando lleves un mes o así bajo lona en Gallípoli. Y ahora, coronel Beverley, no necesito sugerir a un oficial de caballería tan experimentado cómo se van a llevar los caballos a tierra, sino que por el momento me retiro. Algunos del personal divisional de caballería han establecido una especie de sede club en un kan abandonado, frente al antiguo palacio del Bashaw, o Capudan Pacha, donde nos alegrará verle hasta que podamos hacer otros arreglos; Y así que adiós. Si nos buscas, pregunta por el capitán Bolton, de la 1ª Guardia de Dragones."

Al cabo de un minuto, el oficial —un tipo con un propósito definido, con un vestido azul muy gastado, su vaina de acero y espuelas ya oxidadas— estaba por el costado del barco, siendo remado hasta la orilla por ocho marines en un barco de guerra.

Tuvimos algunas dificultades para colgar y desembarcar nuestros caballos, ya que sumergirlos en el mar, tras tanto tiempo en la atmósfera cerrada y confinada de la bodega, no era recomendable; y después de que todos desembarcaran (con la ayuda de algunos alegres y cantantes zuaves del 2º Regimiento, mientras una horda de perezosos turcos del cuerpo de Hadjee Mehmet observaba distraídamente), Tuvimos que darles un régimen de refrescamiento y ejercicio suave, como mejor medio para devolverles su vigor habitual y prepararlos para las luchas y el servicio que estaban por venir. La embarcación que se informó que estaba a la vista resultó ser realmente el *Ganges*. Por fin estábamos en tierra extranjera, y Studhome, con una palabra y una mirada, me recordó que no había olvidado lo que iba a suceder entre Berkeley y yo; Pero justo después de aterrizar, esa persona fue incluida en la lista del doctor, así que tuvimos que dejar el asunto por un tiempo. Tropa tras tropa nuestra llegaba; y poco a poco el coronel Beverley volvió a tener todo el regimiento bajo su amable y hábil mando.

Studhome y yo, que habíamos hecho la pared frecuentemente cuando estábamos en la India, tuvimos la suerte de ser alojados en la tranquila y acogedora casa de Demetrio Steriopoli, el conocido y trabajador molinero, a poca distancia de la ciudad. Dieciocho mil soldados británicos estaban ahora en Gallípoli, que, de ser un pequeño

y tranquilo nido de suciedad oriental y indolencia oriental, suciedad y tontería musulmanas, se convirtió en instinto de la vida y el bullicio europeos, gracias a la presencia de los soldados de los ejércitos aliados. Quienes llegaron sin otras ideas sobre Oriente que las inspiradas por las "Arabian Nights" y la poesía de Byron, se sintieron algo decepcionados al contemplar las filas sucias de barracas de madera, tambaleantes y deterioradas que componían las calles de esta antigua ciudad episcopal griega de Gallípoli.

Estrechos, sucios y tortuosos, estaban dispersos sin orden en la ladera de una colina redonda y pedregosa; las vías estaban hechas de grandes guijarros redondos, de los que el pie resbalaba de vez en cuando en el barro, o esas piscinas estancadas de donde las hordas de perros flacos y sin hogar—sin hogar, porque declarados impuros por el Profeta—sacaban su sed bajo el sol. Sobre estas chozas marrones y descoloridas se alzaban los altos minaretes blancos de unas pocas mezquitas en ruinas, con techos en forma de cono y galerías abiertas, donde la voz estridente del muezzín convoca a los fieles a la oración. Una cúpula cubierta de plomo del gran bazar y la antigua fortaleza cuadrada de Badjazet I., con varios molinos de viento en cada eminencia disponible, eran los elementos más destacados de la vista, que nunca podría haber sido encantadora, ni siquiera en sus días más palmeros—incluso cuando las bóvedas de Justiniano estaban llenas de vino y aceite; pues el emperador Juan Palæólogo se consoló por la toma de Gallípoli por los turcos diciendo: "Solo he perdido una jarra de vino y un desagradable chillo para cerdos."

Pero ahora sus calles embarradas de chozas estaban llenas de casacas rojas: la gaita escocesa, la larga trompeta zouave y el corneta británico, sonaban allí para desfiles y ejercicios a todas horas—incluso aquellas cuando los seguidores del Profeta inclinaban sus frentes morenas sobre el pavimento de mosaico de sus mezquitas; y cada día nosotros, las tropas ligeras de la división de caballería, fueron ejercitas por escuadrones, regimientos y brigadas, cerca de aquellos túmulos verdes y cubiertos de hierba que se encuentran en el lado sur de la ciudad y cubren los restos de los antiguos reyes de Tracia. Ahora las aguas del Helesponto estaban literalmente llenas de buques de guerra y transportes pertenecientes a todas las potencias aliadas. Eran de todos los tamaños, a vela o a vapor; y entre ellos, con los pinos blancos extendidos, las rápidas polaccas griegas subían o bajaban por el estrecho, que siempre presentaba una escena animada y conmovedora, con las colinas de Asia Menor, atenuadas por la distancia, pareciendo tenues y azules, y lejanas. Terminado el desfile, a menudo me divertía observar a los variados grupos que se reunían alrededor de las puertas del bazar, las casas de vino y cafeterías. Allí estaban el grave armenio de Turcomanía, con su gorro de piel negra y su túnica larga y fluida; el griego

de ojos negros, con tarboosh escarlata y amplios pantalones azules; el judío sucio con aspecto de halcón, vestido como un Shylock de escenario, esperando su libra de carne; el Highlander con falda escocesa, con la "vestimenta de la antigua Galia"; el elegante fusilero irlandés; el guardia inglés bien alimentado, *despreocupado*, elegante y recién llegado de Londres; el medio salvaje Zouave, con su chaqueta azul corta y bragas escarlata; el bronceado Chasseur d'Afrique; el descarado hombre de guerra británico, con su camisa de camiseta y amplio cuello azul; la esclava nubia medio desnuda; la bonita francesa vivandière, con su falda corta y medias con reñido, que parecía Jenny Lind en "La hija del regimiento, "solo el doble de picante y picante; incluso una Hermana de la Caridad, sombría, pálida y plácida, aparecía a veces, persignándose al pasar junto a un derviche aullante, cuando buscaba leche o vino para los enfermos; y entre todos estos trajes y nacionalidades tan variados se veían tipos tan descuidados como los jóvenes Rakeleigh, Jocelyn, Scarlett, Wilford y Berkeley, de los nuestros, con sombreros bien despiertos, cuellos todoterreno, trajes de caza de Tweed y bigotes revoltados, manos en los bolsillos y cheroot en la boca, mientras interrogaban y "irritaban" al gran turco solemne de la vieja escuela, con su vasto turbante verde y barba plateada, que Steel nunca profanó, ni bebió pale ale con su hijo de la nueva escuela, en el ejército de Fez y Frogged Surtout, con botas barnizadas y barbilla afeitada, quien, en su doble capacidad de verdadero creyente y mulazim (o subalterno del regimiento de Hadjee Mehmet), se consideraba completamente libre de usar su látigo sin piedad entre los cocheros de camello y los perezosos galiondjis (o barqueros), provocando gritos, alaridos y maldiciones, que Berkeley, con su arrastre lánguido, consideró "aw—doocy good fun."

Muchos de esos jóvenes inteligentes nuestros, y otros hombres rápidos de Oxford, vieron cómo se les quitaba algo la arrogancia constitucional y nacional antes de que terminara la guerra.

"No hay nada más repugnante", dice un escritor distinguido, con severidad perdonable, "ni más intolerable, que un joven inglés que sale al mundo, lleno de su propia ignorancia y John-Bullismo, juzgando a la humanidad por sus propias nociones mezquinas, provincianas y estrechas de aptitud y corrección—un gran observador de los efectos y desobediencia de causas, y que atraviesa continentes y océanos, a la vez cegada y encadenada por la intolerancia y los prejuicios de un intelecto limitado e imbecil."

Gran parte de esto fue la fuente secreta de nuestro motín indio, y es la causa por la que seamos odiados y rechazados en el continente. Por supuesto, hay excepciones, porque en el Este he visto que los prejuicios locales se respetan hasta ahora que formamos una escolta cuando los colores británicos de la infantería sepoys fueron

llevados al *Ganges*, para consagrarlos ante los bengaleses—los mismos mimados matones que masacraron a nuestras mujeres y niños en Cawnpore y Delhi.

Buscamos en vano mujeres guapas, y el lector puede estar seguro de que algunas de nuestras investigaciones eran de la descripción más detallada. No se encontraba ni rastro de la ostentada belleza griega en aquellas mujeres vestidas de forma extraña, cuyo atuendo parecía un mero fardo ovalado de ropa (el *feridjee*), coronado por un velo de lino blanco y terminando en botas de cuero amarillo, mientras revoloteaban como fantasmas gordos por los pozos públicos o las puertas del gran bazar. Todos eran, de hecho, simples incluso hasta la fealdad, salvo en una ocasión: la bonita Magdhalini, hija del molinero Steriopoli. Recuerdo a una encantadora *vivandière*, que pertenecía al 2º Zouaves, pues la vi con frecuencia en circunstancias que nunca podrían olvidarse—de hecho, bajo fuego, al frente del regimiento. Era una pequeña parisina lista, poseedora de gran belleza, con ojos que brillaban como los diamantes en sus oídos. Llevaba una bonita chaqueta azul zouave, trenzada con rojo, sobre una camiseta bonita, y tenía el pelo negro trenzado suavemente bajo un kepi escarlata, que llevaba el número del regimiento. La primera vez que vi a Sophie, simplemente mantenía un coqueteo con uno de los miembros del cuerpo, a quien le dio un sorbo de brandy de su barril, mientras él estaba de guardia bajo mi ventana, y sus bromas interferían bastante con la composición de una carta que escribía a mi prima Cora.

"Ah, Mademoiselle Sophie", dijo el Zouave, con su tono más dulce, "usted—*mon Dieu*—está tan encantadora que——"

"¿Eso qué—qué—Jules?"

"Bueno, tan bonito esta mañana que me temo que——"

"¿A besarme—no es así, Monsieur Jolicoeur?"

"Sí."

"*Très bien*. Ánimo, *mon camarade*."

"¡Mademoiselle Sophie, me preguntas a mí!"

"Un Zouave, y asustado", exclamó el *vivandière*; y luego siguió un pequeño sonido que no había duda.

"Eres realmente hermosa, Sophie. No hay *vivandière* en todo el ejército francés como tú."

"Sin embargo, puede que muera siendo una solterona", dijo con modestia.

"¿May?"

"Sí, Jules."

"Entonces será culpa tuya, *ma belle coquette*, y no culpa de los demás."

"¡*Parbleu*! En ningún caso, no me casaré con un Zouave."

"No hables tan cruelmente, Sophie. Cuando veo tu encantadora cara, siempre pienso en el glorioso París. ¡París! ¡Ah, *mon Dieu*! ¿La volveremos a ver alguna vez?"

"¿Por qué lo dejaste, Jules, y tus estudios en la École de Médecin, luchar y morir de hambre aquí?"

"¿Por qué?" exclamó el estudiante.

"Sí, *mon ami*."

"La vieja al timón, Madame Fortune, me resultó falsa. Perdí mi último dinero, cincuenta Napoleones, en la mesa de rouge-et-noir del Palais Royal. Estaba arruinado, Sophie; y como no tenía ganas de lanzarme al Sena y luego estar a la mañana siguiente sobre las mesas de plomo de la morgue, como un salmón en la pescadería, me uní a los 2º Zuaves en el chasquido de un pedernal, y así—estoy aquí."

"Volverás con tus charreteras y la cruz, Jules."

"No lo creo. Bésame, en cualquier caso, *ma belle*."

"Bueno, camarade, si eso te consuela——"

Aquí intenté cerrar la ventana, en la que Jules "llevaba armas", y parecía muy inconsciente; Mientras la guapa Vivandière me saludaba militarmente y se alejaba riendo, cantando—

Vivandière du régiment,

C'est Catin qu'on me nomme, etc.

Cada día llegaban más tropas de Gran Bretaña y Francia; Diariamente los campamentos se extendían en tamaño y, a pesar de la temporada, sufríamos mucho frío, mientras que la disposición del comisariado era tan mala que, en algunos casos, oficiales y soldados estaban sin camas ni sábanas de cama, pocos con más que una

sola manta; Así que, para abrigarse, invirtieron el orden habitual, vistiéndose con toda su ropa de repuesto para irse a la cama.

Gallípoli se llenó tanto que algunas tropas fueron enviadas hacia Constantinopla y Scutari. Allí los regimientos de las Highlands, por encima de todos los demás, despertaban asombro y admiración, no exentos de miedo; su atuendo parecía tan notable a ojos orientales; y muchos quizá aún recuerden la anécdota que circulaba en el campamento sobre ellos.

Un viejo pachá turco, que había traído a las damas de su harén en una *caïque*, veladas con sus *yashmacs*, para ver desembarcar a nuestras tropas, quedó intensamente horrorizado por las piernas robustas y desnudas del 93º de infantería; pero tras inspeccionarlas, dijo, con un suspiro, a un oficial inglés: "¡Ah! si el sultán tenía soldados tan buenos como estos, no deberíamos necesitar tu ayuda contra los rusos."

"Bueno, *effendi*", observó el inglés, que preguntaba, "¿no sería recomendable propagar la especie en este país?"

"*Inshallah!* (¡por favor, Dios!) se hará, lo aconsejemos o no", dijo el viejo turco, suspirando de nuevo, mientras ordenaba a su barco lleno de *odaliscas* que se dirigiera a Istamboul con toda la rapidez.

En medio de la novedad de nuestra nueva vida en Gallípoli, pasó una o dos semanas rápidamente, antes de que se rumorearan sobre nuestro probable avance hacia Varna; pero, como no pretendo repetir los detalles bien conocidos de una guerra tan reciente, sino limitarme a mis propias aventuras y a las de mi regimiento, cerraré este capítulo relatando un episodio que servirá para ilustrar el carácter brutal y sin ley del turco, y la esclavitud a la que las edades de conquista y degradación han reducido al miserable griego. He dicho que Jack Studhome y yo estuvimos alojados en la casa de un molinero griego llamado Demetrio Steriopoli. Sus principales posesiones materiales eran un jardín de melones y dos viejos molinos de viento cutres, que agitaban sus velas marrones y raídas con las brisas que venían del Helesponto. En el sótano de estos edificios, y en las paredes de su vivienda, se construyeron—y no tengo duda de que aún se construyen—muchos fragmentos exquisitamente tallados de algún antiguo templo griego; pues allí se usaban tríglifos, metopas esculpidas, madreselva, etc., con partes de estatuas, todas de mármol blanco, entre la mampostería rugosa de escombros.

Estos edificios—es decir, la casa y los molinos—se alzaban en una elevación un poco más allá de las ruinas de la antigua muralla de Gallípoli, al lado de la carretera que cruza el istmo hacia el golfo de Saros.

Su vivienda era pintoresca, y lo que es mejor, era limpia y aireada; así, mientras Beverley y otros de los nuestros eran devorados cada noche por mosquitos y otros tormentos entomológicos, nosotros dormíamos cada uno en un quiosco o dormitorio separado, tan cómodamente como si estuviéramos alojados en el mejor hotel de Dover o Southampton—así que mucho por la ama de casa de la pequeña Magdhalini. Steriopoli era griego chipriota de nacimiento: un hombre apuesto y de aspecto atractivo, de unos treinta y ocho, y cuando llevaba sable, pistola y yatagán, tenía más el aspecto de un merodeador que de un molinero pacífico, especialmente porque su atuendo solía consistir en un fez escarlata, una chaqueta grande y holgada de tela verde, una banda de seda alrededor de la cintura, un par de pantalones azules amplios, sus piernas aún más cubiertas con medias de piel de oveja y sus pies con sandalias de piel. Cuando las despiadadas tropas turcas masacraron a veinticinco mil personas en Chipre, destruyendo setenta y cuatro aldeas que antes eran felices y trabajadoras, con todos sus monasterios e iglesias, capturando a las jóvenes como esclavas y arrojando a los niños varones al mar, su destino, al ser eliminado de esta última manera, fue ser recogido por la tripulación de un buque de guerra británico. Arrancado de los brazos de su madre chillona, fue arrojado al puerto de Lárneca, que estaba lleno de cadáveres de pobres bebés. A bordo del barco británico había sido retenido durante un tiempo como mascota entre los marineros. Por eso su consideración por nosotros era grande; y su abierta confianza en nosotros solo era igualada por su secreta aversión hacia los turcos. Era viudo, y su familia estaba compuesta únicamente por su hija y algunos sirvientes, hombres y mujeres—estos últimos sus asistentes en los molinos.

Después de las mujeres de aspecto sencillas de Gallípoli, la belleza de la pequeña doncella griega, Magdhalini, resultó una agradable sorpresa para nosotros; y dentro de las puertas siempre apartaba el horrible *yashmac* que ocultaba sus rasgos cuando estaba en el extranjero. No tenía mucho más de quince años, pero ya estaba completamente desarrollada; era vivaz en sus modales y elegante en su comportamiento; y su pintoresco traje—una chaqueta carmesí, de mangas cortas y anchas, abiertas en la garganta y bordadas en el pecho, su falda de varios colores y su cabello adornado con monedas de oro—todo ello añadía a la belleza picante. Sus rasgos eran sorprendentemente regulares; su frente baja y ancha; su cabello rico y espeso era de un brillante tono castaño rojizo; Pero sus ojos eran de un negro profundo. En este último, en contraste con la pureza pálida de su cutis, la forma de

sus delicados párpados y pestañas rizadas, vi —o así imaginé— un parecido con Louisa, lo que me dio a la chica un interés más profundo; y su aspecto me recordaba frecuentemente la descripción de Haidee que Byron hacía:—

"Su pelo, dije, era castaño rojizo; pero sus ojos

Eran negros como la muerte; sus pestañas del mismo tono,

De longitud descendida, en cuya sombra de seda reposa

La atracción más profunda; para cuándo a la vista

Desde su borde negro se lanza la mirada completa,

Nunca con tal fuerza voló la flecha más rápida.

* * * * *

Su ceño era blanco y bajo; su mejilla es tinte puro

Como el crepúsculo aún rosado con el sol poniente;

Labios superiores cortos—¡labios dulces! que nos hacen suspirar

Nunca haber visto algo así."

En estatura, medía un pie menos que Louisa Loftus; pero su forma, sus manos delicadas, sus pies pequeños y sus brazos redondeados, podrían haber servido de modelo para los mejores escultores de la antigua Grecia. En una ocasión le enseñé la miniatura de Louisa, y ella aplaudió y suplicó permiso para besarla, como una niña, como en cierto modo lo era. Tenía mucha curiosidad por saber por qué Studhome y yo no llevábamos crucifijos ni medallas sagradas, como todos los cristianos que conocía—incluso los rusos; y cuando le dije que esa no era la costumbre en mi país, negó con la cabeza con tristeza y expresó pesar por su estado algo descuidado.

Encontré que un poco de italiano que poseía me resultaba muy útil ahora, porque, junto al idioma del país, resulta ser el más disponible en Grecia o Turquía. El *diván hanée*, o apartamento principal de la casa (desde donde se abren las puertas de todos los quioscos y otras cámaras), era elegante, alto y aireado. Su extremo inferior estaba revestido por una pantalla de madera enrejada, que contenía hendiduras arqueadas o armarios para jarrones de sorbete, agua fresca o flores frescas. En el hueco central brotaba una fuente en miniatura de una pila de mármol blanco, y en la pared más allá se pintaba un paisaje. Las cortinas cubrían cada una de las puertas, y

alrededor de la habitación —al menos en tres lados— había un sofá largo, o diván acolchado, de la altura de los alféizares, al estilo turco; pero, como Steriopoli era griego, su vivienda tenía más accesorios europeos, como una mesa de comedor y sillas; y en sus paredes había grabados a color de santos y obispos griegos, mientras que sobre la puerta de cada quiosco colgaba un crucifijo de madera tallada. En el diván tomamos nuestras comidas, y allí, para gran molestia de nuestro anfitrión, nos acompañó en ocasiones el coronel Hadjee Mehmet, que comandaba un batallón de la línea turca en Gallípoli—un individuo con quien Studhome había conocido gracias a alguna transacción sobre la compra de caballos para algunos de nuestros hombres desmontados, un asunto en el que, aunque digno Jack nunca lo admitiría, este seguidor del Profeta, de nariz ganchuda y ojos agudos, le manipulaba a él y al sargento herrador Snaffles tan completamente como cualquier mozo podría haber hecho en Epsom o en el Curragh. Ahora bien, Demetrio Steriopoli, aunque parecía no importarle si Studhome, yo o cualquiera de nuestros hermanos oficiales que nos visitaban veíamos a su hija, manifestó gran inquietud e irritación cuando ella captó la mirada malvada y licenciada de Hadjee Mehmet, cuyo carácter conocía, cuyo poder temía y cuya nación y religión detestaba; y así tenía órdenes permanentes de aislarse cada vez que él viniera, lo cual era bastante frecuente ahora, para fumar su chibouque y beber brandy y agua en secreto, aunque el Profeta solo prohibía el vino. Era un hombre gordo, hinchado y de aspecto malvado, de más de cincuenta años. Llevaba un sobrepeso azul con forrez, pantalones escarlata y un fez escarlata, con el ancho botón plano y militar. También llevaba un sable y barba de Damasco torcido, en virtud de su rango, ya que las espadas rectas y las barbillas rapadas indican los grados subalternos del ejército turco, cuyos oficiales son los más despreciables de Europa. En la infancia, suelen ser los portadores de pipas o los que abren alfombras de los pashas. En este caso, el Hadjee Mehmet (llamado así porque realizó la peregrinación a La Meca y besó la Santa Caba) había comenzado su vida como tiruaktzy, o portador de clavos, en la casa de Chosrew Mehmet Pasha, que era el seraskier, o generalísimo de las fuerzas, y que se suponía era el padre del valiente Hadjee, aunque ese honor solía atribuirse a un jenízaro que escapaba de la masacre de esa célebre fuerza ocultándose; y para Chosrew fue rápidamente ascendido al rango de mire-alai, o coronel de infantería.

Siempre fue muy cuidadoso al llamarnos "effendi", siendo el prefijo para todos los que se consideran educados; y, sentado con las piernas cruzadas en el diván, con la barriga sobresaliendo delante de él, su abundante y bien teñida barba ocultando a medias el encaje desgarrado de su sobresaliente, la boquilla ámbar de su largo chibouque entre sus labios gruesos, con su pequeño fez escarlata y sus ojos negros

somnolientos y medio lascivos, parecía el ideal muy guapo de un Osmanlee gastado y sensual.

"¡*Ev-Allah!*" (¡alabado sea Dios!) dijo en una ocasión: "Ahora he visto todo el mundo."

"En efecto, coronel, no sabía que había viajado", dije.

"Sí, y no me importaría ni un asco (piastre) por verlo de nuevo."

"¿*Todos*, dices?" pregunté yo.

"Sí; La Meca, Medina, Bassora, Damasco, El Cairo e Iskandrich—ya no hay nada más que ver; y de todas las mujeres que he visto jamás", añadió, con una de sus pequeñas miradas maliciosas, "¿quién puede igualar a las Cockonas de Bucarest? Ni siquiera las Tcherkesses de cabello dorado."

"¿Y qué opina de los griegos, coronel?" preguntó Studhome, de forma algo torpe, pues el ceño de Steriopoli se frunció desagradablemente.

"*"Backallum"* (ya veremos), fue su respuesta, mientras lanzaba una mirada furtiva a Magdhalini, que supervisaba el tandour, el sustituto de la chimenea, compuesto por un marco de madera, en el que se coloca un recipiente de cobre, lleno de carbón, todo cubierto por una colcha acolchada, y que recordaba mucho a los brasseros de los españoles. Aunque la mirada fue rápida, no pasó desapercibida para Steriopoli, a quien el ominoso comentario que la acompañó alarmó lo suficiente y, con una brusquedad inusual, pidió a su hija que se retirara y asumiera el velo.

Al día siguiente tuvo que visitar a Alexi (que está a unas veinte millas de Gallípoli), ya que tenía algo de harina que desechar y estaría ausente toda la noche. No puedo decir si nuestro visitante turco era consciente de esta circunstancia, pero por la mañana me encontré de repente con él y Magdhalini, a quienes había sorprendido o interceptado en el camino cerca de los molinos de viento. Él agarró una de sus manos, y ella luchaba por liberarse. Llevaba la espada bajo el brazo, pero como no era deseable un altercado con un oficial turco, me detuve un momento antes de intervenir.

"Chica", le oí decir, con un ceño oscuro, mientras él agarraba su muñeca delgada, "por tercera vez te digo que no muerdas el dedo que pone miel en tu boca."

"Tonterías, Hadjee; déjame ir, te digo", respondió Magdhalini, riendo, aunque en parte asustada.

"Quisiera hacer mi hogar en tu corazón, Magdhalini, así como la bulbul construye su nido en el rosal", jadeaba el gordo Hadjee.

"¡Oh, búho, tú cuervo de mal presagio!" exclamó la animada chica griega, mientras arrancaba la mano y, lanzando una mirada brillante y alegre a su admirador enfurecido y sudoroso, acercó su yashmac y salió disparada, sonrojada porque había presenciado la escena.

Esa noche, Studhome y yo habíamos estado cenando con Beverley en sus aposentos cerca del palacio del Capudan Pasha, y volvíamos tarde a la casa de Steriopoli. El cielo estaba despejado y estrellado; por lo que pudimos ver claramente a varios soldados turcos merodeando cerca de la casa y los molinos de viento, y aunque la hora era inusual para que no estuvieran ausentes, no consideramos que nos importara, y al entrar nos retiramos a nuestros quioscos, o habitaciones, y pronto ambos nos quedamos profundamente dormidos—tan fuerte que no oímos un fuerte golpe poco después en la puerta principal. Magdhalini y dos sirvientas respondieron rápidamente a la inusual convocatoria, pero se negaron a abrir sin más preguntas, en la que la puerta fue forzada con un gran martillo, y un chiaoush, o sargento, junto con varios soldados, todos con uniforme turco, capturaron a Magdhalini, la ataron, la amordazaron y se la llevaron, a pesar de sus gritos y resistencia. Despertados por el ruido repentino, y sospechando que no sabíamos qué, Studhome y yo nos pusimos los pantalones y salimos al frente al mismo tiempo, cada uno con espada desenvainada y revólver amartillado; pero antes de que se consiguieran las luces, y antes de que los aterrorizados sirvientes pudieran hacernos entender la verdadera situación y la catástrofe que había ocurrido, nuestra bonita anfitriona griega había desaparecido sin remedio.

Me apresuraré voluntariamente por todo lo que siguió en este extraño episodio de vida social en Oriente.

El pobre Steriopoli volvió al día siguiente a una casa desolada—¡un hogar degradado y roto! Estaba lleno de rabia y desesperación, pues su hija era el orgullo, el ídolo de su corazón; y sospechando justamente del Hadjee Mehmet, descubrió que este célebre guerrero había ido a Alexi, la misma ciudad de la que él, Steriopoli, había regresado.

Allí rastreó a su hija, solo para descubrir que había sido tratada con la mayor crueldad y vergüenza. Estaba alojada en la casa del cole-agassi, o mayor del regimiento de Mehmet—un desgraciado que originalmente había sido un channator aga, o jefe de los eunucos negros; y con el pretexto de que ella había renunciado al cristianismo y abrazado el islamismo, se negó a renunciar a ella. En cumplimiento del deseo de su padre afligido y del indignado anciano obispo de Gallípoli, fue llevada ante el voivoda del distrito. Parecía el desastre de su antiguo yo y, aunque no estaba presente, después supe que tuvo lugar una escena muy conmovedora.

Al contemplar a Steriopoli, cuyo cabello antes negro como el carbón ahora estaba espeso y gris, se apartó de los esclavos turcos que la sostenían y se arrojó a sus brazos, en una pasión de dolor, exclamando—

"¡Mi padre! ¡Oh, mi padre! después de lo que ha ocurrido, ya no soy digno de estar en tu casa, ni de rezar en la tumba de mi madre. Ya no podemos ser nada el uno para el otro."

"¡Oh, Kyrie Eleison (Señor, ten piedad)!" gimió el desafortunado griego.

A pesar de sus solemnes protestas de que seguía siendo cristiana, el voivoda no la entregó a su padre; pero al abrir el Corán, cerró el caso leyendo un pasaje del capítulo dieciséis, un pasaje revelado al Profeta en Medina: "¡Oh Profeta! cuando mujeres incrédulas vienen a ti y te imponen su fe, que no asociarán nada con Dios, ni robarán, ni cometerán pecado, ni matarán a sus hijos, ni vendrán con una calumnia que hayan forjado entre sus manos y pies, ni te desobedezcan en lo razonable: entonces les concede tu fe, y pide perdón por ellos, a Aquel que está inclinado a perdonar y ser misericordioso. ¡Oh, verdaderos creyentes! no entablar amistad con un pueblo contra el que Dios esté indignado; desesperan del perdón y de la vida venidera, así como los infieles desesperan de la resurrección de quienes habitan en la tumba."

"¡La-Allah-illah-Allah-Mohammed, resoul Allah!" [*] gritó la gente.

[*] "Solo hay un Dios, y Mahomet es su Profeta."

El pobre molinero y su hija fueron separados, y el primero fue expulsado por golpes de la casa del voivoda; mientras que Magdhalini, a quien nunca más se le permitió ver, fue llevada de nuevo a la casa de los Cole-Agassi. Por la ley turca, tal como existe, cualquier oficial comisionado que mate a un hombre es sujeto a cinco años de esclavitud encadenado y al servicio como soldado raso en adelante; pero el secuestro de una chica griega, aunque era rajá, o súbdita cristiana de la Puerta, era un asunto muy trivial—mucho menos que robar un terrier por las calles de Londres. Los cónsules extranjeros abordaron el asunto y se buscó reparación contra el Stamboul effendi, o jefe de la policía en Constantinopla, pero se buscó en vano. El obispo de Gallípoli solicitó el islam skeik, también sin éxito.

El jeque es una persona muy terrible, que combina en su propia persona los más altos cargos religiosos, junto con el poder supremo del derecho civil. Cada nueva medida, incluso para nombrar las calles y numerar las casas de la asquerosa Stamboul, requiere su aprobación. Solo el sultán tiene el poder de vida y muerte sobre el jeque Islam, que no puede ser ni noble ni decapitado de forma ignoble, y disfruta de la peculiar prerrogativa de ser aplastado hasta la muerte con un mortero.

Una palabra del jeque habría devuelto Magdhalini a su padre; pero Hadjee Mehmet, el ex-tiruaktzy, había operado una vez sus santas uñas, por lo que se hizo oído sordo a la oración del obispo infiel, que buscaba la paloma en la red del cazador mucho después de que partiéramos hacia Varna; y, hasta el memorable día de Balaclava, no volví a ver al infame Hadjee Mehmet.

CAPÍTULO XXX.

¡Déjame verla otra vez!

Que traiga sus orgullosos ojos oscuros,

Y sus rápidas respuestas caprichosas;

Déjala agitar su mano delgada,

Con su gesto de mando,

Y echar hacia atrás su pelo negro azabache

Con el viejo aire imperial;

Que sea como era entonces—

La dama más hermosa de toda la tierra—

Iseult de Irlanda.

Antes de que el curso de los acontecimientos aumentara la distancia que ya existía entre Gran Bretaña y yo, decidí escribir a Lady Louisa. Ya no podía soportar la tortura del suspense, combinada con la ausencia y la creciente duda. En el lenguaje común, parecían haber pasado siglos en lugar de semanas desde el día en que marchamos para embarcar, y cuando la vi por última vez; y así, a pesar de nuestro extraño pacto de que no habría correspondencia entre nosotros, le escribí, incluso arriesgando que la carta cayera en sus manos que más temía—orgullosa, solemne, fría y poco comprensiva "Mamma Chillingham".

Era mediados de mayo, el día antes de embarcar de nuevo, pues ahora los Aliados debían avanzar hacia Varna; y mientras escribía y, pensando, me dirigía a Louisa, su presencia parecía presentarse ante mí en fantasía, y las profundidades internas del corazón y el alma se agitaban con un amor celoso y una ternura dolorosa casi insoportables; pero una citación del coronel Beverley, respecto al equipaje y las bolsas de mi tropa, interrumpió mi epístola de forma muy directa, y envié a Pitblado con ella a la oficina de correos militar. En esa carta envié breves recuerdos a la hermana de Fred Wilford y a muchos de nuestros amigos; pero del recién nombrado

marqués no podía confiar en mí mismo para escribir, aunque aún no dudaba de la fe y la verdad de Louisa. Esa noche me llegó una carta de Cora, la primera que recibía desde que desembarcamos en Gallípoli. Ella y Sir Nigel habían regresado a Calderwood y acababan de volver de las carreras de obstáculos de Lanarkshire.

"Oh, Newton", continuó, "qué ansiosos y asustados hemos estado, pues oímos que había brotado cólera en el campamento británico, y temblamos por ti—querido papá y por mí. (No cabía duda de que el "nosotros" no incluía a Louisa, en ningún caso.) ¿Piensas en nosotros y en el tranquilo Calderwood Glen—en la vieja casa, en papá y en mí? ¿Son las damas orientales tan hermosas como nos han dicho? Se lee mucho sobre sus formas veladas, sus ojos brillantes, y demás. Cuéntanos qué has visto de todo esto: las mezquitas, los harenes y el Cuerno de Oro. Por supuesto, lo has visto todo."

No había nada en la carta de Cora que ni halagara mi pasión ni calmara mi aprensión. Chillingham Park nunca se mencionó ni una sola vez, y solo pude deducir por sus pasajes abruptos y su supuesta actitud juguetona que ella aún me amaba, con ternura, verdadera y sin esperanza. Hubo momentos en los que, en sus sueños—supe todo esto mucho después, cuando el presente se había convertido en pasado y ya no podía recordarse—hubo momentos en que, en la imaginación, veía a Newton Norcliff, a salvo de heridas y guerra, en Calderwood—suyo, y solo suyo—un premio del que nadie podía arrebatarse, ni siquiera la brillante Louisa Loftus; y en su sueño, lágrimas de felicidad rodaban por sus pobres y pálidas mejillas.

Newton era su primo, su pariente, su primer compañero de juegos y amante de niños, su ídolo y su héroe. ¿Qué derecho tenía entonces esta desconocida, esta inglesa, esta simple conocida, para intentar robarle a él? Pero no podía hacerlo ahora. Newton era de Cora, y en sus sueños era su amante y su marido, a quien rezaba solo para ser digna y aún más merecedora; y así la pobre chica soñaba hasta que llegaba la mañana—la fría y ventosa mañana de otoño, cuando las hojas marrones eran arrastradas por el frío viento del este contra las ventanas de la vieja casa señorial, y bajaban por el valle boscoso; y con esa fría mañana llegaría la amarga conciencia de que todo era un sueño—solo un sueño, y que aquel por quien rezaba y amaba con tanta desesperanza, estaba muy, muy lejos en la tierra de los salvajes tártaros, expuesto a todos los peligros del invierno de Crimea y de la guerra rusa, y que en medio de ellos pensaba, ¡No de ella, sino de otro! Pero para retomar mi propia historia. Berkeley, que había estado en la lista de enfermos desde nuestra llegada a Gallípoli, fue reportado apto para el servicio la mañana que embarcamos hacia Varna. La mayoría de las tropas británicas fueron enviadas allí, o a Scutari, mientras que la mayoría de nuestros aliados debía permanecer cerca de la costa de los

Dardanelos. Sin embargo, esa mañana vi al 2º Zouaves marchar, como dijo Studhome, "con todas sus damas de virtud ligera y cajas de equipaje pesado", hacia embarcar; y ofrecían un espectáculo conmovedor, aquellos tipos morenos, esbeltos y de barba negra, con pechos cubiertos de medallas ganadas en batallas contra Bou Maza y otros jeques de las tribus árabes, y sus rostros bronceados casi hasta la oscuridad negra por el sol ardiente de África.

Sus turbantes y pantalones anchos de color escarlata les daban un aspecto muy oriental; pero su andar balanceado y su aire despreocupado, junto con la manera notablemente libre y despreocupada con la que "marchaban con relajación" y las canciones que cantaban, anunciaban que todos eran hijos de *la belle France*; y, singularmente, cada segundo o tercer hilero tenía un gato mascota posado en la parte superior de su mochila. El tricolor estaba decorado con laurel; sus largas trompetas de metales tocaban un compás extraño y monótono, pero no desagradable, al que todos avanzaban rápidamente; y en los intervalos de la música muchos de ellos se unieron a una canción, que fue dirigida por Mademoiselle Sophie, que cabalgaba *a la caballería* a su cabeza, detrás del bastón, con su pequeño barril de brandy colgado al hombro izquierdo.

Solo escuché un verso cuando pasó; pero la escuchaba a menudo cantar la misma canción en otro momento—

Vivandière du régiment,

C'est Catin qu'on me nomme,

Je vends, je donne, et bois gaiment,

Mon vin et mon rogomme.

J'ai le pied leste et l'oeil mutin.

Tin-tin, tin, tin, tin, tin, tin, r'lin tin-tin.

J'ai le pied leste et l'oeil mutin.

¡Soldats, voilà Catin!

Por encima de todas las demás voces, podía oír la de su amigo, o amante, Jules Jolicoeur, con mucha lujuria—

¡Soldats, voilà Catin!

mientras marchaba con las manos en los bolsillos y el mosquete colgado hacia arriba. Nuestro transporte fue remolcado por un vapor de guerra. Así nuestro avance por el mar de Mármora fue rápido. Pasamos por Constantinopla de noche, para nuestro gran pesar; y como ninguna parte de ella, salvo el palacio del sultán, se iluminaba entonces con gas, estuvo envuelta en oscuridad y silencio. Al menos, solo oímos las voces de las patrullas y los ladridos y aullidos de los miles de perros sin hogar que merodean por las calles. Al ser impuros, nunca se domestican; sin embargo, sus camadas nunca son destruidas, y se alimentan de las vísceras de las casas o de los troncos sin cabeza que a veces son arrastrados por el Cuerno de Oro. Al día siguiente, mientras avanzábamos por el Bósforo, un rápido vapor turco (construido por el Clyde) iba delante de nosotros; y comentamos que, cada vez que pasaba junto a un fuerte o batería, el estandarte con la estrella y la media luna se izaba de inmediato, y se oía sonar una trompeta.

En el castillo de Roumelia, y en lugares similares, vimos a los descuidados guardias turcos armarse, y también que en cada ocasión los estandartes se bajaban o bajaban a media asta tres veces. Esto indicaba que el barco llevaba a bordo un pachá de tres colas, o uno de igual rango, cuyo estandarte ondeaba en la cabecera del palo de proa; y poco después supimos que era el munadjim bashee, o astrólogo jefe, uno de los primeros oficiales del serallo, y siempre consultado por el sultán Abd-ul-Medjid. Nunca se empreñó ninguna obra pública hasta que declaró que las estrellas eran propicias; ¡y ahora iba a toda velocidad para ver cómo miraban a Varna! Por la carta que envié desde Gallípoli, en cierta medida me había aliviado, al concluir que en Varna recibiría la respuesta, y que entonces toda mi tensión y ansiedad terminarían, en el transcurso de unas pocas semanas como máximo.

Contra la fuerte corriente que llega desde el Mar Negro y que corre a cuatro millas por hora por el Bósforo, seguimos navegando con firmeza; y como el viento era favorable, nuestro transporte llevaba una extensión tolerable de lona. ¡Nuestra vela fue encantadora! El tiempo era calmado, y el paisaje y los objetos en las costas europeas y asiáticas eran siempre cambiantes y atractivos. Los ángulos abruptos y curvas de la costa parecían convertir el canal en una serie de siete encantadores lagos interiores de un azul profundo—con siete proeminencias a un lado y siete bahías al otro, cada bahía desembocada en un valle fértil, cubierto con el follaje más rico del clima oriental; y entre ese follaje ondulante se alzaban las pintorescas y fantásticas casas campesiles de los ricos comerciantes francos, griegos o armenios de Stamboul, con sus quioscos pintados, cúpulas doradas y minaretes imponentes, altos, blancos y esbeltos.

En la orilla izquierda o europea, todo el panorama era una sucesión de hermosos pueblos, jardines en terrazas y bosques de castaños, plátanos y tilos, con aquí y allá largas, sombrías y solemnes hileras de gigantescos cipreses y álamos. En la orilla derecha o asiática, los objetos de la Naturaleza eran de mayor magnitud. Los bosques se convirtieron en bosques y las colinas se hincharon hasta convertirse en montañas; y, imponente sobre Brussa, se alzaba el Olimpo, "alto y alzado", cubierto de laureles y otros árboles perennes hasta su cima.

Bajo un saludo de cañones desde el Castillo de Europa, y aún precedidos por nuestro amigo turco, el astrólogo de tres colas, nos dirigimos hacia Varna, evitando ampliamente las peligrosas rocas cianneas, entre las que Jasón guió a los argonautas en tiempos igualmente difíciles, pero más clásicos.

Desde allí, una carrera de unas ciento cincuenta millas nos llevó a la baja costa llana de Varna, donde, el 28 de mayo, desembarcamos sin accidentes ni aventuras, y nos colocaron bajo lona entre el resto de las tropas. El aspecto de Varna desde la bahía era algo deprimente. Elevándose desde un banco de arena amarilla, un terraplén de piedra desgastado por el tiempo, de tres metros de altura, con troneras y pintado de blanco, encierra la ciudad por sus cuatro lados, cada uno de los cuales mide algo más de una milla. Esta antigua muralla había sido testigo de la derrota y muerte de Uladislao de Hungría a manos de las tropas del Padishah Amurath II, y aún conservaba rastros del disparo de cañón del almirante escoto-ruso Greig, que bombardeó Varna en 1828.

Delante de los muros hay una zanja, de doce pies de profundidad, y sobre ambos se cierran varios cañones pesados, que encontré principalmente de sesenta y ocho libras; y sobre todo se alzaban los incontables tejados de tejas rojas de las casas, con los delgados minaretes blancos y las cúpulas redondas de plomo de las mezquitas, que parecían velas de cera junto a cuencas de azúcar invertidas. Más allá, a lo lejos, se extendía hasta la base de colinas boscosas la costa llana búlgara.

Pintadas con varios colores, las casas derruidas y tambaleantes eran todas de madera y mostraban un rápido estado de deterioro y deterioro. Antes de nuestra llegada, el silencio debió de ser opresivo. Salvo cuando una golondrina trinaba bajo los amplios aleros, cuando un saka (o portador de agua), con sus cubos colgados de un cinturón de cuero, caminaba tambaleándose, con el pie descuidado o descalzo, con agua a la venta, un hamal (o porteador), cargado con su carga, o cuando el perro salvaje que yacía jadeando sobre un montón de vísceras supurantes emitía un gruñido ronco, No había ni vista ni sonido de vida cuando el feroz sol del mediodía, sin nubes, iluminaba las estrechas y tortuosas calles. El lugar solo exhibía suciedad,

inactividad y estupidez turcas, hasta la llegada de los Aliados, cuando sus muelles de madera frente a la puerta principal se llenaron de municiones de guerra: fardos, tiendas de campaña, tumbres y cañones; su rada estaba llena de buques de guerra, transportes y cañoneras, a vela o a vapor; su bazar lleno de intendentes regimentales, cocineros y encargados de catering, o esposas de soldados en busca de comida, etc.; sus cinco puertas custodiadas por guardias militares—el alegre Zouave, el grave y severo Highlander escocés, el vistoso Coldstream o el sombrío fusilero.

Luego sus calles cobraron vida literalmente y se llenaron de británicos, que llegaron por mar, y franceses, que cruzaron los Balcanes en masa. Su silencio se rompía con el fuerte golpeteo del tambor de latón, y el sonido de la corneta repicando cada hora o más, y por el paso medido de los pasos, mientras destacamentos en todas las tareas imaginables marchaban de un lado a otro entre los campamentos, la ciudad y el puerto, asustando a los perros salvajes de las calles y a las cometas de los tejados y las cúpulas de las mezquitas, que no estaban acostumbrados a tal bullicio y actividad poco habitual.

Multitudes de turcos y búlgaros, vestidos con gorros de piel de oveja marrón, chaquetas cortas de lana sin teñir y pantalones anchos blancos, con asombro vacío, nos observaban, mientras brigada tras brigada desembarcaba, nuestro caballo, infantería y artillería; mientras que los pequeños árabes oscuros del contingente egipcio miraban con algo parecido al asombro a nuestra brigada de Guardias de Infantería, cuya corpulencia y estatura personal, con sus charreteras blancas y gorros de piel de oso negra, los hacía parecer los verdaderos hijos de Anak para esos niños marchitos del desierto.

Entre el estruendo de la música militar, el brillo de las armas y el ondeo de los colores de seda, mientras regimiento tras regimiento marchaban hacia su campamento, se veían las miserables, indefensas, miserables y, en algunos casos, aún mareadas esposas de nuestros soldados, corriendo apresuradas tras los batallones de sus maridos, llevando bultos o niños, a veces ambos, mientras otros pequeños asustados trotaban a su lado, y sujetando por sus faldas raídas y desgarradas; pero hubo la esposa de un soldado que se mostró a ojos europeos y orientales bajo auspicios muy diferentes.

"Todas estas maravillas alcanzaron un clímax", dice un escritor,[*] "cuando un barco del *Henri IV.*, remados por seis apuestos marineros franceses, con camisas blancas como la nieve y pequeños sombreros vidriados coquetos, con aire cómplice en la cabeza, dispararon junto al lugar de desembarco, y en la popa aparecieron el conde y la condesa de Errol—el primero oficial de fusilería y el segundo decidido a compartir

la campaña con su marido. Creo que el viejo pachá civil (*¿mussellem* de la ciudad?), que estaba sentado en una silla a cierta distancia, apenas sabía si estaba de cabeza o de talones cuando la dama fue sacada del barco y apareció en la puerta del pueblo, con un par de pistolas en una funda a la cintura, y seguida por un portero búlgaro, con un banco de retículas, bolsas de alfombra y libros, y tomando todo con la misma calma que si fuera una vieja soldado. Todo el grupo siguió los fusiles al campo, y la condesa vive en este momento bajo lona."

[*] En las *noticias diarias*.

Esta dama, que tanto llamó la atención, fue Eliza, condesa de Errol, y su marido— como mi tío me habría recordado—era alto condestable hereditario de Escocia; como tal, primer súbdito en el reino y antiguo líder de la caballería feudal. Ahora era simplemente mayor en la Brigada de Fusileros y resultó gravemente herido en el Alma. Sin dejarse disuadir por las miserias que vio sufrir a las esposas de los soldados, el sargento Stapylton, de mi tropa, tuvo el valor de tomar esposa para sí mismo en esta tierra del Profeta; pero el destino que la puso en su camino fue algo extraordinario y causó cierto ruido en su momento. Así sucedió:—La esposa de un soldado del 28º Regimiento, al avanzar por los campos de maíz desde nuestro campamento hasta el mercado de Varna, y quizá considerando hasta dónde podría llegar su escaso dinero en la compra de delicadas salchichas de soochook y cabaubs de hierbas, para su deleite y el soldado John Smith, se sorprendió al encontrarse hablando en un inglés aceptable por una esclava griega, que trabajaba entre el maíz, desherbándolo de las brillantes amapolas.

Aunque tenía la piel más clara que las mujeres de ese país, tenía el aspecto de una mujer búlgara. En la cabeza, un gorro cilíndrico, de patrón arlequín, estaba atado con un pañuelo blanco bajo la barbilla. Llevaba un vestido corto negro, con un volante escarlata profundo, sobre el que estaban cosidas piezas ornamentales de varios colores: una amplia banda escarlata, elaboradamente bordada, ceñida a la cintura; unas pocas monedas, de poco valor, estaban tejidas en su cabello, de un tono marrón intenso, y colgaban en abundancia sobre sus hombros, y en sus muñecas pulseras de cristal. Llevaba el disfraz de una campesina y sus rasgos eran suaves y agradables—incluso bonitos, aunque muy quemados por el sol.

En inglés suplicó a la esposa del soldado que le diera un sorbo de agua de un recipiente que llevaba, diciendo que "estaba muy sedienta y cansada de su trabajo en el campo."

Ahora, la señora John Smith, del 28º de Infantería, se sorprendió mucho al escuchar esta humilde y amable petición hecha en el idioma de su Inglaterra natal, por alguien

que parecía, a todos los efectos, búlgara. Entabló conversación con el desconocido y descubrió que en realidad era inglesa de nacimiento y sangre, ¡y originaria de Essex!

Relató que su padre había sido capitán mercante en Londres, y que, tras la muerte de su madre, la llevó con él en un barco en un viaje al Levante, donde fueron capturados por un pirata griego. Entonces era una niña. Su padre y su tripulación fueron ejecutados, su embarcación saqueada y luego incendiada en el golfo de Sidra, y destruida. Su captor, un viejo bribón de paso duro, se había asentado ahora, con todas sus ganancias mal habidas, como pequeño terrateniente, en la orilla de la bahía de Varna, donde ella seguía siendo su esclava—su esclava.

La esposa del soldado suplicó a la joven que la siguiera y se refugiara en el campamento británico, y estaba a punto de obedecer, cuando la aparición de su amo o dueño, un anciano de aspecto feroz, vestido con chaqueta y gorra, ambos de piel de oveja marrón, con la banda llena de cuchillos, yataganes y pistolas, alteró su débil resolución; y aunque la esposa del soldado Smith agitó con vigor su paraguas de cuadros vichy y le amenazó con el "p'leece" y con la guardia principal, él, sin inmutarse, solo respondió con un ceño fruncido de desprecio y, arrastrando a la esclava a su casa, cerró la puerta.

Sin embargo, tuvo suerte que el sargento Stapylton, de los nuestros, con un grupo montado de diez lanceros, regresara por el camino de Silistria—donde le habían enviado en busca de forraje—y a él la esposa del soldado apeló y le explicó lo ocurrido. Inmediatamente rodeó la casa y exigió a la joven, de qué forma o idioma no conozco; pero le hizo saber a la propietaria que el fuego o la espada le cubrían si no se entregaba al instante.

Armado hasta los dientes, el griego apareció en la puerta y le amenazó con el *vaivoda* de la región, y el *kaimakan*, o diputado del pachá de Rummelia, y de varios otros dignatarios; pero Stapylton apuntó con la punta de su lanza al cuello del viejo pirata, que encontró en ella una discusión tan irresistible, que inmediatamente entregó a la joven, que nuestros compañeros trajeron con ellos en triunfo al campamento, donde se hizo una suscripción para ella, y fue una maravilla de nueve días; y que este pequeño romance no quedaría exento de *su final*, finalmente se convirtió en la esposa del sargento Stapylton.

Nuestro regimiento estaba acampado a dieciocho millas de Varna, en el hermoso valle de Aladyn, rodeado de bosques de los mejores bosques, donde los manantiales eran numerosos y puros, y donde la hierba y la vegetación eran de la más rica descripción; sin embargo, allí fue donde la enfermedad—el cólera y la disentería—estallaron entre nosotros, y diezmaron nuestras filas con más seguridad y severidad

que las balas rusas. Pero en medio de sus horrores, la necedad siempre encontró su camino; y varios de los nuestros, franceses y británicos, se metieron en problemas con las damas búlgaras y turcas, especialmente estas últimas, que son bastante propensas a intrigas, a pesar de los peligros que conlleva, en una tierra de celos y el uso rápido de armas. Quizá el *yashmac*, y el misterio que daba a sus rostros, de los cuales solo los ojos siempre brillantes eran visibles, y la boca—normalmente su peor rasgo—estaba oculta, tenían mucho que ver con esto.

Por el Corán, solo a las mujeres mayores se les permite "dejar a un lado sus prendas exteriores y salir sin velo". Una historia muy antigua de Constantinopla —la de Delamay, creo— relata que un pachá, notable por el tamaño y la fealdad de su nariz, se casó, ante el kadi, con una dama que, al ser desvelada, resultó para su gran disgusto ser sumamente sencilla.

"¿A quién, de todos tus amigos", preguntó con su sonrisa más encantadora, "¿voy a mostrar mi cara?"

"A todo el mundo", dijo él; "¡Pero escóndemelo!"

"Mi señor, paciencia", susurró humildemente.

"¡Paciencia no tengo!" exclamó, con ira.

"¡*Alá kerim!* Debes tener mucho para haber soportado tanto tiempo esa gran nariz contigo", replicó ella, mientras le lanzaba la zapatilla a la cabeza.

Un par de ojos oscuros y brillantes, brillando entre los pliegues de un fino *yashmac* de muselina blanca, estuvieron a punto de librarme de Berkeley y del inminente duelo, mientras yacíamos en Varna.

Él y Frank Jocelyn, de mi tropa, un joven inteligente y apuesto, aunque el mejor lanzador y remador en Oxford, tan buen corazón y abierto como cualquiera en el servicio, iniciaron una intriga con dos doncellas turcas, a las que encontraron rezando ante una *capilla aékie*, o maometana, y a quienes siguieron hasta un quiosco en el valle de Aladyn.

Su romance no avanzó mucho, simplemente se mantenía lanzando naranjas al anochecer sobre un muro alto, que estaba decorado con una fila de pinchos de hierro de aspecto feroz. Las naranjas de Jocelyn y Berkeley contenían notas escritas en francés e italiano, de las cuales las chicas no podían hacer nada, por supuesto, ya que la lengua de los turcos educados era una mezcla de turco, persa y árabe, siendo el primero hablado solo por el campesinado; Así que las damas respondieron con naranjas, en las que se pegaban flores, hasta que en la cuarta o quinta noche, en

respuesta a una epístola muy amatoria, Souse llegó por encima del muro del jardín una concha de hierro de seis pulgadas, ¡con la mecha encendida!

Nuestro Lotharios solo tuvo tiempo de tirarse al suelo cuando explotó en la oscuridad con un estruendo espantoso; pero sin herir a ninguno de los dos, se retiraron, algo abatidos, mientras escuchaban muchas risas fuertes y palmadas dentro del muro del jardín. Tras esta insinuación, ya no se acercaron más a las damas, que resultaron ser la esposa de un *yuse bashi*, o capitán de artillería turca, y su esclava.

Mientras los meses que desperdiciamos tan inútilmente en Varna se esfumaban lentamente, se me ocurrió una aventura singular—de hecho, una tan extraordinaria por su importancia y por el futuro que aún me causa una profunda impresión; y este episodio lo detallaré en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXXI.

Así que mirada se cruzó con la mirada,

Y el corazón vio corazón, translúcido a través de los rayos,

Una misma ley universal armoniosa,

Átomo a átomo, estrella a estrella puede dibujar,

Y de corazón a corazón. Dardos rápidos, como del sol,

La atracción fuerte y el encanto están hechos.

EL NUEVO TIMÓN.

A la carta que escribí a Louisa desde Gallípoli nunca respondió.

¿Había llegado a ella, o había sido interceptada, y por quién?

Empecé a asociar Berkeley—sin fundamento, sin fundamento—con su singular silencio. Toda mi antigua animosidad hacia él volvió; Pero, por la seguridad personal del superviviente, nuestra curiosa reunión aplazada no pudo celebrarse hasta que nos encontráramos cerca del enemigo. También temía que descubriera lo completamente que ella había ignorado—o, a simple vista, olvidado—mi existencia. Para mí, había pura audacia en la idea de que tuviera motivos para triunfar al sospecharlo.

Siempre llevaba su anillo de compromiso—la perla con esmalte azul. ¿Miraba ella mi diamante de Rangún tan a menudo como yo miraba el pequeño aro dorado que una

vez rodeaba su dedo, y por eso se había convertido en algo sagrado para mí? Ahora empezaba a temer que no lo hiciera.

El pasado tenía solo una característica, una que cada pensamiento y recuerdo parecía girar metafóricamente; y el futuro solo un objeto—el mismo—en torno al cual se centraba toda esperanza—Louisa. Vi— el Bósforo, los vapores de correo llegaban regularmente a la bahía de Varna. Parecían traer cartas a todos menos a mí, y poco a poco mi corazón se llenó de ansiedad y miedo.

¡Louisa podría estar enferma—*muerta*! Aparté ese pensamiento como imposible; Debí haber oído hablar de una calamidad tan terrible por parte de Cora, o de Wilford, que mantenía correspondencia constante con su hermana.

Su respuesta a mi carta de Gallípoli podría haber tenido un fracaso. ¿Por qué solo su carta? Las de mi tío y de la prima Cora llegaron en el momento requerido y en el curso del correo. ¿Podría ser que Louisa se estuviera olvidando de mí? Su última mirada—sus ojos tan llenos de dolor—su último beso, tan lleno de ternura temblorosa, prohibía ese miedo, y sin embargo resultaba extraño que ni Cora ni Sir Nigel la mencionaran jamás en su correspondencia conmigo.

A menudo rezaba para que su amor fuera tan duradero en ella como me resultaba agonizante.

Studhome conocía mi secreto. Ocultarle que era miserable era imposible, pero el consejo honesto de Jack "tomar el corazón de gracia—recordar que había peces tan buenos en el mar como jamás salieron de él, que—

"Había doncellas en Escocia mucho más hermosas,

Que estaría encantado de ser la novia del joven Lochinvar,"

y mucho más con el mismo efecto y propósito, que no resultó más que un triste consuelo y consejo.

Un sábado por la noche discutí con él en su tienda. No teníamos ningún segundo desfile ni nada que hacer. Juró que estaba cansado de sus estudios, que generalmente consistían en el *Calendario de Carreras*, la "Lista Anual del Ejército" de Hart, la "Ferradora de White" y el "Ejercicio de Campo y Evoluciones para la Caballería", variados por *la vida de Punch y Bell*, así que encargamos nuestros caballos y cabalgamos hasta Varna, cuya variedad y bullicio inusual nos ofrecían medios de entretenimiento y alivio, después de la tranquilidad y monotonía de nuestro campamento en el verde valle boscoso de Aladyn.

Alojamos nuestros caballos en un viejo y destartado kan turco, que un emprendedor sutler francés había convertido en una especie de hotel, porque sobre la puerta un cartel alegre, pintado en tricolor, nos informaba de que era "*Le restaurant de l'Armée d'Orient, pour messieurs les officiers et sous-officiers.*"

Allí tomamos una botella de excelente vino griego, en una gran sala encalada, llena de oficiales franceses, de todas las ramas del servicio y de todos los rangos, que nos recibieron con gran cortesía. Todos fumaban cigarrillos, charlaban, reían, jugaban al ajedrez o al dominó, y leían el *Moniteur* o *Charivari*, que por último caricaturizaba a los rusos tan despiadadamente como nuestro buen *amigo Punch*.

Su alegría y *su estilo* de exageración de interrogar a las mujeres que pasaban provocaron muchas miradas de asombro y reproche entre los turcos con turbante, chal y solemnes, pues pocos de los creyentes tomaron con buen grado a "los hijos de la perdición que habían venido a ayudarles y al Vicario de Dios —el refugio del mundo— del perro moscovita, " como se oyó decir; " y a petición de una reina—una mujer—*¡Alá razolsun!*añadió, haciendo especial referencia a nosotros.

"Qué cambio es todo esto respecto a nuestra reciente vida en el cuartel de Maidstone", dijo Studhome. "Vemos escenas tan extrañas—un mundo nuevo aquí."

"Para nuestros guardias y húsares agotados, que hasta ahora se han aburrido por la mera falta de rumbo y vacío de sus vidas, nuestro amigo, el emperador Nicolás, ciertamente ha proporcionado aquello que Sir Charles, en *Used Up*, llamaría una 'nueva sensación' y un poco de emoción saludable."

Un joven subteniente de los Zouaves fue especialmente vehemente y irónico al describir a cierto mago egipcio, que le había mostrado cosas maravillosas a él y a sus amigos. Sus palabras parecían provocar muchas risas y, al acercarme, descubrí que era Jules Jolicoeur, el Zouave, que ya había sido ascendido al rango de segundo teniente en su regimiento, en cuyas filas el cólera ya había causado terribles estragos.

"Monsieur Jolicoeur", dije; "¿Un mago, dices?"

"*¡Peste!* "Ya sabes mi nombre", dijo sonriendo, mientras giraba y se enroscaba el bigote.

"Tengo que felicitarte por tu ascenso. Mejor esto que estudiar a Lemartinière, Ambrose Paré y demás, en la École de Médecin, ¿eh?"

"*¡Parbleu, monsieur!* ¿Cómo sabes todo esto?" preguntó, con sorpresa perdonable.

"Quizá yo también sea mago", dije riendo. "Pero este egipcio del que nos hablas—¿es malabarista, supongo?"

"¿*Jouer—joueuse de gobelets*, quieres decir? Oh, no. Con un poco de agua o tinta, vertida en el hueco de tu mano, te mostrará el rostro de cualquier amigo que más desees ver. Es milagroso."

"¡*Diable!*" exclamó Victor Baudeuf, un capitán bien condecorado de un regimiento de línea francés; " entonces me mostrará a Mogador."

El nombre de esta conocida bailarina francesa provocó una carcajada; pero Jolicoeur dijo—

"¡Monsieur, debería llamarla Madame la Condesa de Chabrilan!"

"¿Y dónde demonios está *monsieur le Comte*?" preguntó Baudeuf, con una mueca.

"En los campos de oro, habiendo gastado su fortuna dos veces en la chica."

"Bueno, para una esposa en París, un marido en los campos de oro vale tanto como no tener marido. *¡Très bien!* Veré a la bonita Mogador, si tu mago tiene algo de habilidad."

"¿Y dónde se junta tu mago?" preguntó Studhome.

"¿Quiere decir que me cuelga—*el mérite la corde*, monsieur?" preguntó el francés desconcertado.

"No, no; ¿dónde se le puede encontrar?"

"*Monsieur le magicien* celebra una sesión espiritual esta noche", observó un húsaro francés, cuyo hermoso dolmán era casi a prueba de espadas con encaje plateado.

"*¡Très bien!*" exclamó otro; " hay veinte chicas en París a las que quiero ver."

"¿Cuál es su tiempo, Jules?"

"A las ocho."

"Ya faltan solo veinte minutos."

"Nosotros también iremos —dijo Studhome— y nos lean la fortuna; Será tan buena aventura, monsieur, como cualquier otra."

"Lark—*aloutte*—oh, sí, *très bon!*" respondió Jolicoeur, con una sonrisa amistosa, aunque sin entender por qué se refería al ave.

"Mi fortuna me ha sido contada a menudo, Newton, por gitanos, en Maidstone y Canterbury. Ninguno igual; pero era magnífico, según el pago que daba, y siempre era divertido. Veremos qué tiene para mostrarnos este astrólogo—un auténtico mago."

"¡Si nos enseña a Louisa Loftus, Jack, perderé un año de sueldo!"

"Ven, señores, a la sesión espiritista", gritó Jolicoeur, mientras se abrochaba el sable.

"Deseo ver a nuestra señorita Sofía, que se ha ido a Constantinopla."

"Y yo, Mogador", dijo el capitán Baudeuf, "la deliciosa bailarina en el Mabilie."

"¡Y yo, Rose Pompon!" exclamó el húsar, atando las cuerdas de su dolmán plateado.

"Rose, la heroína de mil coqueteos."

"Mogador, la emperatriz de los diez mil corazones", añadió el capitán.

"Corazones como el tuyo, *mon camarade*", dijo el húsar, riendo.

"Y Fleur d'Amour", añadió otro despreocupado, "¡la Reina de los Tourrianos!" [*]

[*] Frase de campamento para los linieros franceses.

"Ah, *mon capitaine*", dijo Jules. "¡Peste! Qué roué es ese. Ha realizado tantas conquistas como nuestro buen amigo Don Juan, en la encantadora ópera que lleva su nombre."

"¡Cuidado!" dijo el otro, con un ceño fingido; "Soy un as de diamantes con la pistola, Jules."

"¡Bah! Tu pistola nunca será apuntada contra mí. ¿Quieres un cigarrillo?"

"Gracias. En cuanto a Mogador, sus medias de seda eran un estudio en el Mabilie, y la gracia con la que mostraba sus pies y tobillos——"

"¡*Cordieu, mon ami!* no tenemos a un hombre en el 2º Zuav que no haya apreciado al máximo esa generosa exhibición. ¡Espero que aparezca en la mano de Baudeuf como Diana, o la casta Lucretia!" dijo Jolicoeur.

Estos comentarios provocaron carcajadas en voz alta entre los franceses gays.

"Por Júpiter, Newton", susurró Studhome, "nuestros queridos amigos serán invocados en compañía extraña. ¡Estos tipos están nombrando las loretas más notorias de París!"

Con un estruendo prodigioso de espadas y espuelas, todos salimos juntos del restaurante para ir a la residencia del mago; y el teniente Jolicoeur, que parecía

dispuesto a confraternizar con nosotros, me informó de que esta persona, que hacía tanto ruido en Varna, era originario de Al Kosair, en la costa egipcia del mar Rojo, y que ahora era jefe hakim, o cirujano principal, del 10º Batallón de Infantería Egipcia, que formaba parte del contingente del virrey con el ejército turco. Así que esperábamos con cierto interés la entrevista, ya que tenía una gran reputación entre los Osmanlee por las maravillas que producía y era fielmente creído.

Tras una entrevista, este mago me recordó mucho al Sooltan descrito por Lane, en su obra "Manners and Customs of the Modern Egyptians".

Si en Inglaterra, a estas horas, tanta gente cree implícitamente en cambiar la mesa, golpear espíritus, dormir hipnótico y médiums hipnóticos, y muchos otros caprichos escandalosos, no es de extrañar que los pobres e ignorantes soldados de los ejércitos turco y egipcio crean en los poderes mágicos del hakim Abd-el-Rasig, quien, por medio de otra alma humana, podía mostrarles si sus amigos, sus padres y madres, en Gaza, en El Cairo o en las orillas del Nilo, seguían en el mundo de los vivos, tan claramente como si miraran a través del telescopio mágico del príncipe favorito en el cuento de hadas.

Fue precisamente en la época en la que escribo cuando el público de la Atenas moderna—esa feliz ciudad de santos bíblicos y Solones insensibles—se electrificó con una serie de cartas que aparecieron en uno de sus diarios, firmadas por un historiador bastante conocido, ocupando, aunque lucrativo, una posición jurídica que decía que "poseía un medio peculiar, "de cuya persona y espíritu tenía un control tan absoluto y hipnótico que envió a este último a las regiones árticas en busca de Sir John Franklin, a quien vio, vestido con sombrero de pene y cuadrante, sentado con tristeza sobre un montón de nieve; después, que la envió de visita a uno de los barcos de Su Majestad en las Indias Occidentales, donde indagó en los sabrosos secretos del muelle de los guardiamarinas; y, no contento con estos maravillosos viajes, anunció que envió su espíritu al cielo para visitar a sus amigos, y a un clima mucho más cálido para visitar a sus enemigos; y esta blasfemia y locura de solsticio del verano encontró creyentes en la capital escocesa, aunque provocó las risas de las masas; pero una noche la bella médium, "caliente con la uva toscana y embriagada de sangre", o habiendo bebido demasiado alcohol, desenmascaró a la aspirante a balsemo del norte como una tonta y un tonto, olvidándose de interpretar su supuesto personaje.

"*¡Vamos, mis camarades!*" dijo Jules, pasando su brazo por el mío y el de Studhome; "todos enfrentaremos este Cagliostro juntos—uno por todos, y todos por uno, como Athos, Porthos y Aramis, en 'Les Trois Mousquetaires'."

Era imposible no estar satisfecho con la alegría y el carácter encantador de este joven francés. Su porte y uniforme, mitad parisino y mitad oriental, le daban cierto aspecto de un dandi bandido; pero esa actitud es peculiar de todos los oficiales y soldados de los regimientos de Zouaves.

Se acercaba la noche y las sombras caían hacia el este. Los de los altos minaretes, y las hileras de cipreses que custodian "la Ciudad de los Muertos", fueron lanzados a gran distancia, sobre el terreno llano donde se encuentra Varna. Muchos "verdaderos creyentes" esperaban la voz aguda y juvenil del muecín para llamarlos a la oración; y los tambores de las tropas francesas se reunían en sus lugares de armas y sujetaban sus tambores, preparándose para la retirada vespertina, mientras pasábamos por las calles, extrañamente concurridas hacia la iglesia armenia.

En una cafetería, cuya fachada estaba abierta, nos cruzamos con varios soldados del coronel Hadjee Mehmet, todos adormilados por el tabaco o el bang, sentados como tantos sastres, cada uno sobre un trozo de alfombra raída. Algunos se quedaban holgazaneando sobre los cuadros de un tablero de ajedrez, y otros escuchaban el salvaje cuento de hadas de un derviche itinerante, al que, de vez en cuando, lanzaba un cuarto de piastre (alrededor de medio penique) mientras se volvía cada vez más emocionante.

Pasando por una calle que acababa de llamarse Rue des Portes Franchis—un cabo de zapadores estaba en pleno acto de clavar ese título en la mansión desvencijada de un emir curioso e indignado—llegamos a la residencia temporal del hakim Abd-el-Rasig, cerca de la cual varias mujeres turcas con caftáns largos, unos cuantos griegos de nariz de halcón, y judíos sórdidos merodeaban, como si se preguntaran si se atrevían a tentar su habilidad intentando imprudentemente sondear el futuro.

Hacia la calle, la casa no ofrecía más que una pequeña puerta, con un arco curvo, como una herradura, y un muro bajo encalado.

Al pasar, nos encontramos en un patio fresco y sombreado, rodeado, como de costumbre, por esos inexplicables cobertizos turcos, un pozo en el centro, algunos rosales en bañeras y algunas flores y pequeños arbustos que se abrían paso entre las losas de pavimento.

La mansión estaba casi completamente construida de madera, pintada de azafrán y azul. Nos hizo pasar un pequeño sirviente egipcio de color castaño, vestido con pantalones azules anchos y un tarbuh escarlata, y que, para nuestro disgusto, descubrimos que no tenía lengua—¡un mudo!—y nos encontramos en el *diván hanée*, o apartamento principal; y ahora el hasta entonces incesante murmullo y alegría de

nuestros amigos franceses se apagó en relativo silencio, Mientras el hakim, que había estado fumando su chibouque, con su largo palo de cereza, se levantaba de un lujoso montón de cojines de seda para darnos la bienvenida.

Era un hombre pequeño, con rasgos árabes y tez de caoba. Su barba espesa era de gran amplitud. El tiempo hacía tiempo que había teñido ese apéndice de blanco, pero el propietario lo había vuelto de un marrón intenso. Llevaba un turbante verde, un abrigo largo y fluido, confeccionado como una bata, de tela azul brillante, elaboradamente trenzado en el pecho y las costuras con cordón escarlata; su chaleco y pantalones eran de lino blanco, rodeados por una banda de seda verde. Alrededor de su cuello colgaba un comboloio, o rosario mahomedano, de noventa y nueve cuentas de sándalo.

Salvo que sus ojos intensamente negros tenían bajo sus cejas inminentes una expresión aguda y de halcón, su aspecto no era ni desagradable ni indigno. Sus pómulos eran algo prominentes; tenía los órganos de la localidad en gran medida definidos y su frente era alta, pero se retiraba.

Un soldado turco, un onbashi o cabo del cuerpo de Hadjee Mehmet, simplemente había preferido alguna petición al entrar; y al enterarse de que habíamos venido a ver un juicio de su poder en la sesión espiritista, o como le gustara llamarlo, nos invitó a todos a un apartamento interior que daba al *diván hanée*.

Estaba iluminada por cuatro lámparas, suspendidas del techo, cada una con un gran borlo debajo. De estas lámparas parpadeaban cuatro llamas, que emitían un extraño olor mefítico. La cámara había sido encalada recientemente; las puertas y ventanas estaban todas bordeadas por arabescos en negro y rojo, y con elaboradas frases del Corán, que luego aprendí que eran las siguientes:—

"Si te acusan de imposture, los apóstoles que te precedieron también han sido considerados impostores, que trajeron demostraciones evidentes y el libro que ilumina el entendimiento."

"Te preguntarán sobre el espíritu; respuesta, el espíritu fue creado por orden de mi Señor; pero no tenéis conocimiento que os sea dado, salvo un poco."

"Esto es luz añadida a luz. Dios dirigirá su luz a quien Él quiera." [*]

[*] Al Corán, capítulos iii., xvii y xxiv.

En el centro había una mesa cubierta con un paño carmesí, sobre la que reposaba una especie de altar hecho de latón, de unos dos pies de altura, sostenido por cuatro figuras monstruosas, cuya descripción está más allá del poder del lenguaje, y delante

de ella yacía el Corán, abierto, y de sus hojas colgaban cincuenta y cuatro cincuenta cintas color carne, con sellos de plomo adheridos, siendo uno por cada dos capítulos de ese libro tan extraordinario.

Cerca de esta había una vara de bronce extrañamente esculpida, que se sabe que fue encontrada en una de las seis grandes tumbas cavernas que se encuentran en el paso de Bibou-el-Melek en Tebas, junto a una momia que se decía era de un mago real, pues en esas tumbas yacen los reyes egipcios de las dinastías XVIII y XIX.

Varios camaleones verde brillante de Alejandría, que se arrastraban perpetuamente por este altar y cambiaban de su color natural a rojo, azul y blanco, según el tono de cualquier cosa que se acercaran, contribuían a la *diablerie* de esta escena, que pronto se volvió bastante emocionante.

Mi propia participación en esta aventura fue tan notable que apenas me quedé con un leve recuerdo del papel que tuvieron mis compañeros.

De hecho, fui la segunda persona a la que intentó imponer, si su modo singular de invocación, o rapeo espiritual, puede considerarse una imposición.

El primero a quien se dirigió fue el soldado turco con quien le habíamos encontrado conversando.

El onbashi quería saber si su madre, Ayesha, viuda de Abdallah Ebn Said, que vivía en Adramyt, estaba bien, y le dio al hakim su pago—diez piastres—una gran suma, sin duda, para el pobre guerrero osmanli, que miraba a su alrededor con considerable inquietud, aunque la actitud descarada de los franceses podría haberle tranquilizado; y oí a Jolicoeur susurrar a Baudeuf que había visto una docena de veces tal cuadro mágico en la Mabilie y la Porte St. Martin—*diable—oui!*—y lo había resplandecido con un siseo, que quizá tendría a Mogador o Fleur d'Amour con sus bailes.

"Ayesha, viuda de Abdallah Ebn Said", murmuró el hakim. "Un nombre de suerte—lo llevaba una de las cuatro mujeres perfectas que ahora están en el Paraíso."

Abriendo una puerta dorada en su pequeño armario o altar, el hakim sacó una gran concha de almeja y dos frascos de un líquido oscuro.

Escribió ese versículo del Corán que he citado del capítulo xvii, sobre el espíritu, en una tira de pergamino; Luego, vertiendo agua pura sobre él, la lavó en el hueco de la concha; así, su sentimiento y espíritu debían convertirse en parte del encanto que estaba por desarrollarse.

Luego pidió que el onbashi se dirigiera al este y rezara (pues la religión evidentemente tenía un gran papel en toda su fantasía), y después me llamó para que mirara dentro de la concha, que sostenía en su mano izquierda, mientras agitaba sobre ella su vara de bronce siete veces—el número místico.

Miré fijamente el líquido, que unas gotas del frasco se habían convertido en un tono púrpura pálido, pero vi—nada.

No apareció. Fue convocada tres veces, pero en vano.

El hakim tiró de su barba, frunció el ceño y se sonrojó de irritación, y vació su caparazón, vertiendo cuidadosamente el líquido por un agujero en el suelo.

"¿Mi pobre madre, entonces, está muerta?" dijo el cabo, tristemente, cruzándose las manos sobre el pecho.

"¡Stafferillah! no, no lo creo", dijo el hakim, amablemente.

"¿Por qué, effendi?"

"Porque, en ese caso, el líquido se volvería tan negro como la sagrada Kaaba."

"¿Pero no apareció?"

"Hoy es un día de mala suerte, hijo mío."

"¿Por qué para mí, si no para otros? Nunca omito lavarme y rezar; y ayer, oh hakim, mostraste cosas extrañas a los francos, llenando todos sus kanes y cafeterías de asombro."

"Cierto; Pero vete. Eres uno de los fieles. Para los infieles todos los días son iguales", respondió el hakim, con un ceño muy inconfundible hacia Jolicoeur y Baudeuf. "¿No dice el Profeta: 'Sus obras son como vapor en una llanura, que el viajero cree que es agua, hasta que cuando viene a ella no encuentra nada?'"

"¡Allah kerim!" dijo el onbashi, llevándose la mano derecha a la frente, la boca y el corazón, y se alejó solemnemente.

Jolicoeur avanzaba para llamar a su amiga Sophie, sin duda, o quizá a alguna otra damisela alegre, cuando el hakim, que evidentemente no le gustaba su sonrisa burlona ni su porte general, ignoró su presencia y me dijo—

"Effendi, ¿en qué puedo servirte?"

Sentí cómo la sangre me subía a la cabeza y, en un susurro, le mencioné a Louisa Loftus. Me daba pena que mis compañeros rápidos oyeran su nombre y, quizá, se

burlaran de él. He dicho que la tarifa del hakim era de diez piastres; pero como le di más de cien —o igual a una libra esterlina de guinea— no había palabras para expresar su agradecimiento en egipcio o turco; solo podía murmurar, una y otra vez—

"¡Shookier Allah! ¡Que Dios te recompense!"

De nuevo sacó su concha de almeja, cuya superficie examiné cuidadosamente, mientras que con gran rapidez escribió un verso del Corán. La concha era clara y pura; no se detectaba ninguna imagen, línea ni dibujo en su superficie perlada. De nuevo hizo su mummering con los frascos y lavó la tinta y la pasó a la cáscara; De nuevo, como antes, el líquido se volvió púrpura, y otra vez agitó su varilla de bronce.

"¿Quieres ver a la que amas?" susurró, con una mirada lasciva en sus agudos ojos negros; "¿Quién será tu hanoum (esposa o dama)?"

"Sí, effendi", respondí, sonrojándome como un gran colegial, a pesar de mí mismo, aún más al ver el pañuelo de Jack Studhome en su boca.

Fijando sus ojos agudos con cierta severidad en Jules Jolicoeur, a quien de repente había detectado imitándolo, el hakim barbudo lo llamó hacia adelante y le pidió que mirara dentro del caparazón y nos contara lo que había visto.

Abd-el-Rasig entonces se giró hacia el este y procedió a rezar e invocar con voz inaudible.

Estaba a cuatro pasos del teniente zouave, cuyos ojos, al mirarla concha, se dilataron y se fijaron con asombro, mientras que todos sus rasgos, que eran hermosos, expresaban algo parecido al miedo.

"¡Merveilleuse! ¡Mon Dieu! ¡Merveilleuse! exclamó.

"¿Ve algo, monsieur?" pregunté, con creciente entusiasmo.

"¡Sí—sí—oui, peste!"

"¿Qué ves en el nombre del cielo?"

"¡Una dama!"

"¿Una dama?"

"Sí; el rostro de una dama, joven y muy gentil. Es pálido; Sus ojos son oscuros, su cabello grueso y despeinado—parece casi azul en esta cáscara morada. Sus cejas y pestañas son gruesas", continuó, hablando muy rápido. "Tiene una expresión de tristeza intensa—¡ban Dieu!—es como un ángel afligido."

"¿Su nariz es aquilina?" Yo sugerí.

"Al contrario, es ordenada y pequeña, pero no del todo *retroussá*. Se mueve—*merveilleuse!*—lágrimas—¡está llorando! En su pecho hay una media luna plateada; y ahora—ahora—¡todo se desvanece!"

Estaba saltando hacia adelante cuando el hakim me hizo un gesto autoritario con su varilla de bronce, y al instante vertió el contenido de la concha sobre el suelo de baldosas, de donde surgió un extraño olor mefítico.

Esto no fue así en la ocasión anterior que no tuvo éxito. Jules, que se había vuelto bastante serio, ahora se volvió hacia mí con entusiasmo y llena de interés.

"¿Es esta la dama cuyo rostro viste?" Pregunté, mostrándole la miniatura de Louisa.

"No, monsieur; no hay la menor semejanza."

"¡Así es!"

"Soy algo así como artista, y lo sé."

"¿Estás seguro?"

"Tan seguro como ahora me dirijo a usted, monsieur."

Empecé a sonreír.

"He dicho que sus ojos parecían oscuros, casi como estos. Su cabello era negro, espeso y ondulado, pero su nariz y rasgos eran más pequeños—más (perdón, monsieur) femeninos, quizás—menos decididos en carácter, desde luego; y en el pecho tenía una media luna de plata."

"¡Una media luna!"

"Sí, monsieur, con un león encima. El adorno parecía sujetar o adornar el vestido, y lo vi claramente hasta que ella puso la mano sobre él, y entonces el agua de la concha se movió. Es absolutamente milagroso", añadió, girándose hacia el capitán Baudeuf, que se enroscaba el bigote y sonreía con una incredulidad obstinada.

Estos últimos detalles me aterraron.

La descripción de Jolicoeur era completamente la de mi prima, Cora Calderwood. La media luna y el león eran un regalo que le había enviado desde la India—un doble adorno que había recogido en la gran pagoda de Rangún, y que ella siempre llevaba, prefiriéndolo al escudo de su padre y a todos los demás broches.

"¿Estás satisfecho, effendi?" preguntó el hakim, en voz baja, pues parecía acostumbrado al asombro en esas ocasiones.

"Estoy desconcertado, en todo caso, hakim", dije.

"¿Por qué?"

"No fue a ella a quien pedí ni a quien nombré."

"¿Cómo lo sabes? No lo viste. Otro miró con tus ojos."

"Cierto—pero ¿qué presagia la visión?"

"Pediste verla——"

"Me encantaba, hakim", dije con énfasis.

"No, la que—si Alá y los perros moscovitas te perdonan—será tu esposa, tu *hanoum*. ¿No lo recuerdas? ¡Vamos! ¡*Alá Kerim*! Es *el destino*—tu destino. Los destinos de todos, y la hora en que debemos morir—sí, el mismo momento—están escritos por el dedo de Azrael en nuestras frentes al nacer—en la vuestra también, aunque no creáis ni en Azrael[*] ni en el Profeta. ¡Vamos! La marca está ahí, aunque no la veamos."

[*] El ángel mahometano de la muerte.

Con esas palabras tan solemnes resonando en mis oídos, desconcertado y completamente sorprendido, me encontré recorriendo las calles de Varna con Studhome, mientras los tamborileros franceses tocaban *la retraite* mientras el sol se ponía más allá de esas montañas que entonces resonaban con el cañón de Silistria, y mientras las voces agudas de los muezines proclamaban la hora de la oración vespertina desde los minaretes de las mezquitas, en los que los musulmanes se abalanzaban, con la cabeza inclinada y los pies descalzos, para contar sus cuentas.

CAPÍTULO XXXII.

Dormir por espíritus malignos perturbados,

Huyendo al sonar la campana de matin;

Miedos que empiezan a hacer que los ojos escasen al despertar,

Suspiros que no salen de su móvil.

Como si fuera un sueño, al fin me despertó Jack Studhome, ofreciéndome su estuche de puros y diciendo, con una sonrisa—

"¿Y el sueldo anual, Norcliff, eh? ¿Supongo que te lo debo?"

"No bromees, por el amor de Dios, Jack", dije yo; "porque me siento débil, raro y enfermo."

Toda esa noche hablamos sobre el asunto, a través de varios frascos de champán helado, sin poder llegar a ninguna conclusión.

Como truco, superaba todo lo que habíamos visto jamás realizado en Cawnpore, Delhi o Benarés por malabaristas indios, aunque en el comedor habíamos visto a esos dignos tragarse una espada hasta la empuñadura o atravesarla por una cesta, en la que estaba oculto un niño, cuya sangre y gritos salían juntos, hasta que la puerta de la habitación se abrió, y el pequeño entró alegremente, ileso y sin heridas; o la semilla de naranja, que puso en mi vaso, donde echó raíces y, en tres minutos, se convirtió en un pequeño árbol en plena forma, del que el desorden recogía las naranjas mientras se las pasaba. Todas esas actuaciones fueron superadas por la del hakim Abd-el-Rasig!

Que Jules Jolicoeur hubiera visto un rostro femenino—y bonito, además—en la concha era seguro, por cualquier arte o deseo que se lograra esa circunstancia. Su asombro era demasiado genuino y palpable para actuar. El detalle del broche de media luna era una coincidencia, quizá; ¡pero su descripción del portador encajaba tan bien con la de Cora!

Decidí buscarle al día siguiente; pero fue enviado de servicio por el camino hacia los Balcanes; y, como demostró el suceso, me puse demasiado enfermo para seguirle.

Mientras volvíamos a casa desde el Restaurant de l'Armée d'Orient, sentí una euforia extrema; pero lo atribuía al champán. Apenas podía guiar a mi caballo por el camino que llevaba a nuestro campamento en el valle de Aladyn, y sentí a Studhome poner repetidamente la mano sobre mi brida para guiarme. Yo también me sentía delirante, y al día siguiente me encontré en los dolores de esa plaga repugnante, el cólera.

Me atrapó a una distancia de unas diez millas del campamento, desde donde había cabalgado en busca del teniente Jolicoeur. Me puse tan enfermo que tuve que desmontar, y me llevaron al quiosco de un rico comerciante armenio, y allí permanecí en gran peligro durante varios días, hasta que mis amigos o el regimiento conocieron mi situación o mi paradero.

Soporté un dolor intenso o un calor ardiente en el fondo del estómago, acompañado de otros síntomas del cólera: calambres en las extremidades y espasmos en los intestinos y músculos del abdomen.

Los pulsos se volvieron tenues y, en ocasiones, apenas perceptibles; Mi piel se enfrió y se empapó de un sudor pegajoso. Fue un caso indudable de cólera espasmódico.

Me sentía resignado y casi descuidado con la vida. Sin embargo, hubo momentos en los que reflexionaba con tristeza, casi amargura, que no era así quien deseaba morir, sin ser visto ni desconocido, entre extraños en tierra extranjera; pero, por suerte para mí, no podría haber caído en manos más dignas.

El propietario del quiosco que he mencionado era un rico comerciante armenio, natural de Kars. No sé si estaba motivado por ese amor desmesurado por la ganancia, peculiar de su raza; pero me trató con extrema amabilidad y hospitalidad, aunque nunca vi ni a él ni a ninguno de su familia. La naturaleza peligrosa de mi enfermedad era una excusa suficiente para que estuviera cuidadosamente aislado de toda su casa, que era numerosa, ya que consistía en varios hijos con sus esposas e hijos, todos viviendo juntos como una gran familia, pero bajo su propio gobierno, algo en el modo patriarcal de un clan escocés bajo su jefe.

En un pequeño apartamento aireado, que daba a un jardín amplio y de muros altos, estuve durante muchos días, flotando entre la vida y la muerte. Mi asistente médico era un cirujano italiano, vinculado a los Bashi Bazooks, y llevaba un abrigo verde brillante, botas largas de montar y un fez carmesí, con una larga borla azul y un amplio botón militar. Parecía un asesino extranjero imprudente, con un bigote feroz, una enorme barba negra y la cabeza rapada cerca; pero su exterior ocultaba su carácter y habilidad.

Al estilo antiguo del Sangrado, me sangró, tomando veinticinco onzas de sangre de mi brazo izquierdo, y me dio, recuerdo, entre ochenta y cien gotas de láudano, junto con una cucharadita de pimienta de cayena, en un vaso de brandy fuerte con agua, humeante, ordenándome que lo escurriera casi con una corriente de aire.

"Oh, Signor Dottore", dije yo, "¿de dónde vienen esos terribles espasmos?"

"Rara vez se contabilizan satisfactoriamente", respondió con despreocupación profesional; "pero, si tuviera que opinar, diría que las *convulsiones* surgen de vasos distendidos, en las cercanías de la columna vertebral, en el origen de los nervios— ¿entiende, señor Capitano?"

Pronto dejé de entender nada; pero, tras la dosis caliente, me envolvieron en mantas calientes, con fricción, con lininos fuertes y estimulantes, aplicados a lo largo de la columna por las manos duras de dos esclavos negros, y se colocaron ladrillos calentados en mis pies y manos; y en medio de todo este proceso me desmayé.

Durante días fui como alguien que está en un sueño, pasivo en manos de esos asistentes negros, que, sin duda, pensaban que una cuerda de arco habría sido una "cura perfecta" y un ahorro considerable de problemas. El pelaje verde despedagado, el fez carmesí y el rostro oscuro del doctor italiano, como venía de vez en cuando, parecían parte de la fantasmigoria que me rodeaba; Pero enseguida apareció un rostro más dulce, más tierno y más femenino, con una mano más ligera y una más pequeña, que pareció tocarme y alisar mi almohada; y con esta visión venían pensamientos de Louisa, de Cora, del hakim Abd-el-Rasig y sus hechizos mágicos, y entonces cerraba los ojos, preguntándome si estaba dormido o despierto, o si en un sueño, del que despertaba, y me encontraba en mi fresca tienda de campanas en el verde y ventoso valle de Aladyn, en mis aposentos familiares en Canterbury, o quizá en la querida habitación de mi infancia, donde mi madre tantas veces se había quedado sobre mí y observado, en Calderwood Glen, y entonces parecía oír el graznido de los hoodiecrows entre los árboles antiguos que susurraban sus hojas verdes con el viento de verano.

La brisa murmurante que llegaba tan agradablemente a mi oído soñador pasaba por encima de montañas boscosas; Pero, ¡ay! eran las de Bulgaria, y no de mi tierra natal.

Entre todas las ideas disparatadas que provocaba mi condición estaba la abrumadora sensación de debilidad, con una postración y una lentitud intensas; pero ahora, gracias al Cielo, a la habilidad humana, a mi propia juventud y fuerza, la terrible enfermedad estaba desapareciendo.

Mientras que, por una estupidez o traición muy parecida a la traición, nuestro ejército, durante los meses calurosos y sin aliento de un verano búlgaro, yacía podrido e inactivo en Varna, como si simplemente esperara la llegada del invierno para abrir una campaña con Rusia —la resistente Rusia, tierra de hielo y nieve, cuyo imprudente emperador presumía de que sus dos generales más terribles eran enero y febrero— la terrible enfermedad que me postraba causaba un triste caos entre mis valientes y pacientes compañeros.

Los regimientos 7º, 23º y 88º, y toda la infantería en general —casi exceptuando los highlanders, su traje celta siendo una admirable salvaguarda por su calidez alrededor de los lomos— fueron diezmados por el cólera. Los Inniskillings y los 5º Dragones de la Guardia quedaron reducidos a simples esqueletos, y pocos coroneles de caballería pudieron llevar más de doscientos cincuenta sables al campo.

Mi propio cuerpo se redujo tanto que en un desfile Beverley solo reunió doscientas lanzas; pero muchos convalecientes se unieron después. Se comentó que muchos

de los ambulancieros, tras lo que se denominó "la gran tormenta", murieron en menos de cinco horas tras ser azotados por la peste.

Así, "cientos de valientes hombres, que habían abandonado las costas británicas, llenos de gran esperanza y fuerza varonil, murieron en el valle de Aladyn, o en las colinas que dominan Varna! El ejército se mostró descontento. Aunque no se cometió ningún acto impropio de los soldados británicos —aunque no se podía acusar de violación disciplinaria—, era imposible evitar el descontento. Murmullos, no fuertes pero profundos, se hicieron oír. No había ningún hombre allí, solo quemado para enfrentarse al enemigo. Todo el ejército estaba dispuesto alegremente a enfrentar la muerte al servicio del país al que había jurado lealtad; pero permanecer inactivo, expuesto a la peste, que abatió a sus víctimas con la misma seguridad, y casi tan rápido, como la bala de fusil, bajo un sol abrasador, sin poder de resistencia y sin posibilidad de evasión, era un destino que podría acallar el valor más fuerte y generar descontento en el seno más leal."

Siete mil rusos, que habían perecido de cólera algún tiempo antes, fueron enterrados en las cercanías de nuestro campamento; y así el lugar verde y sonriente que los búlgaros llamaron valle de Aladyn, ¡los barbudos moscovitas anatematizaron como el Valle de la Peste!

Mientras así era nuestro ejército inactivo en Varna, nuestra flota en el Mar Negro buscaba en vano atraer a los buques rusos de su fondeadero seguro bajo las formidables baterías de Sebastopol; y el ejército turco mostraba un valor que asombró a toda Europa.

En Giurgevo, una ciudad en la orilla izquierda del Danubio, el 7 de julio, un puñado de turcos, liderados principalmente por un valiente escocés, apodado Behram Pachá,[*] derrotaron a una gran fuerza rusa, tras un conflicto desesperado. En Kalafat, estos últimos intentaron en vano forzar el paso del río y expulsar a los osmanlee de su fortaleza; y en Citate y Oltenitza fueron derrotados con desgracia. Ni su propia destreza nativa, ni las oraciones del obispo de Moscú, ni la imagen milagrosa de San Sergio, les sirvieron—la cruz azul de San Andrés y el Águila de Moscovia huyeron ambos ante la media luna y la estrella de Mahomed. Y ahora Silistria, en el Danubio—"el río atronador"—se convirtió en la base de operaciones; y allí Moussa Pasha, Butler, un oficial irlandés, y mi compatriota, Naysmith, se cubrieron de gloria, mientras el exiliado húngaro, Omar Pasha, se enfrentaba al enemigo con todas sus tropas disponibles.

[*] Teniente coronel Cannon.

Durante este tiempo, los franceses continuaron avanzando en Varna, marchando a través de los Balcanes, la gran barrera montañosa de Turquía, cuyos pasos rocosos y profundos desfiladeros son casi infranqueables en invierno.

El 28 de julio los rusos fueron expulsados de Valaquia; pero los turcos fueron completamente derrotados por ellos en Bayazid, en las laderas de Armenia Occidental, y de nuevo en Kuyukdere. Nuestras flotas bombardearon Kola, en el Mar Blanco, y el 4 de septiembre vio al águila de la victoria sobrevolando los ejércitos del zar en Petropaulovski; pero así el verano pasó con nosotros sin gloria, y aún así nuestro ejército permaneció inactivo en medio de un foco de fiebre y sufrimiento en la odiada Varna.

La mayoría de estos eventos tan conmovedores los aprendí después de mi recuperación de esa enfermedad que casi me lleva. No supe nada de ellos mientras estuve en la casa del armenio, y igualmente poco sabía que el señor De Warr Berkeley, con la esperanza de que nunca volviera a unirme, hacía todo lo posible por manchar mi reputación militar en la brigada a la que pertenecíamos.

Fue en una mañana de junio—el 23, creo—el mismo día en que los rusos levantaron el asedio de Silistria, dejando doce mil muertos ante sus murallas—cuando parecí despertar de un largo y refrescante sueño.

La vaga y somnolienta sensación de haber estado rodeado de fantasmas e irrealidades, y que no era Newton Norcliff, sino alguien más, que yacía allí, enfermo y cansado, había fallecido dormido. Ahora estaba consciente y coherente, pero débil por el sufrimiento pasado.

A través de las celosías de un bonito quiosco (pues esa palabra significa como una habitación o una casa), podía ver los grandes rosales, cubiertos de sus fragantes glorias, de pie en filas o entrenados sobre arcos o arcos de hierro dorado. Las hojas del albaricoque, los ciruelos y los árboles de ciruela púrpura, susurraban agradablemente con la brisa que pasaba, y agradablemente, también, llegó a mi oído el golpeteo de una fuente de mármol que se alzaba en la veranda sombreada de fuera.

Alrededor de esa fuente de mármol blanco crecían la gran calabaza escarlata y la sandía dorada, su brillo ostentoso contrastando con las hojas verdes entre las que se acurrucaban en medio de ellas. El jardín era un epítome de Turquía, pues allí crecían el ítex rojo sangre de Italia, el rosal de Persia, la palmera de Egipto, la higuera india y el aloe africano, junto al alto y solemne ciprés, todos crecían lado a lado en los hermosos parterres, por donde caía el sol en escamas doradas.

El quiosco en el que yací estaba pavimentado con losas de mármol. Sus muros estaban pintados con alegría y una vista panorámica de Constantinopla. Pude reconocer las alturas de Pera y de todas las Propólitas, desde el punto de la Seraglia hasta las Siete Torres, con todas las glorias del Cuerno de Oro, la brillante cúpula de Sofía, el Serai Bournou y los bosques de cipreses, donde yacen los muertos de los siglos.

Descansaba en una cama bonita, con tapices blancos impecables y encajes, todo tan encantadoramente dispuesto que me recordaba a la cuna de un bebé. Un diván de cojines de seda amarilla rodeaba el apartamento por tres lados. El día cuatro estaba completamente abierto a la veranda y al jardín. En ese diván vi mi uniforme desnudo, cuidadosamente doblado, con mi gorra de forraje, espada y caja de cartuchos colocados encima.

Mi reloj y bolso, la miniatura y el anillo de Louisa—sentí por este último involuntariamente—estaban todos sobre una pequeña mesa de mármol blanco a mi lado, junto con un hermoso recipiente de porcelana, que me resultaba familiar.

Un suspiro de gratitud por estar consciente, libre de dolor y con relativa tranquilidad se me escapó, y me giré para mirar de nuevo el otro lado de mi cámara, cuando una figura femenina extraordinaria se cruzó con mi mirada.

Estaba sentada en el diván bajo, completamente inmóvil. Leía con atención, y por su traje supe de inmediato que era una hermana francesa de la caridad—una de esas puras de corazón, grandes de alma e inquebrantables en propósito, que, en su santa misión de misericordia y humanidad, habían seguido a los aliados de Francia.

Su vestido era un sencillo vestido negro de serja, con una peina blanca impecable, que caía en suaves pliegues sobre sus hombros, pura como las plumas de una paloma. En su rostro amable, que resultaba familiar—pues sin duda había estado ante mí a menudo en los intervalos de sufrimiento y delirio—había una expresión amable, pacífica y divina, que subyacía a las líneas entre el cuidado prematuro, el sufrimiento y la privación.

Era joven; pero entre el cabello castaño oscuro trenzado suave y modestamente sobre su pálida y serena frente, ya podía detectar uno o dos hilos plateados.

Sus rasgos eran tan perfectamente regulares, tan rectas las líneas de cejas y nariz, que los ojos oscuros y parlantes, y esa forma caída de párpado peculiar del sur de Europa, por sí solos los aliviaban de la domesticidad, pues yo había visto más belleza brillante en un rostro algo irregular; pero en esos ojos oscuros siempre brillaba la luz

constante de un alma dedicada a un gran propósito; y sin embargo, a veces, como descubrí después, su manera podía volverse alegre, casi juguetona.

Aunque el simple gesto de girar la cabeza, lo oyó, se levantó ansiosa y, acercándose, me entregó una bebida refrescante.

"¡Mademoiselle, le agradezco!" dije agradecido.

"No debes darme las gracias, monsieur. Simplemente soy tu enfermera."

"Y te he molestado——"

"En mi despacho—simplemente, monsieur, en mi despacho, que puedo leer en cualquier momento en las veinticuatro horas."

"¿Y con qué frecuencia haces esto?"

"Cada día—todas estas páginas—¡mira!"

Su voz era tan plateada, sus ojos tan calmados y brillantes, sus manos tan blancas y pequeñas, que era imposible no ver que había sido muy educada, delicadamente cuidada y provenía de una buena familia francesa.

"¿Cuánto tiempo llevo aquí, mademoiselle?" pregunté, tras una pausa.

"No lo sé. Monsieur estaba aquí cuando llegué."

"¿Y quién te trajo para cuidarme?"

"El teniente Jolicoeur, del 2º Zouaves, ha oído de alguna manera que estabas aquí, sufriendo una enfermedad peligrosa. Un cirujano italiano lo mencionó por casualidad en el Restaurant de l'Armée d'Orient, y me trajeron aquí. Estamos en la casa de un rico comerciante armenio—un buen cristiano, a su manera; pero, ¡Oh Sagrado Corazón! ¡Qué forma tan extraña es!"

"¡Ah! mademoiselle——"

"Soy Archange, de la Orden de la Caridad."

"¡Bueno, hermana Archange, eres realmente un ángel!"

"¡Oh,! ¡No lo digas! Debes pensar muy mal, muy mal, de mí para darme un título que no me atrevo a merecer, ni siquiera por mil acciones como asistirte."

"Perdón; Lo hice pero—pero di lo que pensé."

"Eres una niña y te has equivocado", respondió ella, con una aspereza juguetona.

"Pero ya has hablado demasiado para alguien que apenas empieza a recuperarse; Así que intenta dormir, *mon frère*."

Y, agitando la mano con un bonito gesto de autoridad, reanudó su misal y leyó en silencio.

Dormí un tiempo—no sé cuánto—pudo haber sido una hora, o quizá dos: pero, cuando levanté la vista, ella seguía sentada, inmóvil y leyendo.

"¡*Ma soeur*! dije yo, al cruzar nuestras miradas, y mi corazón se hinchó de gratitud por su generosa vigilancia; Y ella se acercó a mí apresuradamente.

"*Mon frère*, ¿qué quieres?"

"Te equivocaste con lo que quería decir cuando te llamé ángel y estabas enfadado conmigo."

"¿Enfadado?—¿yo? ¡Ah, no! ¡no! No lo digas—nunca estoy enfadado; no sería bueno que yo fuera así ahora."

"Pero creo que eres todo un santo por verme así."

"Tampoco debes decir eso."

"Eres tan bueno, y yo tan indigno."

"Bueno, puedo pensar, monsieur; pero nunca seré una santa, como el padre Vicente de Paúl—soy demasiado malvada para eso", añadió, riendo alegremente; "pero intento ser lo mejor que puedo."

"¿Ha llegado alguna carta para mí?"

"¡Cartas!" dijo, con alarma en sus finos ojos, y retrocedió un paso.

"Sí; Estoy muy ansiosa por ellos."

"¡Ah! Ahora empiezas a delirar otra vez. En tu dolor y delirio siempre hablabas desconsoladamente de las cartas."

"¿Entonces no hay ninguna?" dije yo, con un gemido.

"Ya veré, *mon frère*," y, en la bondad de su corazón, tras fingir buscar lo que bien sabía que no encontraría, volvió a mi cama y dijo que, quizá, mañana habría algunos.

"¡Todavía no hay carta!" Exclamé, triste, con lágrimas en los ojos.

Puso una mano suave en mi frente, acariciándola.

Le rogué, en términos muy emotivos, que preguntara si había cartas para mí en nuestros acantonamientos en el valle de Aladyn, sin importar la distancia ni los problemas que le causaba; pues solo pensé en Louisa Loftus, y que su respuesta a mi misiva de Gallípoli podría haber llegado al regimiento durante mi enfermedad y ausencia.

"¿Monsieur, entonces, pertenece al servicio inglés?"

"No."

"¿El ejército osmanli, entonces?"

"No, mademoiselle; Pertenezco a los británicos", dije.

"¡Ah! Ciertamente. ¿Pero tu uniforme no es rojo?"

"Toda nuestra caballería ligera viste azul. Ah, *ma soeur*, busca los cuarteles de los lanceros que sirven en la Brigada Ligera y mira si hay una carta para mí. Me hará más bien que todas las dosis de nuestro médico italiano."

"¡Ah! Él no te destrozara más."

"Me alegra mucho oírlo. Algunos de sus desastres ya eran bastante viles."

"No hables tan desagradecido; pero no sabes a qué me refiero ni a lo que ha pasado."

"¿Cómo?"

"Pobre *monsieur le docteur* ha muerto."

"¡Muerto!"

"Murió de cólera en el campamento de caballería ayer. Se había ofrecido voluntario para atender a los soldados enfermos en el valle de Aladyn, y pereció en su puesto entre ellos."

Me sorprendió mucho esta inteligencia, que quizá no fue sabio que mi pequeña enfermera me proporcionara en un momento así.

Cuando volví a despertar, las sombras de la tarde oscurecían la habitación; las celosías de enrejado y venecianas que se habían abierto al jardín iluminado por el sol estaban ahora cerradas, y el sol se había puesto. La hermana Archange estaba sentada en su lugar habitual sobre el bajo diván, pero con aspecto pálido y extremadamente fatigado.

Había estado en el campamento de caballería británico y había visto a mis amigos, pero no había llegado ninguna carta para mí, de eso se aseguró, pues había sacado una de mis tarjetas de su estuche para mostrársela al oficial al mando.

"¿No hay cartas?" Repetí, con tono hueco.

"No; Pero, *monsieur mon frère*, debe tener valor. Muchísimos barcos han perecido en una tormenta reciente en el Mar Negro y el Mar de Mármora, y puede que tus cartas hayan acabado al fondo junto con el vapor postal. Monsieur Estoodome—*monsieur l'adjudant* es, creo, de su regimiento—y *monsieur le coronel* también vendrá mañana a verte. Y ahora no debe haber más palabras, salvo dormir, *mon ami*—dormir. Debo cuidarte ahora, porque *la soeur* Archange no estará siempre contigo."

"¿Qué estás haciendo?"

"Haciendo la señal de la cruz en tu frente, *mon frère*. Mañana te contaré lo que significa, si me lo recuerdas; Pero, por esta noche, adiós."

CAPÍTULO XXXIII.

¡Oh, recuerdos más entrañables! ven y vete,

Brilla en tiempos tristes que ya no existen,

Como los rayos de sol alegran las aguas de nieve,

Como las olas besan una orilla árida:

Y luz con amor y ternura

Los días felices que aún son nuestros;

Cuya influencia, rica en lluvias de abril,

Nos rodea el amor y la ternura.

El tintineo de espuelas y vainas, y el paso más firme de los pies de lo que se suele oír entre los musulmanes con zapatos o zapatillas, a la mañana siguiente, anunciaron la llegada de mis amigos, y muy bienvenida para mí fue la aparición del coronel Beverley, Studhome, Wilford y Jocelyn, todos sin miedo al cólera, al pasar por la veranda del quiosco donde yací; y allí también, quedando fuera, vi a mi fiel seguidor, Pitblado.

Todos iban con uniforme completo y atuendo, pues era el día de una gran revisión; y todos se inclinaron con cortesía ante la hermana de la caridad, que inmediatamente se retiró a la sombra de la veranda.

"Me alegra verte, querido muchacho", dijo el coronel; "Todos te habíamos dado por perdido para nosotros y para el regimiento."

"¿Perdido, coronel?" Repetí.

"De verdad, Newton", dijo Studhome. "Concluimos que habías sido desviado— cortado en la flor de tu juventud y el alba de la ambición, como dicen las novelas— por unos pies búlgaros o unos pícaros Bashi Bazuks, pues supongo que sabes que nadie puede pasar de los puestos avanzados con seguridad sin un revólver."

"Nos llegó un rumor de que un oficial de caballería británico fue trasladado gravemente enfermo a la casa de un caballero armenio", continuó Beverley.

"Sospechábamos firmemente que usted era la persona, y la presunción se hizo segura cuando ayer esta joven trajo su tarjeta a mi tienda en el campamento de caballería."

"Es una buena santa", dije yo, con entusiasmo.

"Y entonces, Norcliff, ¿realmente has tenido cólera—esa plaga repugnante que está destruyendo nuestro noble ejército a piezas?"

"Me estoy recuperando, como ves; Pero por favor, no te quedes aquí, coronel. Hay peligro a mi lado."

"Norcliff, el aire que respiramos está lleno de cólera", dijo Beverley, torciendo impaciente su bigote canoso; "¡Nuestros pobres están muriendo de ella como ovejas con la podredumbre!"

"Si el emperador de Rusia hubiera planeado todo el asunto él mismo, no podría haber tomado mejores medidas para debilitarnos y diezmarnos que este campamento inútil de Varna."

"Tienes razón, Studhome—para diezmarnos antes de que empiece la guerra", añadió Jocelyn.

"¿Cuándo salimos al campo, coronel?"

"Nadie lo sabe."

"¿Entonces cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?"

"Nadie puede saberlo. Satisfactorio, ¿verdad? De hecho, nadie sabe nada."

"Excepto", dijo Studhome, "que estamos dando a los rusos tiempo de sobra para prepararnos una acogida entusiasta, si nos atrevemos a buscar 'la reputación de

burbuja' en Crimea—o la fama militar, que, como dice alguno, consiste en 'unas pocas órdenes sobre un uniforme ajustado'."

"¿A qué distancia estoy del campamento, coronel?"

"Unos cinco millas."

"¡Cinco millas!" Exclamé: "¿Entonces tú, mi pobre amiga, hermana Archange, caminaste por mí diez millas bajo un sol abrasador ayer?"

"Sí, *monsieur le capitaine*", respondió ella; "y habría sido feliz si hubiera vuelto con lo que deseabas."

"¡Cuánto lo siento! ¿Cómo podré pagar, disculparme, por la cantidad de problemas que te he causado?"

"No hay que pensar en las disculpas", dijo en voz baja; "Y en cuanto al reembolso, no busquemos eso—al menos aquí."

Sonrió y estaba muy guapa. Girando su bigote cuidadosamente bandolinado, Jocelyn, que la había estado observando con admiración, estaba a punto de dirigirse a ella de una manera, quizás, bastante despreocupada, cuando Beverley le dijo con intención—

"Esas hermanas francesas de la caridad son la admiración de todas las tropas. Incluso los turcos tontos los adoran y se quedan desconcertados por una devoción y una pureza de propósito que sus almas sensuales no pueden comprender. Mademoiselle, no tenemos palabras para describir lo que le debemos a su orden."

La hermana de la caridad le dedicó al coronel una sonrisa amable y una reverencia llena de gracia y buen humor.

"Nuestra visita", dijo, "es necesariamente apresurada. Estamos todos en pleno apogeo, como puedes ver, Norcliff, porque esta tarde la división de caballería será revisada ante Omar Pasha y el mariscal St. Arnaud."

"Por eso, mi Lord Lucan está muy ansioso de que todos aparezcan con su mejor babero y perro", añadió Studhome.

Cuando se fueron, me giré de nuevo para agradecer a la dulce hermana de la caridad el viaje que había hecho, en un día caluroso y sin aliento, a través de un campamento con más de ochenta mil soldados extranjeros, para servirme.

Solo me regaló una de sus sonrisas agradables, y; tomando la miniatura de Louisa de la mesa del trípode, dijo en voz baja: "¿Es esta la dama de la que esperas cartas?"

"Sí."

Negó con la cabeza con tristeza, como si su repaso al pequeño retrato no hubiera resultado satisfactorio.

"¿Por qué tienes esa cara, *ma soeur*? ¿Qué ves?"

"Mucha belleza peligrosa; sino más de orgullo, cautela, tacto y decisión fría. Las cejas casi se entrelazan—no me gusta eso. Los ojos son preciosos; pero—pero——"

"¿Qué?" Pregunté, casi con aire imperioso.

"No me atrevo a decirlo. Puede que sea culpable del pecado de la detracción."

"No, habla, te lo ruego. Los ojos son preciosos, dices, pero——"

"Ten una expresión falsa."

"¡Ay, por Dios, no digas eso!"

Se me hundió el alma al oírla y suspiré profundamente.

"He visto esos ojos y cejas una vez antes, y recuerdo la tristeza que causaban."

El párrafo que había leído en el periódico matinal de Londres, a bordo del *Ganges*, en el puerto de La Valeta—ese párrafo extenso, al que Berkeley había sonreído tan complaciente y disimuladamente—me vino a la memoria palabra por palabra. ¿Era posible que el diario fuera cierto y Louisa falsa? Tras una pausa incómoda, le conté a la hermana el extraño episodio que tuvo lugar en la casa del hakim Abd-el-Rasig.

"¡*Magique!* exclamó, mientras sus grandes ojos se agrandaban aún más, y se cruzó tres veces con gran sinceridad. "¡*Oh Santa Dama!* ¿Has probado el arte del Gran Demonio, verdad?"

"¿Quién—yo? ¡En absoluto! ¿Cómo podría? No te imagines nada tan absurdo. El hombre es solo un embaucador, como Houdin o Herr Frickel."

Pero ella parecía tan horrorizada conmigo, y con "el arte que nadie puede nombrar", que me costó explicar que todo el asunto se originó en la sugerencia de Studhome y algunos oficiales del 2º Zouaves, en un momento de ociosidad.

"Puedo contarte muchas historias sobre la maldad de recurrir a la magia, y la retribución que recae sobre quienes lo hacen", dijo ella. "¿Has leído alguna vez los escritos de los padres?"

"No, me arrepiento muchísimo", empezaba, cuando no pude evitar reírme de que ella concebiera semejante lectura tan aceptable para un joven oficial de caballería. Incluso los expertos que "se meten" en el estudio de la palabra, que pueden tener las letras mágicas "P.S.C." [*] después de sus nombres en la "Lista del Ejército", no vayas tan lejos.

[*] Aprobado (examen final) en el Staff College,

"¿Has oído hablar de San Jerónimo?" preguntó, grave.

"Creo que sí, *ma soeur*."

"Bueno, te contaré una historia que él cuenta sobre la magia, y uno que recurrió a ella. Érase una vez en Francia, tu odioso Abd-el-Rasig habría sido quemado vivo, pues no cabe duda de que, como los magos egipcios de antaño, sus operaciones se llevan a cabo con una agencia infernal. ¿Pueden los relatos que escuchamos de esos magos de Moisés admitir alguna otra construcción?"

"Por supuesto que no, aunque no veo por nada del mundo a qué quieres llegar."

"Si alguna vez le vuelves a ver, *mon frère*, haz la señal de la cruz, y entonces verás cómo se encogerá y gimiendo, como Mefistófeles en la ópera, porque es una señal que siempre envía los pensamientos al cielo. Se nos dice que, si San Efén veía volar a un pajarito, siempre recordaba que, con los piñones extendidos, hacía la señal de la cruz mientras se elevaba hacia el cielo; pero cuando plegó esas alas, el signo sagrado se dañó, y el pobre pájaro cayó de inmediato, arrastrándose y aleteando, sobre la tierra."

"Bueno, *ma soeur*; pero la historia y San Jerónimo?"

"Perdona, lo había olvidado. En su vida de San Hilarión el Ermitaño —ah, tú tampoco has oído hablar de él— que un joven alegre de la ciudad de Gaza, en Siria, se enamoró profundamente de una joven, a la que solía ver ocasionalmente en esos hermosos jardines de tamariscos, higos y olivos por los que el lugar sigue siendo tan famoso; pero ella era piadosa, devota del Cielo y de la religión y, en consecuencia, lo rechazó — un camino que solo añadió los celos y la atracción a la pasión que ella misma había inspirado.

"Sus miradas, sus susurros tiernos, sus regalos y profesiones que ella trataba con frialdad; sus intentos de caricia ella los rechazó con ira y desprecio, hasta que, encontrando todos sus intentos desconcertados e ineficaces, en un ataque de rabia y desesperación fue a Memphis, que entonces era residencia de muchos magos eminentes, todos ellos reputados por poseer un poder extraordinario.

"Allí permaneció todo un año, estudiando los oscuros misterios bajo la tutela de los más eruditos, hasta que se consideró suficientemente instruido; y, eufórico por su conocimiento impío, adquirido principalmente entre las tumbas que aún yacen al sur y al oeste de Menfis, y donde uno puede caminar kilómetros y kilómetros entre huesos y fragmentos de momias desmoronadas, regresó a Gaza, confiando en que ahora podría doblegar la belleza inflexible a su voluntad.

"Bajo el peristilo de mármol de la casa de su padre logró alojar a medianoche una placa de latón, en la que había grabado un poderoso hechizo. Por eso, la primera vez que lo cruzó, una enfermedad maravillosa la atrapó. Se enfureció, dice San Jerónimo; Se arrancó el glorioso cabello, apretó los dientes y deliró por el nombre y la imagen del mismo joven que había expulsado repetidamente de su presencia en desesperación por su frialdad y altivez.

"Con dolor y terror, sus padres la condujeron a la ermita de San Hilarión; Y entonces, cuando las manos sagradas del anciano la cruzaron, el diablo que llevaba dentro empezó a aullar y a confesar la verdad.

"¡He sufrido violencia!" exclamó, hablando con *su* lengua, para miedo de todos.

"San Hilarión tomó una rama de palma bendita y, tras mojarla en agua bendita como esperges, arrojó las gotas brillantes profusamente sobre ella, sobre lo que el diablo exclamó de nuevo—

"¡He sido forzado aquí en contra de mi voluntad! ¡Ay! ¡Estas gotas son como hielo helado! ¡Oh, qué feliz estaba en Memphis entre las tumbas de los muertos! ¡Oh! ¡los dolores, las torturas que sufro!'

"Entonces el ermitaño le ordenó que se acercara; Pero el diablo le dijo que fue detenido por un hechizo de bronce bajo el peristilo de la casa de la doncella.

"Sin embargo, el santo fue tan cauteloso que no permitió que se buscaran figuras mágicas hasta que liberó a la virgen, por miedo a que pareciera tener relaciones con conjuros para la realización de una cura, o a creer que un demonio podría decir la verdad. Observó que los demonios siempre son mentirosos y astutos solo para engañar."

"¿Así que la damisela fue liberada?" dije yo, que había escuchado con cierta diversión la historia, que me contó con fe implícita en su veracidad.

"Sí; pero el diablo, antes de regresar a Menfis, hizo una terrible visita a su primer convocatorio; pues el joven fue encontrado en el jardín de los olivos, estrangulado,

con las marcas de garras en la garganta. Así que, *mon ami*, nunca más recurras a personas como Abd-el-Rasig. ¡Promételo a tu hermanita, Archange!"

"Puedo prometerte eso, o cualquier otra cosa que pidas", dije, encantado por su actitud encantadora. "Qué dulce suena tu nombre cuando lo pronuncias tú mismo."

"¿De verdad lo crees?" preguntó, mientras sus cejas oscuras se arqueaban. "Mi padrino me llamó Archange, para que pudiera estar bajo la protección de los arcángeles. ¿Me entiende, monsieur? Cuando me uní a la orden de las *soeurs de la charité* para mi noviciado en la Rue du Vieux Colombier, para compartir con las Hermanas de Santa Marta el cuidado de los enfermos en los hospitales de París, no vieron razón para cambiarlo; y por eso sigo siendo, como antes —antes de pensar en ser hermana de la caridad— Archange."

A oído de un hombre enfermo, había un hechizo reconfortante en la voz y entonación de la chica. Luego su inglés roto, su sinceridad, sinceridad y fe intensa en todas las pequeñas leyendas y anécdotas religiosas con las que nos divertía, todo resultaba fascinante, y llegó un momento en que la echaba de menos, y luego profundamente. A todo esto se suma que, en el rostro hermoso pero sin color de la chica, había una expresión singularmente pura, noble y franca, elevada y, a veces, sublime. Tenía mucha curiosidad por conocer su apellido y la razón por la que había adoptado una vida de privaciones y peligros como la de Hermana de la Caridad—una orden tan severa, y cuyos deberes eran una ronda incesante de privaciones y peligros. Sin ser descortés de curiosidad, no sabía cómo abordar el tema; pero al día siguiente, después de que Jack Studhome y Fred Wilford (que había llegado del campamento) se retiraran, ella contó por su cuenta la pequeña historia de su vida pasada, y la circunstancia surgió muy sencillamente, por un simple comentario mío. El barco de correo había llegado de Constantinopla, pero Studhome no tenía carta para mí.

"Ah, *ma soeur* Archange, empiezo a sentirme desgarrado por los celos", dije.

"¿Por qué?" preguntó, con suavidad.

"No puedo decir por qué, ya que el único hombre en Inglaterra al que tengo motivos para temer es una criatura tan despreciable."

"Entonces, ¿por qué dar paso a una debilidad tan odiosa y tentadora?"

"¿Tentadora?" Repetí.

"Sí; Quiero decir, tentador al crimen."

"¡Qué extraño hablas!"

"Pero en verdad", respondió ella, tristemente.

"No lo entiendo——"

"Puedo contarte un episodio horrible", comenzó, impetuosa; "Pero no, es mejor olvidarlo—olvidarlo, si es posible, que recordarlo ahora, en todos sus tristes detalles", añadió, tras una pausa.

"¿Por qué?"

"Te has desnudado de mí y me has contado tu único dolor; ¿por qué debería ocultar el mío? ¿O por qué ser menos comunicativo contigo? Bueno, te diré por qué yo—por el bien de los demás, más que siquiera por el bienestar de mi propia alma—me dediqué a Dios y al orden de la caridad. Por los celos y la venganza que me inspiró, perdí a un hermano al que idolatraba y a dos amigos a los que quería profundamente; y, monsieur, todo sucedió así."

Tras una breve pausa, con sus largas pestañas oscuras caídas y sus pequeñas manos blancas cruzadas sobre las rodillas, me contó la siguiente historia: —"Mi padre, M. Marie Anatole Chaverondier, residía en un pequeño castillo antiguo entre las montañas de Beaujolais, donde teníamos una propiedad que, aunque pequeña, es fértil y en algunos lugares está cubierta de madera antigua y fina. Nuestro castillo es muy antiguo, pues fue antiguamente un lugar de caza de la ilustre familia de Beaujeu, que dio nombre a toda esa región; y así tenemos habitaciones que en muchas ocasiones fueron honradas por la presencia del Gran Condestable y los Duques de Borbón.

"Puedo imaginar ese querido castillo ahora, con sus torretas redondas, sus aletas doradas y fachada blanca, que se eleva sobre los verdes bosques, con el azul Saona fluyendo delante bajo un antiguo puente, cuyo arco central había sido volado en las guerras de la antigua revolución, pero que ahora estaba parcialmente reparado con troncos de roble, que estaban medio ocultas por una exuberante hiedra y hermosas rosas rojas y blancas. ¡Ah!" exclamó, mientras sus espléndidos ojos se llenaban de lágrimas, "¿volveré a ver alguna vez el viejo Château de Chaverondier?"

"Mi madre estaba muerta. Mi padre—un caballero del *antiguo régimen*, un legitimista estricto, o partidario de la antigua monarquía, y adorador secreto de Enrique V—residía allí en reclusión con su familia, que estaba compuesta por mí, mi hermano Claude y tres o cuatro sirvientes; y, salvo nuestro tutor, que era el antiguo cura del pueblo vecino, o monsieur le maire de Beaujeu, tuvimos pocos o ningún visitante; y nuestro tiempo se deslizó entre placeres tranquilos, pero sin tristeza, hasta que Claude, un joven alto y apuesto, nos dejó para ir a la escuela militar de St. Cyr.

"Allí pronto recibió la comisión de subteniente en el 3º Regimiento de Infantería Ligera de línea, entonces comandado por el coronel François-Certain de Canrobert, ahora mariscal de nuestro ejército en el Este.

"Lloré mucho y sinceramente por mi hermano, mi compañero perdido. Ya no teníamos más paseos por el Sacine, en busca de flores y helechos, ni por los profundos y oscuros valles del bosque alrededor del viejo château. También había un vacío triste y una soledad a su alrededor. Ya no escuchaba la voz clara de mi hermano cantando alegremente mientras preparaba sus moscas y su caña de pescar, ni el sonido de su arma despertando los ecos del bosque; y fui a misa, a confesión y a la comunión solo, porque mi padre ya estaba demasiado débil para salir de su apartamento, y mi principal consuelo era asistirle; Así que, monsieur, ve que hice un aprendizaje temprano en la cámara de enfermos.

"Pero hubo otros que lamentaron la ausencia de Claude—las dos hijas de Montallé, el maire de Beaujeu, un rico propietario de varias fraguas y hornos, cuya alianza mi padre habría rechazado con desprecio y ira; pero eso no nos impidió ser grandes amigos de Lucrecia y Cecile, a quienes solíamos reunirnos tan regularmente en misa, y con quienes trabajábamos en común para decorar el altar de monsieur le curé en las fiestas.

"Ambos eran chicas notablemente guapas y vivaces. Cecile era hermosa y dulce, y Claude, lo sabía, la amaba, y suspiraba por ella, incluso de niño; pero Lucrece, la mayor, también lo sabía, le amaba en su corazón secreto, pues me lo había dicho con frecuencia tras su partida hacia St. Cyr, y más de una vez había visto una expresión peligrosa en su rostro pálido y ojos oscuros cuando Cecile hablaba de él con arrepentimiento o afecto. Oscuros como la noche eran los ojos de Lucrece. Su nariz era aquilina, y sobre ella sus cejas casi se cruzaban; y tenía una expresión general no muy distinta a la que vi en tu miniatura. A veces llegaban cartas a nuestro antiguo castillo entre las montañas de Beaujolais del ausente Claude; pero pronto quedó demasiado claro que Cecile Montallé mantenía correspondencia con él y conmigo; pues supo tan pronto como nosotros los movimientos de Claude y de los del 3º Regimiento de Infantería Ligera, con el que servía en África; y ella supo antes que nosotros cómo se había distinguido en la famosa expedición de Canrobert contra Ahmed-Sghir, cuando ese jefe reunió a las tribus del Bouaoun en rebelión contra Francia.

"En 1850, Claude nos escribió que había sido herido en la expedición de Canrobert contra Narah, que el coronel Canrobert le había concedido permiso y que volvía a casa. Ningún corazón era tan feliz como el nuestro en el viejo château, al enterarse de

que Claude regresaba, y también cubierto de honor—salvo, quizás, la rubia Cecile Montallé. Había un resplandor en su mejilla rosada, un brillo en sus hermosos ojos azules, cuando nos conocimos en la iglesia de Beaujeu, lo que mostraba que ella también era señora de las mismas noticias alegres; y, en plenitud de su corazón, me confesó que ella y Claude habían mantenido cartas largas, intercambiados anillos y estaban mutuamente unidos y comprometidos. Amaba a mi hermano. ¿Podría sorprenderme que Cecile Montallé también lo hiciera? Lucrece, que estaba a nuestro lado, escuchó todo esto con el ceño fruncido, y ahí estaba la expresión antigua y extraña en su rostro que me había aterrorizado antes cuando la besé y subí a nuestro carruaje antiguo para regresar al château, que está a unas cinco leguas de Beaujeu.

"Durante días me ocupé preparando la recepción de Claude. Su antigua habitación fue puesta en orden por mis propias manos. ¡Ay! ¡Apenas podía prever que nunca volvería a pisar su suelo! De hecho, el infeliz Lucrece fue víctima de unos celos absorbentes y corrosivos; y en su corazón empezaba a odiar y detestar a su hermana ingenua e inocente. Para añadir a este aspecto malvado en nuestras relaciones mutuas, cuando me atreví tímidamente a hablar del compromiso de Claude con mi padre, él se encendió de repente con furia. Todo el orgullo enterrado de los viejos tiempos de la monarquía—los días de las pelucas y faldas de cartón de pasta, de hebillas y espadas de pinza—con el recuerdo de la grandeza pasada, y el tiempo en que el Condestable y los Duques de Borbón se unieron a nuestros antepasados en la persecución y compartieron su hospitalidad en Chaverondier—¡todo esto lo vi encendido en él! Sus ojos brillaron con fuego y su figura delgada y encorvada se puso erguida. Se había sentido orgulloso de la brillante carrera de su hijo bajo la tutela de Canrobert; Había imaginado para él un futuro brillante; ya le consideraba entre los mariscales de Francia, reviviendo las glorias pasadas de antepasados que habían dejado sus huesos en Pavía, Rocroi y Ramilies.

"Pero ahora pensaba que todos esos antiguos triunfos y esas esperanzas revividas serían arruinados y manchados por un matrimonio vergonzoso con una mera *burguesía* —un vulgar fundidor de hierro—, un hombre que había comenzado la vida con un martillo y fuelles; ¡un fabricante sucio de palas, arados y picos para los mercados de Beaujeu, Belleville y Chalieu!

"Mi padre pensó en sus dieciséis cuarteles heráldicos, entre los que estaban las armas de Cressi, Sante-Croix y Segonzoe, las tres familias más nobles de Beaujolais, y juró por las almas de sus padres que tal matrimonio nunca podría existir. Hizo más. Escribió una carta severa y sarcástica al maire de Beaujeu, advirtiéndole de su más grave desagrado, si la correspondencia entre su hija y 'Monsieur mi hijo, el capitán Chaverondier', no terminaba de inmediato y para siempre. Leer esa carta podría haber

hecho pensar que el Gran Monasterio seguía coqueteando en el Trián, y que la flor de lis seguía ondeando sobre la Bastilla de San Antonio. Por otro lado, el maire Montallé era un republicano firme y orgulloso de gastar dinero; uno que en su juventud había luchado en las barricadas, saqueado las Tullerías y que de hecho había golpeado su tambor, por orden de Santerre, para ahogar las últimas palabras del hijo de San Luis. Así que respondió de una manera que no prefiero repetir; pero así terminaron todas las esperanzas de la dulce y dulce Cecile, y de mi valiente hermano, que viajaba, tan rápido como podían volar los trenes de ferrocarril, por las provincias desde Marsella, para vernos a todos y su propio hogar feliz de nuevo.

"Ante esas cartas malignas, el oscuro Lucrece se rió amargamente. En Beaujeu, el pobre Claude se enteró de la situación entre las familias y, debilitado como se había vuelto por el duro servicio en África y la herida que recibió en Narah, apenas pudo soportar el shock. Le llenaba de desesperación; pero amaba demasiado a Cecile como para dejarla. Tuvieron muchas entrevistas, forzadas no sé cómo, y se concertó y concluyó un matrimonio secreto antes de que incluso el vigilante y celoso Lucrece pudiera descubrirlos o interrumpirlo; por lo que ahora no quedaba más que Claude llevarse a su esposa, llegar al viejo castillo entre las montañas de Beaujolais y confiar en el antiguo amor parental y el orgullo de su padre por su reciente valentía para el perdón.

"Un poderoso caballo árabe, con el que Canrobert le había presentado (y que había llevado a un guerrero de los caballos en muchos sangrientos conflictos), fue equipado con una silla de montar y un pasaje para llevar a los amantes, que debían ser disfrazados de campesino y su esposa, no fuera que *monsieur le maire* y sus obreros pudieran tomar armas y dispararles; pues la Revolución de dos años antes había dejado muchos resentimientos entre los aristócratas y los *canaille* (como el primero llamó imprudentemente al segundo), y así en las provincias se cometieron muchos actos sin ley que nunca llegaron a París ni aparecieron en las páginas del *Moniteur*.

"Así que Claude llevaba una blusa azul sobre el uniforme, un sombrero de paja, en lugar del elegante kepi escarlata; y Cecile fue disfrazada de *paysanne* de Beaujolais. Todo esto se logró con la ayuda de Lucrece. La desesperación sorda se había instalado en su corazón y, al descubrir que Cecile era irrevocablemente la esposa de Claude Chaverondier, solo podía esforzarse por resignarse y completar la felicidad que no había logrado dañar ni interrumpir, y que nunca podría esperar disfrutar.

"La noche en la que debían partir fue oscura y tempestuosa. Cerca de Beaujeu desvía un torrente de montaña, afluente del Saona. Estaba cruzado por un estrecho puente de madera, en un lugar donde, entre dos orillas altas y salientes, esa noche,

espumaba de blanco y furiosa, mientras las nieves se derretían en las montañas y cada pequeño arroyo estaba hasta desbordarse.

"Lucrece había asegurado la llave de la puerta privada que cerraba el final de este puente, y debía cerrarla con llave después de que los amantes hubieran pasado, y así prohibir la persecución en esa dirección. Con el corazón triste, salió a deshacer la barrera. El viento tempestuoso era tan salvaje que apenas podía mantenerse a pie, y sintió que su corazón dolido temblaba al ver la negrura de las nubes que volaban rápidamente, entre las cuales las pálidas estrellas brillaban fríamente a intervalos; y ahora llegó al lugar donde el abismo negro y horrible se abestaba entre las rocas, y pudo ver, muy abajo, la inundación blanca como la nieve hirviendo ronca sobre su lecho pedregoso, profunda, feroz e hinchada, mientras se apresuraba a unirse al Saona, lanzando rocas y árboles juntos al mar.

"La salvaje inundación invernal y la noche tormentosa estaban en consonancia con el espíritu tempestuoso que se retorció en su seno. Escuchó los cascos del caballo árabe de Claude, mientras su ruido era arrastrado por el viento, que movía su cabello negro y despeinado en desorden alrededor de su rostro pálido; Y al abrir la puerta, un sollozo de asombro y terror escapó de ella.

"El puente de madera había caído, o sido arrancado por la tormenta de sus postes, y el abismo era infranqueable.

"Advertir a los amantes fue su primer buen impulso; Guardar silencio era la segunda.

"Mientras cabalgaban para agradecerle y despedirse, vio sus mutuos cariñosos; vio el fuerte brazo de Claude rodeando acariciando la cintura de Cecile, y su cabeza apoyada con confianza en su hombro, mientras se sentaba en la silla frente a él. ¡Entonces una locura pareció picar el corazón de Lucrece! Se sentía a sí misma en toda la medida de la descuidada, la descartada, la persona no amada, y la venganza y el odio llenaban su alma de una furia terrible.

"¡Adiós, querida, querida Lucrece!" exclamó Cecile; ' ¡Adiós! y reza por nosotros.'

"Sigue montando; el camino está despejado', respondió con voz entrecortada.

"Y Claude dio la espuela a su árabe. Como una flecha, pasó a su lado. En otro instante, un grito resonó hacia arriba en el viento tormentoso, mientras el caballo y su doble carga caían de cabeza en el abismo salvaje de aguas rápidas muy abajo, ¡y desaparecían para siempre!

"Así pereció mi querido hermano Claude, y con él mi amiga Cecile.

"Lucrece se quedó allí un rato como desconcertada y horrorizada, pues todo el episodio parecía un sueño repentino y espantoso, del que aún podría despertar. Solo veía el río espumando como una inundación blanca en medio de la penumbra que se ennegrecía, y su rugido parecía ensordecedor e asombroso, y se tapó los oídos con las manos para apagar el sonido, mientras regresaba lentamente a casa, y durante días y noches el rugido del río pareció no abandonarla nunca. Desde esa hora estaba completamente loca y, si aún vive, es interna del manicomio de Beaujeu.

"Esta doble catástrofe tuvo tal efecto en mi ánimo que, tras la muerte de mi padre, por consejo de *monsieur le curé*, abandoné el Château de Chaverondier, me uní a la orden a la que ahora pertenezco y poco después fui enviado aquí con el ejército del Este."

Así, hasta donde recuerdo, fue la triste historia de su infancia contada por Mademoiselle Chaverondier.

No fue hasta que empecé a recuperarme que me di cuenta plenamente de la enorme deuda de gratitud que debía a esta buena hermana de la caridad, y de que supe perfectamente cuánto debía a su cuidado maternal y fraternal durante esa peligrosa y detestable enfermedad.

Pero no había forma de devolverle el favor. La gratitud del corazón era todo lo que aceptaba, y yo la entregaba por completo, pero ahora a diario, al recuperarme y mis hermanos oficiales venían a galope desde el valle de Aladyn para visitarme, me dejaba cada vez más sola, y hubo tres días enteros durante los cuales nunca venía.

Creo que se asustó con Studhome, que había llegado con un par de botellas de champán en sus fundas, y a quien encontró fumando en mi *quiosco*, con la chaqueta abierta y el stock fuera, cantando una canción, cuyo primer verso era algo de este estilo—

A mi padre le importaban poco los proyectiles o los proyectiles,

Se reía de la muerte y los peligros;

Habría irrumpido en las mismas puertas del infierno,

Al frente de los Connaught Rangers.

¡Cuánto la echaba de menos!

Cuando regresó, fue para despedirse de mí y para decirme que le habían ordenado adscribirse al 45º regimiento de línea francesa, donde la esperaban severas responsabilidades, y que, con toda probabilidad humana, nunca volvería a verla.

Esas palabras de despedida sonaban tristes. Nos dimos la mano con amabilidad, cariño, y nos despedimos con lágrimas en los ojos. En mi corazón sentía el amor de un hermano por esa chica francesa entregada, y en ese momento apenas podía prever los tristes oficios que le prestaría en la hora de sufrimiento que estaba por venir.

CAPÍTULO XXXIV

Entonces sagrados sean sus últimos descansos que caigan

Valiente y con mucha voluntad ante el llamado de su deber,

Mezclar con los gritos de su país el aliento de despedida,

¡Y desde la vanguardia enfrentarse a sus enemigos en la muerte!

Yo también he conocido la hora en que la amistad se desgarró

Ha rociado de los ojos británicos el féretro de un camarada,

Cuando el rudo soldado invade la humilde celda

De un valor caído exhaló una última despedida,

Rindió los últimos honores tristes a los valientes,

Y dejó, con el corazón pesado, la tumba recién cerrada.

LORD GRENVILLE.

El 5 de septiembre los ejércitos aliados embarcaron en Varna, y el 14 de ese mismo mes desembarcamos en Crimea, en tierras cerca del lago de Kamishlu—no el elegido originalmente por el valiente señor Raglan—a unos kilómetros al norte del río Bulganak, en un lugar donde los acantilados, de cien pies de altura, sobresalía sobre la playa. Pero, salvo un bote cargado de zouaves que fueron perseguidos por un transporte de vapor, todos desembarcaron sanos y salvos bajo la cobertura de los cañones de las flotas aliadas y sin molestia enemiga. El cambio de lugar de desembarco se debió a la traición de los franceses, que modificaron las boyas durante la noche.

Lord Raglan apenas podía olvidar, como recordaban muchos veteranos de la península, que el día auspicioso en que realizamos este desembarco en el país del

enemigo fue el aniversario de la muerte de su antiguo líder, el gran duque de Wellington.

Estábamos exactamente a treinta millas al oeste de Sebastopol. La mañana estaba bien y la superficie del Mar Negro era lisa como el cristal. Todas las tropas de la división ligera estaban en sus botes, en orden de marcha intensa, con sesenta proyectiles por hombre; Apretujados, cada soldado se sentaba con su llave de fuego entre las rodillas, y los marineros, con los remos en las rameras, todos inmóviles y esperando la señal.

Se lo dio, y al instante un zumbido, que se convirtió en un vítor, pasó por toda esa vasta variedad de hombres y barcos; Un destello pasó sobre los brillantes adornos y los remos cayeron golpeando el agua.

"¡Dejad paso, chicos—tendid los remos!" fue la orden.

Y toda la línea de botes —de una milla de longitud— despegó de la flota; y a las ocho y media de la mañana el primero, que pertenecía al Britannia, desembarcó su carga viva.

A mitad de la pierna, en lo profundo de la ola, los marineros nos prestaron una valiosa ayuda para llegar a tierra. Fusileros, Highlanders, guardias y fusileros, lanceros y húsares, formaron rápidamente una línea en la playa, donde la infantería amontonaba armas y la caballería se mantenía junto a sus caballos. Quienes hayan presenciado el esfuerzo y el cuidado necesarios para desembarcar un caballo de una embarcación, con todos los aparatos de un espacioso muelle, pueden imaginar las dificultades que supuso el desembarco de mil cargadores, armados y equipados en una playa abierta.

Los franceses desembarcaban en otro lugar, bajo el mando de St. Arnaud y Canrobert; y pronto, sesenta mil hombres se alzaron en esa extraordinaria península, Crim Tartaria—antigua, la Isla de Kaffa, conocida recientemente como la Crimea.

No teníamos ningún lastre. Nuestras tiendas, y todo lo que pudiera impedirnos avanzar para enfrentar al enemigo, habían quedado a bordo de la flota; por tanto, pocos de nosotros tuvimos motivo para olvidar la noche del 14 de septiembre, cuando el ejército se detuvo a dormir en un campamento abierto, en terreno desnudo, pues no habíamos aprendido nada en el arte de llevar a cabo una guerra desde que Moore luchó y cayó en La Coruña.

Sin cesar, la lluvia caía torrencial. Así, nuestros uniformes y mantas finos se empaparon rápidamente; pero todos los rangos sufrieron en común. Vi al Duque de

Cambridge durmiendo entre su personal, con la cabeza protegida por un pequeño carro basculante. En mi caso, pasé principalmente aquella miserable noche amortiguado en mi capa, desmontado, en las filas junto a mi caballo, con el brazo derecho retorcido en el cuero del estribo para sostenerme y la cabeza apoyada en la funda. Así que me eché una siesta de pie, con la fría lluvia cayendo por la nuca; y de esta manera pasó la mayor parte de la división de caballería esa noche, cuyos efectos se mostraron rápidamente en las filas de nuestro joven y aún inexperto ejército.

Muchos de nuestros batallones ya poseían una colina a la derecha de nuestro lugar de desembarco y la comandaban; y durante toda la noche del día 14 sus costados se iluminaron con el brillo de sus brazos brillando intensamente bajo el sol (que entonces se ponía en el dorado Euxino), mientras se formaban a lo largo de su ladera verde en columnas contiguas y cerradas de regimientos.

"Pero", dice un testigo presencial, "¿qué eran esas largas hileras de soldados que ahora empezaban a bajar la ladera y a volver hacia la playa? ¿Y cuáles eran las largas cargas blancas que llevaban horizontalmente los hombres? Ya—¿ya en este mismo día? Sí, la enfermedad seguía pegándose al ejército. De aquellos que solo esta mañana ascendieron la colina con aparente rapidez, muchos bajaron ahora tristemente llevados por sus compañeros. Fueron transportados en camillas ambulancias y cubrían con una manta. Aquellos cuyos rostros permanecían descubiertos seguían vivos. Aquellos cuyos rostros habían quedado tapados con sus mantas estaban muertos. Cerca del pie de la colina los hombres empezaron a cavar tumbas."

Cada pobre hombre era enterrado con su uniforme y manta. ¡Así comenzó nuestra guerra en Crimea!

La razón por la que nuestras tiendas quedaron a bordo fue provocada por la maldición del burocrático y la ignorancia en Londres. Al estallar el conflicto, estábamos sin material ni personal para un cuerpo de transporte de cualquier tipo, salvo unos pocos carros de mulas malteses; y si los rusos hubieran aprovechado el tiempo de sobra que tan amablemente les dio nuestro ministerio, y se hubieran llevado toda clase de caballos y carros de Crimea, nuestro avance hacia Sebastopol habría sido un movimiento de mayor dificultad de la que resultó ser. Todo nuestro equipaje más útil quedó así en Varna, y allí perdí con mí gran parte de la madera con la que me había abastecido en Maidstone, y a costa de Sir Nigel. Por fin estábamos en suelo ruso. Le recordé a Studhome la conducta del señor Berkeley y le insté a que ahora se concertara una reunión más allá de los puestos avanzados. Recuerdo cómo Jack cambió de color de forma palpable ante mi sugerencia enfadada. Me ocultó un

hecho, que después supe: Berkeley había difundido informes perjudiciales sobre mí no solo a través de los lanceros, sino también del cuerpo de húsares de nuestra brigada. Pero ahora Studhome me planteó, por motivos de sentimiento y discreción, si debía insistir en este duelo secreto, por un asunto que ya pasó hace tiempo, cuando pronto nos enfrentaríamos al enemigo, y cuando uno de nosotros, quizá ambos, no se libraría de ver otro día de alistamiento. Estos argumentos prevalecieron; Reprimí mi ira y me encontré con el señor De Warr Berkeley (como él eligió denominarse) en servicio con fría cortesía, pero nada más. Ser cordial estaba más allá de mis capacidades de actuación o resistencia. Y así, por el momento, nuestra disputa quedó. Cuando quienes ignoraban la causa de la calma entre nosotros lo comentaron, su respuesta general fue—

"Aw—haw—no sé la razón, en mi alma; pero esos escoceses son unos tipos tan tontos y aww."

Nuestro contingente consistía en veintiséis mil infantería, mil caballería montada y sesenta piezas de cañones, divididas en cinco divisiones de infantería y una de caballería; una fuerza absurdamente pequeña para intentar una invasión de Rusia, incluso con la mayor fuerza de los aliados franceses y turcos—los primeros treinta mil y los segundos siete mil bayonetas. Nuestra primera división, dirigida por Su Alteza Real el Duque de Cambridge, consistía en los Grenadiers, Coldstream y Scots Fusilier Guards, con tres regimientos de las Highlands—el Black Watch, el Cameron y el 93rd Highlanders, todos considerándose el *cuerpo de élite* del ejército. Las otras divisiones, bajo el mando de Sir George Brown, Sir De Lacy Evans, Sir Richard England y Sir George Cathcart, estaban compuestas por nuestra espléndida infantería de línea—como he dicho en otros lugares—el noble y cuidadosamente desarrollado ejército de cuarenta años de paz; y el conde de Lucan, que en su juventud había servido como voluntario con los rusos contra los turcos en las campañas bajo Diebitch, lideró nuestra caballería montada —la división de caballería— la flor de las Islas Británicas, aún por ser cubierta de gloria en el desastroso Valle de la Muerte. Mientras los ejércitos avanzaban, con mi tropa fui enviado repetidamente por el Intendente General, el Mayor General Richard Airey, para conseguir provisiones y carruajes, pues ese oficial, más que cualquier otro, había visto desde el principio la necesidad de adquirir suministros y medios de transporte. En una de esas ocasiones, por sus órdenes, tuve la suerte de capturar veinticinco *kibitkas*, o carros, en un pueblo cerca de nuestra línea de marcha. Ese mismo día, creo, fue cuando su ayudante de campo, el valiente Nolan, al explorar en busca de agua, se topó con un convoy del gobierno ruso de ochenta vagones cargados de harina, y los apoderó de

todos, huyendo a la escolta. En total obtuvimos trescientos cincuenta vagones, con sus equipos y conductores tártaros.

El principal propietario de las *kibitkas* que había tomado era el patriarca o líder del pueblo—un tártaro de aspecto venerable, vestido con una pelisse o túnica larga de tela azul, con un pequeño gorro negro de piel de cordero, no muy diferente a un tarbue egipcio, bajo el cual caía su cabello blanco sobre los hombros.

Acostumbrado solo a la tiranía militar brutal y sin ley de moscovitas y cosacos, nada podía igualar el asombro del buen hombre cuando le informé, mediante un intérprete, que solo necesitábamos el préstamo de los carros y que sería debidamente pagado. ¡Alá, ho Ackbar!—piensa en eso—realmente pagó por cualquier inconveniente o pérdida que los aldeanos pudieran sufrir por su detención.

En la mañana del día 19 abandonamos nuestro miserable acampado y comenzamos nuestra marcha en busca del enemigo, pues estábamos en terreno peligroso y, si los rusos nos hubieran atacado de repente, podríamos habernos visto obligados a arriesgarnos a una batalla con nuestra retaguardia hasta los acantilados que sobresalían sobre el Euxino (donde los terneros de mar se asentaban en la playa a treinta pies más abajo), y en un campo donde la derrota habría sido ruina y muerte seguras para todos. Pero, como los franceses se habían asumido el honor del ala derecha, tenían un riesgo mayor que nosotros, los británicos, que habíamos tomado silenciosamente el flanco izquierdo, mientras los aliados avanzaban a lo largo de la costa.

Los 11º Húsares y los 13º Dragones Ligeros, bajo el mando de Lord Cardigan, formaban una vanguardia; y en su retaguardia marchaba un destacamento de fusiles, en orden extendido o de escaramuzas. Sabíamos que el enemigo estaba en algún lugar delante; Pero en qué fuerza, dónde o cómo se publicó, estábamos en total ignorancia. De vez en cuando, una voz emocionada en las filas exclamaba que una vedette rusa estaba a la vista en las colinas lejanas.

La atmósfera era tranquila, el cielo casi despejado, y en lo alto de su azul ascendía el humo de la flota aliada, que seguía avanzando bajo vapor a lo lejos, en el flanco derecho del ejército francés, que descansaba en la costa. El sol brillaba intenso y intenso; pero a veces llegaba agradablemente una brisa ligera y fresca desde el resplandeciente Euxino.

Los colores estaban todos sin funda y ondeando; Las bandas de caballería e infantería, con las alegres cornetas de los fusiles, llenaban el aire de música; y podía oír las gaitas de los Highlanders, bajo el mando del Duque de Cambridge, alternando

entre crecer o morir con el aire ambiente, mientras la primera división atravesaba el terreno ondulado de delante.

Mientras avanzábamos, no pude resistirme a dejar caer las riendas de mi caballo sobre su cuello y, volando hacia el mundo de los sueños, mis pensamientos se fueron lejos a nuestro lejano hogar más allá del mar. A veces imaginaba cómo sería mi nombre en la lista de muertos o heridos, y lo que pensaría Louisa Loftus entonces. Y con esta fantasía mórbida siempre venía otra idea—¿era una convicción?—de que tal anuncio causaría un dolor más profundo y duradero en Calderwood Glen que en Chillingham Park; y pensé en mi buen tío leyendo las duras noticias a sus dos fieles viejos secuaces, Binns, el mayordomo, y Pitblado, el encargado.

El mechón de cabello negro de azabache de Louisa que había recibido en Calderwood, la miniatura que me envió después en los barracones, ya estaba conmigo; y conmigo también estaba el recuerdo de esas deliciosas palabras que me susurró al oído en la biblioteca de Chillingham—

"Hasta que ambos estemos en nuestras tumbas, querido Newton, nunca, nunca sabrás cuánto te amo, y la agonía que me costó la astucia de Berkeley."

Era un lenguaje fuerte: sin embargo, ahora parecería que, en medio del torbellino de la vida elegante en Chillingham Park, bailes, rutas, cenas, cenas y repasos, la carrera y el campo de caza salpicado de abrigo rojo, se había visto obligada, o se había permitido, a olvidarme a mí—yo, que solo pensaba en ella. Y en medio de ese vórtice aún más brillante, el mundo de la vida londinense, la Corte de la Reina, los salones reales, los parques abarrotados, las alegrías de Rotten Row y la Milla de la Dama, los esplendores de la ópera y las maravillas del Derby, parecía bastante probable que un pobre lancero sirviendo en el Este fuera para ser olvidado, ¡Y para siempre!

De tal ensoñación me despertaba Jocelyn, Sir Harry Scarlett o algún otro de los nuestros, exclamando—

"¡Cuidado! ¡Por Júpiter! ¡hay una vedette rusa!"

Entonces, a través de mi cristal de campo, podía distinguir, entre yo y el cielo, un cosaco con gorro de piel, cabalgando por la cresta verde a lo lejos, con las rodillas hasta el cinturón, la espalda doblada, la cabeza de su lanza brillando al sol, y la nariz corta de su rostro calmuck casi entre las orejas caídas de su pequeño caballo peludo, mientras emitía un chillido agudo y salía galopando.

"Parece que nos estamos acercando cada vez más a esos tipos", dijo el coronel.

"Cada momento espero ver a Cardigan con la vanguardia cubrirse y recibir una dosis de uva de la artillería voladora."

"Y esas vedettes parecen ser lanzadas hacia adelante por una gran fuerza, coronel", dijo Studhome. "Ya he detectado cinco o seis uniformes diferentes."

"Sí, Jack. Así que te aconsejo que escribas una carta diligente a tus amigos."

"¿Por qué, coronel?" dijo nuestro ayudante, riendo.

"Porque sin duda mañana estaremos bajo fuego."

Mañana resultó ser el día del Alma—un día movido para muchos.

La aproximación del peligro hizo que todos los que estaban sanos se elevaran de espíritu y se divirtieran mucho.

"Este trabajo es bastante diferente de los aterrizajes de grava en Canterbury y Maidstone", dijo Wilford, acompañándose a nosotros en un trote, para compartir una pequeña conversación.

"Sí, Fred", dijo el coronel; "Y muy diferente de nuestro servicio diario de hace un año o así."

"En Allahabad y Agra—¿eh?"

"Sí. Tumbados medio día en un *fauteuil* fácil, con una camisa de seda y cajones de algodón, abanicados por una chica india; o enfriados por un punkah, y custodiados por cortinas de mosquitos, preparando nuestros libros sobre la reunión de carreras de Meerut; calculando el subir o bajar del termómetro, y estudiando la 'Lista del Ejército'?"

(Otro año o dos fueron para ver un trabajo muy diferente en Cawnpore y Delhi para nuestros camaradas indios.)

Cinco noches pasadas entre el barro de nuestro campamento habían empañado un poco la elegancia de nuestros uniformes de lanceros. Ya el lingote de nuestras grandes charreteras estaba aplastado y roto, nuestro precioso encaje vandalizado y deshilachado; pero nuestros caballos estaban todos en muy buen estado, y nuestras armas y detalles lo suficientemente brillantes como para haber satisfecho incluso al propio conde Tilly.

En este corto día de marcha perdimos a un lancero de la tropa de Wilford. Pasando por donde yacía un guardia de Coldstream al borde del camino, negro de rostro y

muriendo de debilidad, sed y calor, le entregó todo el contenido de su cantimplora de madera y, cayendo de la silla poco después, murió él mismo por falta de lo que tan generosamente había dado a otro, ya que no había ni una gota de agua con el regimiento; pues en Crimea, a finales de agosto, todos los manantiales, arroyos y fuentes están igualmente secos; La verdura desaparece y el termómetro, incluso a la sombra, sube a 98 o 100 grados.

Dos veces durante esta marcha vi a una hermana de la caridad arrodillada junto a los enfermos o moribundos, y seguí cabalgando para saber si podría ser Mademoiselle Chaverondier o, como prefería llamarla, mi querida hermana Archange, pero en ambas ocasiones me decepcionó. Todos eran de gran valor y estaban llenos de ardo; Pero su espíritu cambió y se hundió a medida que avanzaba el día caluroso y sin aliento, y la fuerza de nuestros pobres hombres se agotaba. La música cesó, a medida que banda tras banda cedía, y los percussionistas colgaban cansados sus tambores a la espalda. Incluso las gaitas escocesas se extinguieron, y las columnas masivas, cada una de unos cinco mil fuertes, caminaban silenciosamente sobre las estepas ondulantes, con todos sus brazos inclinados y las tapas vidriadas de sus shakos, brillando al sol. Pero mucho antes del mediodía de aquel primer día de esfuerzo, muchos habían empezado a caer, en todas las agonías del cólera. En un momento, mi caballo tuvo que abrirse paso con cuidado entre ellos. Todos parecían negros y ahogados; las gruesas gorras de piel de oso y las gruesas culatas de cuero fueron apartadas y sus chaquetas rasgadas. Algunos se retorcían de agonía, y otros, debilitados por el esfuerzo y la sed, permanecían quietos y sin voz. Seguimos marchando, una y otra vez, y los afectados quedaron a las lanzas cosacas, o a una muerte más prolongada, mientras los lobos de los bosques del Alma, y el buitre alpino y el milano de las rocas de Kamishlu, se colgaban de nuestras faldas y esperaban a sus presas. Nuestra sed fue intensa e indescriptible cuando un grito de alegría anunció que la vanguardia, bajo el mando de Lord Cardigan, había llegado a ese tan deseado río Bulganak, donde acamparíamos esa noche. En cuanto una división vio el arroyo fresco que ondulaba entre sus orillas verdes y los bosques de olivos y granadas, los hombres estallaron con un grito desde las filas y corrieron hacia adelante para saciar su sed ardiente y agonizante. [*]

[*] En una brigada se mantenía una gobernanza más fuerte. Sir Colin Campbell no permitió que ni siquiera la furia de la sed aflojara la disciplina de sus espléndidos regimientos de las Highlands. Los detuvo un poco antes de que llegaran al arroyo, y ordenó así que, al salvarse de la confusión que habría provocado su propia prisa salvaje, ganaran confianza y supieron que eran los ganadores. Cuando los hombres

trabajan en masas organizadas, deben el bienestar que tienen a comandantes sabios y firmes." —"Invasión de Crimea" de Kinglake, vol. ii.

La infantería acampó rápidamente a lo largo de la orilla del arroyo; pero nosotros—la caballería—estábamos destinados a tener un pequeño paso de armas con los rusos antes de que se pusiera el sol.

CAPÍTULO XXXV

¡Espada a mi izquierda brillando!

¿Por qué tu mirada aguda brilla,

¿Tan cariñosamente enfocados en el mío?

Gracias por esa sonrisa tuya. ¡Hurra!

Llevado por un soldado audaz,

Mis miradas con su mirada de fuego,

Armo la mano de un hombre libre,

¡Eso deleita tu marca! ¡Hurra!

THEODORE KÖRNER.

La resistencia física no es una cualidad más necesaria para el soldado que la elasticidad mental. Parecía no faltar esto último entre nuestros compañeros, cuando deshicimos la mordida de los caballos y nos sentamos a comer una comida improvisada por nuestros sirvientes cerca de un bosque de trementina y árboles de alcaparras. Era una noche preciosa ahora, y muchas coronas de nubes púrpuras y doradas yacían acunadas en el atardecer ámbar. La infantería había apilado sus armas por regimientos, brigadas y divisiones, y los miles de nuestros ejércitos yacían jadeando en el pradera, o preparándose para cocinar sus raciones de la manera que les convenía a la emergencia o a su antojo. A lo lejos había bandadas de avutardas cruzando la ahora árida llanura, que en verano había sido cubierta por una profusión de hierbas aromáticas. Nuestros accesorios se lanzaron sobre la hierba, nuestros uniformes desabrochados, los estuches de puros pasaron de mano en mano, intercambiados libremente, e incluso las últimas copias de *Punch* fueron estafadas y ridiculizadas.

Gracias a mí, y al uso de una *kabitka* que conseguí, teníamos provisiones de sobra. Algunos de los nuestros produjeron un jamón, algunas aves frías, la pale ale de Bass, jerez, incluso champán; y estos, junto con algunos pepinos y calabaceras, nísperos y

filberts, que Willie Pitblado había encontrado en el jardín desierto de un tártaro, formaban, en todo considerado, un fastuoso banquete, y lo que le faltaba en estilo y equipamiento se compensaba ampliamente con diversión y alegría, pues "los hombres se adaptan inconscientemente a los modos de vida que se les imponen. Es una ley de nuestro ser, y es bueno que así sea. Una bomba estallando en medio de una cena de moda en Londres no causaría más daño que una de las canciones que solían estallar diariamente dentro de los muros de Lucknow; pero sin duda causaría una impresión mucho mayor."

"¡Esto es realmente el tira y afloja!" exclamó Wilford, quien, tras varios intentos infructuosos de destapar una botella de champán, se arrancó hábilmente la cabeza de un solo cuchillo.

"¡Sí, por Júpiter! ¡y piensa en el desastre!" añadió Jocelyn.

"Sentir", dijo el coronel, "que uno tiene alma—y además, apetito, sabor y una decidida predilección por la sopa de tortuga y *los platos recherché*—¡y sin embargo estar obligado a apreciar este estilo de cosa!"

"Puedo apreciar todo y cualquier cosa", exclamó el pagador.

"¿Incluso un 'aggis, eh?—¡jaw!", dijo Berkeley.

"Sí, incluso un haggis. Mi estómago está vacío como un timbal", respondió el pagador, mientras cortaba el jamón.

"Creo que algo está pasando delante", observó Wilford, deteniéndose en el acto de diseccionar un ave.

"Sí", dijo Beverley; "Lord Raglan, con algunos escuadrones de la 11ª y 13ª, ha cruzado el río para reconocer; Pero aprovechemos al máximo el presente, nuestro turno llegará a su debido tiempo. Pásame el vino, M'Goldrick; una rebanada de carne, Studhome—gracias."

"¡Uf!" comentó el pagador; "'La cama de honor', como dice Jean Paul Richter, 'dado que regimientos enteros yacen sobre ella, y con frecuencia han recibido su última unción, debería llenarse de nuevo, golpeada y bañada al sol.'"

"¿Qué—ay, ja—significa esa cita?" preguntó Berkeley, ajustándose las gafas, contrayéndose los músculos del ojo y lanzando a nuestro viejo pagador escocés una mirada inquisitiva y inquisitiva. "Suena extraño y tonto, y—jaja—desagradable."

"Estaba pensando en la cama dura en la que dormiré esta noche, señor", respondió M'Goldrick, algo severo.

"Por Júpiter, algunos de nosotros quizá ya estaremos lo suficientemente tranquilos esta noche", dijo el coronel, medio levantándose. "Hay un movimiento decidido delante, y aquí viene un oficial a caballo francés."

En ese momento, un subalterno de zouaves, montado en un caballo dragón francés, de forma algo emocionada, corrió hasta donde yacíamos tumbados en la hierba, frenó bruscamente a su soldado en el bocado, gritando algo cuyo prefijo solo pude distinguir: "*¡Messieurs les officiers!*"

"*¡Diable!* ¿no hablas francés?" añadió, en inglés, a Travers nuestro.

"No, señor; Lo siento——"

"*¡Peste!*" interrumpió el francés; " todo oficial de estado mayor debe hablar al menos dos lenguas europeas."

"*¡Dios no bocklish!* Allí puedo hablar mi lengua materna, siendo irlandés; Y si eso no sirve, el diablo está en ello. Pero no soy oficial de estado mayor", añadió al desconocido, en quien ahora reconocí al señor Jolicoeur, del 2º Zouaves.

"El enemigo está en gran fuerza al frente, y vuestro comandante en jefe, junto con los dos regimientos de vuestra vanguardia, serán rodeados y cortados."

"¡Señor Raglan, con el 11º y el 13!" exclamamos, levantándonos; y justo en ese momento un ayudante de campo, el capitán Bolton, del 1º Regimiento de Guardias de Dragones, apareció galopando y exclamó—

"Bota y silla de montar, coronel Beverley; el 11º y el 13º, bajo el mando de Lord Cardigan, están enfrentados al frente. Se requieren apoyos de caballería y artillería a caballo de inmediato."

Sonaron las trompetas, el regimiento se formó por tropas y se unió a la brigada, que se formó en escuadrones, y avanzó rápidamente en busca del enemigo.

"Ay—aburrido de la mierda, después de nuestro agradable pequeño tiffin", oí decir a Berkeley, con tono de broma; pero pude ver que parecía muy pálido a pesar de eso, y Beverley solo sonrió con altivez, mientras se torcía los gruesos bigotes.

"Me sorprende que Berkeley no lleve sus guantes blancos", me susurró, y vi a algunos de nuestros hombres sonreír, pues era una broma regimental, o notoriedad, que tuviera la costumbre de escribir en sus guantes las palabras de mando que tenía que dar sucesivamente.

Como regimiento menor, estábamos en el centro de la brigada, el cuerpo superior a la derecha y el siguiente en antigüedad a la izquierda; y avanzamos a trote rápido, en una columna de escuadrones a distancia de rodas, mientras la artillería, haciendo un ruido terrible, con todas sus tumbrillas manipuladas, sus ruedas de repuesto, vagones de forja, espetadores, esponjas, cubos y otros aparatos, retumbaba a toda velocidad hacia el frente.

"En unos minutos, muchachos míos, podríamos estar cuerpo a cuerpo con el enemigo", gritó Beverley, mientras se levantaba en sus estribos y blandía su espada; "¡Seamos fieles al antiguo lema del regimiento!"

Todos sabían a qué se refería y respondieron con un largo y resonante vítor, pues nuestros lanceros habían sido reclutados como dragones ligeros en 1759 por el coronel John Hale, el oficial que llegó a Londres con la noticia de la caída y victoria de Wolfe en Quebec; y ese año se ordenó por Su Majestad Jorge II que "en la parte delantera de las gorras de los hombres, y en el pecho izquierdo de sus uniformes, debía haber una cabeza de muerte, con dos huesos cruzados encima, y debajo del lema, '*Or Glory*.'" Y esta placa sombría pero significativa que aún llevamos en todas nuestras citas. [*] Parece que, a primera hora de la tarde, y antes de que todo el ejército se detuviera, nuestro viejo y manco, el buen Lord Raglan, que había cabalgado muy por delante de la primera división de infantería, observó un grupo de cosacos merodeando en la cima de una colina verde, hacia el sur, sobre la que ordenó parte del mando de Lord Cardigan, los 11º Húsares y los 13º Dragones Ligeros, avanzando para reconocimiento. En esta ocasión también estuvo presente Lord Lucan.

[*] Nuestros predecesores en el servicio fueron los antiguos 17º Dragones Ligeros escoceses, formados en Edimburgo en el invierno de 1759, durante la alarma de la invasión prevista bajo el mando del Mariscal Duque d'Aiguillon, por Sholto, Lord Aberdour, posteriormente decimosexto conde Morton, que murió en Sicilia en 1774. Este cuerpo, que nunca contó con más de dos tropas, sirvió en la Guerra de los Siete Años y fue disuelto en 1763. Uno de sus oficiales, el teniente el honorable Sir T. Maitland, hijo del conde de Lauderdale, falleció tan recientemente como en 1824, teniente general, G.C.B., gobernador de Malta y de las Islas Jónicas.

Donde la carretera de Eupatoria a Sebastopol cruza el Bulganak, la orilla del río se eleva varios cientos de metros, y luego el terreno desciende hacia un valle, más allá del cual se eleva una sucesión de ondulaciones cubiertas de hierba. Los húsares y dragones ligeros avanzaron con valentía. Formados en cuatro escuadrones, atravesaron el arroyo, galoparon por la orilla y descendieron hacia la depresión, antes

de darse cuenta de que no menos de dos mil jinetes rusos avanzaban para enfrentarlos, con una línea de hostigadores al frente en orden extendido.

"¡Adelante, exploradores!" fue ahora la orden.

Sonó la trompeta y, desde los flancos de cada escuadrón, al detenerse para formar línea, los pocos hombres seleccionados para esta misión se dispersaron a intervalos de veinte yardas unos de otros, a una distancia de doscientos metros de la columna; enfundando sus espadas y desabrochando sus carabinas, mientras recogían su ropa desde la derecha. Más allá de la cresta de la segunda eminencia, un brillo constante bajo el sol reveló a los ojos atentos del general Airey que provenía de las puntas—meras puntas—de las bayonetas clavadas, y que había ocultos en el hueco muchos batallones de una fuerza de infantería, esperando en silencio abrir un fuego cercano y mortal sobre nuestro pequeño cuerpo de caballería, cuando fueron atraídos lo suficientemente lejos para asegurar su destrucción total. De hecho, nuestra vanguardia, compuesta solo por dos regimientos delgados, se enfrentó de repente a seis mil hombres de la 17ª división rusa, apostados en emboscada, con dos baterías de artillería, una brigada de caballería regular y nueve sotnias de cosacos, todo bajo el mando del general Carlovitch Baur. Era un dilema peligroso—¡un terrible dilema! Lord Raglan sabía que debía evitar una acción por un lado, y asegurar la retirada del 11º y 13º con completo honor por otro. Para los jinetes rusos, montados de forma ruda y de manejo flojo, la hermosa y ceremoniosa formación de nuestros alegres húsares, con sus dolmanes relucientes y nuestros elegantes dragones de luz en azul y beige, con todas sus espadas y reluces brillantes brillando al sol, era motivo de duda. No podían suponer que esta escasa fuerza contaba con un cuerpo mayor de tropas a mano, y temían la trampa que estaban preparando para otros; así, se enfrentaban silenciosa y tranquilamente fuera del alcance de los mosquetes, cuando nosotros, con la división ligera y la segunda división, los 8º Húsares y baterías de nueve libras, salimos al galope para socorrer a nuestros compañeros y nos posicionamos. Después de esto, los astutos y salvajes moscovitas vieron perdida su oportunidad, y el valiente Baur quedó bastante desconcertado.

Cuando los regimientos de las divisiones de infantería llegaron, se desplegaron en línea, y todas sus brillantes varillas de acero brillaban al sol, mientras cargaban con cartuchos de bala y "tapaban la tapa". Nosotros, el apoyo de la caballería, tomamos posición en la retaguardia izquierda de la fuerza avanzada bajo Lord Cardigan y cargamos rápidamente nuestras pistolas y carabinas, esperando nuevas órdenes. En cada una de mis fundas llevaba un revólver de seis recámaras. Estábamos tan cerca de nuestra vanguardia que podíamos oír a los oficiales del 11º y 13º llamando a sus hostigadores.

"Retirad a los hostigadores", sonó una y otra vez en el aire despejado; "Acortar estribos—aumentar el cinturón—recargar y reformar."

Cada corazón latía alto, pues ahora estábamos cara a cara con un enemigo—muchos de nosotros por primera vez.

"Mantén la vestimenta, jefes de escuadrón", dijo el coronel Beverley, cuyos ojos se iluminaban con un brillo extraño—de hecho, parecía extenderse por todo su rostro apuesto y quemado por el sol; "De cerca, caballeros. Todos hemos estado acostumbrados a cabalgar hasta los sabuesos, y eso es más que cualquiera de esos rusos. ¡Por Júpiter! Me gustaría verlos cruzando un país rígido de muros de piedra. En unos minutos, lanceros, repito que podríamos enfrentarnos cuerpo a cuerpo con el enemigo; Así que, cuando nos enfrentemos de cerca, recuerda el viejo consejo de la escuela de esgrima: 'Vigila los ojos de tu antagonista, no su espada.'"

Yo era el líder de nuestro escuadrón izquierdo, y tenía mi puesto, por supuesto, a medio caballo de distancia del estandarte, que llevaba el sargento Stapylton. Era un pengón blanco con cola de golondrina, con una calavera y las palabras "Or Glory" bordadas debajo—terriblemente significativas en un momento así, pues se movía con la brisa. Mi enemigo secreto, el señor Berkeley, era un líder de tropa a mi izquierda, a cierta distancia, y en ese momento tan emocionante había una expresión singular en sus ojos. Pensé que estaba a punto de acercarse y extenderme la mano, pues sabía que el perdón se pedía y se concedía a menudo cuando los hombres se enfrentaban a la muerte; pero si era así, era despiadado. Recordé a Lady Louisa Loftus y la cabaña junto a los Reculver, y decidí que la expresión dura de mi mirada le helaría la sangre. Poco sabía yo las ideas que tenía en mente, y las travesuras que aún tenía por hacerme funcionar, antes de que cruzáramos las alturas de Alma. Esa noche, algunos de nuestros compañeros estaban tan frescos que detecté a varios de los hombres de la fila trasera haciendo cosquillas a los caballos de la primera fila para que patearan. Lord Raglan empezó a temer que la numerosa caballería del general Baur, en su anhelo de un pequeño ejercicio de espada, pudiera verse tentada a cargar contra la esbelta fuerza del conde de Cardigan; por lo que fue necesario sacarlo sin más demora y, para expresar su deseo a ese oficial, envió el general Airey, cuyos movimientos observamos con una emoción irreprimible.

"Su brigada se retirará inmediatamente, mi señor, y por escuadrones alternativos", dijo el general, frenando a su caballo y saludando.

Lord Cardigan se inclinó y dio las órdenes necesarias para rechazar los escuadrones de dirección.

"Escuadrón derecho e izquierda—tres a la vuelta—marcha—¡trote!"

El resto del 11º y 13º permanecieron inmóviles en sus sillas, con las espadas desenvainadas, esperando hasta que los escuadrones de flanco se detuvieron y se pusieron al frente, a unos cien metros en su retaguardia, cuando llegó su propio turno de retirarse, y así continuó el movimiento de retirada alterna de esta manera. Pero en el momento en que comenzó, la brigada rusa de artillería a caballo del general Baur salió galopando del hueco y fue girada y desencaminada en batería en la cresta. El destello rojo de la primera pieza de campo hizo que todos los corazones se ataran, y cada pulso se acelerara; y antes de que tuviéramos tiempo para reflexionar, otro y otro retumbaron, con una nube de humo blanco, desde la verde eminencia. Entonces apareció un hueco aquí y allá entre las filas del 11º y 13º, cuando un caballo, un húsar o un dragón ligero cayeron, y los vimos rodar de dolor en el césped; Pero sus compañeros se acercaron, funda tras funda, y aun así la retirada de los escuadrones alternativos continuó con calma y silencio. Los cañones de seis libras adjuntos a la fuerza de Cardigan no tenían poder sobre el enemigo; pero los cañones de nueve libras que acompañaban a nuestra brigada mataron a muchos rusos bajo sus cañones. Con cada estruendo que resonaba en el aire tranquilo de la tarde, los pájaros asustados volaban alrededor, gritando y batiendo las alas salvajemente, hasta que, por fin, se arrastraban entre los cascos de nuestros caballos.

El 11º y el 13º se retiraron más allá de nosotros, y luego llegó nuestro turno para dar vueltas de tres y retirarse por escuadrones, bajo la cobertura de nuestra artillería, cuyos testículos hablaban tan bien que Beverley mencionó que podía contar a través de su cristal al menos treinta y cinco dragones rusos, con sus caballos, tendidos lo suficientemente rígidos en la pendiente, donde nuestros cañones de nueve libras habían soltado bruscamente sus "cuerdas de plata" para siempre. Antes de esto, nos habíamos movido diez pasos a la izquierda—una suerte para mí, ya que un arbusto que mi caballo había estado mordisqueando fue destrozado por una concha de cinco pulgadas un segundo después. Gloria aparte, no me arrepentí cuando recibimos la orden de retirarnos, porque aquí podríamos lograr poco honor. Mi caballo parecía consciente de nuestro peligro, cuando las bolas de la artillería rusa empezaron a arar y arrancar la tierra a sus pies, o a zumbar con un sonido que le hacía encogerse. Pateaba, azotaba por detrás, pataba con las patas delanteras, apretaba con los dientes el bocado y soltaba extraños resoplidos.

"¡Por el cielo! ¡hay uno de los nuestros caído!" exclamó Jocelyn, mi sumiso, con entusiasmo, mientras se giraba en su silla; y vimos a un lancero vestido de azul tumbado de espaldas en nuestra retaguardia, su caballo galopando y tres

hostigadores rusos ocupados a su alrededor, mientras cuatro dragones galopaban para unirse a ellos.

"Es el pobre Rakeleigh", dijo Studhome, galopando hacia arriba; "Un disparo acaba de destrozarle el muslo derecho."

"Coronel, ¿puedo intentar salvarle—recuperar su cuerpo?" pregunté, apresuradamente.

"Por supuesto; pero, Norcliff, ten cuidado."

"¿Quién vendrá conmigo?" grité, girando mi caballo.

"Yo, señor", respondió el sargento Dashwood.

"¡Y yo!" añadió Pitblado.

"¡Y yo! ¡y yo!" dijeron otros, desatando sus lanzas.

"¡Gracias, valientes muchachos!" exclamó Beverley. "¡Id contra esos demonios como ladrillos y demuéstrenles lo que es el verdadero valor británico!"

Acompañado por los primeros seis que hablaron, galopé de vuelta hacia donde yacía el pobre hombre, sin importarle el disparo ruso, y los tres hostigadores, con largos abrigos grises y gorras azul plana, que, tras disparar sus fusiles sin éxito, salieron corriendo a encontrarse con sus soldados. Encontramos al pobre Rakeleigh bastante muerto, casi desnudado ya, y horriblemente mutilado por el cuerpo. Siempre había sido particular en su persona y cuidadosamente elegante en su vestimenta. ¡Cuántas veces habíamos interrogado esos bigotes bandolinados, ahora cubiertos de espuma y gotas de sangre! Su rostro apuesto estaba terriblemente distorsionado y su uniforme casi había desaparecido—¡arrancado por esos brutales saqueadores rusos! El reloj, el bolso y los anillos también habían desaparecido. Solo podíamos cortarle un mechón de su rico cabello castaño para enviarlo a su pobre madre en Athlone. Probablemente no estaba muerto cuando fue alcanzado por los rusos, ya que se percibía una herida de bayoneta en su pecho. Apenas tuve tiempo de comentar esto cuando un disparo de un rifle Minie silbó junto a mí; y justo cuando salté a mi silla de montar, se oyó un grito y un estruendo—estábamos en una *pelea* con los siete rusos. El sargento Dashwood inmovilizó a un infante en el suelo con su lanza y disparó a un soldado con la pistola que sostenía con la mano de la brida. Un gigantesco dragón ruso, con una nariz roja y corta, una espesa barba negra y un uniforme verde grueso, todo sobre trenza roja, cortó el asta de la lanza de Pitblado, infligiéndole en el hombro una herida que muchos oficiales voluntarios darían una buena suma por el honor de poseer; pero, rápido como un rayo, la espada de Willie salió y, tras unos cuantos

pases, le atravesó el casco vidriado hasta la nariz. Fue uno de esos golpes tremendos que a veces leemos, pero que rara vez vemos; un golpe como el que Bruce le dio a Bohun, cuando "rompió su buen hacha de batalla" frente a la línea escocesa. Eso horrorizó bastante a nuestros nuevos conocidos, que se marcharon arrastrando a sus dos infantes con ellos. Luego regresamos al regimiento a galope; pues nos vimos obligados a abandonar el cuerpo del pobre Rakeleigh. No sé qué fue de ella; Pero todo vestigio de ella había desaparecido cuando pasamos por allí mañana.

Y así, cuando el crepúsculo caía sobre tierra y océano—en las llanuras de la Chersonesa Taurica y las aguas del mar Negro—terminó este "primer acceso a un paso armado entre Rusia y las Potencias Occidentales"; y Lord Raglan se regocijó de la firmeza y frialdad mostradas por su esbelta fuerza de caballería en el ahora olvidado enfrentamiento de Bulganak, que las grandes glorias del día siguiente eclipsaron por completo.

"Pobre Rakeleigh", dijo Beverley, mientras nos reuníamos poco a poco en el lugar donde habíamos estado antes de que diera la alarma, y nos quitábamos los utensilios mientras los mozos nos quitaban la mordida; "Pobre muchacho—tendido allí esta noche, mutilado y sin enterrar—¡su primer compromiso también! ¡Gracias a Dios que su madre y su hermana no le ven como nosotros! Pero aún está por venir un trabajo mayor."

"¡Ay—el diablo, coronel!" dijo Berkeley, que, tras el peligro pasado, fumaba su puro con fuerza, en un gran flujo o más bien repulsión, de ánimo; "¿Qué quieres decir—haw—con inferir?"

"¡Que mañana veremos a los rusos, donde toda su fuerza está concentrada en las alturas de Alma!"

Sus palabras fueron bastante proféticas; pero todos sabían que pronto debía llegar el asunto al mosquete. Pasamos la botella de vino de mano en mano y envolvimos nuestras capas y mantas preparándonos para pasar la noche lo mejor que pudimos. Desde luego, éramos menos habladores y divertidos que antes, y habíamos dejado de lado a nuestro jovial amigo, *el señor Punch*. Sin duda, cada uno reflejaba que el destino del pobre Jack Rakeleigh podría haber sido el suyo. Si fuera yo, ¿Louisa habría derramado una lágrima por mí? ¡La duda era un punzante! No volvimos a ver al general Baur, que se retiró hacia el río Alma durante la noche; Pero mucho después de pensar que el asunto había terminado, un proyectil, el último proyectil disparado, salió disparado de un cañón largo hasta nuestro campamento y provocó una nueva alarma.

Pitblado, tras curar su herida, estaba a punto de alimentar a su caballo y colocó el maíz en una bandeja de hojalata en el suelo. Mientras acicalaba el cargador, vio un gran cuervo que venía a alimentarse del maíz. Dos veces le lanzó una piedra en vano—el ave codiciosa continuó su cena obstinadamente. En la tercera ocasión, armado con otra piedra, corrió hacia ella, y el cuervo se estrelló contra un árbol, donde croó tan enfadado como si tuviera que alimentar a Elías además de sí mismo. En ese momento, un proyectil—uno de cinco pulgadas—silbó desde el otro lado del arroyo y explotó justo en el lugar donde Pitblado se había ido, destripando y matando a su caballo; así que, en este caso, un cuervo no fue el precursor de la mala suerte, ni, como dijo Willie, tristemente, mientras contemplaba su cargador moribundo, "un cabrón no presagiaba mal viento."

En un periodo futuro estuve destinado a ver más al valiente Schleswiger que comandó la exploración rusa en Bulganak; pero hay una anécdota relacionada con su origen, y cómo se convirtió en soldado, tan digno de la naturaleza humana, y lo que mure rápidamente entre nosotros, amor genuino por el hogar, que puedo ser perdonado por relatarlo aquí, tal y como Beverley la contó en nuestro bivacaco—especialmente porque solo se encuentra en la antigua *Utrecht Gazette*, o en las más escasas memorias de un soldado de fortuna escocés, el conde Bruce, ninguna de las cuales puede estar al alcance del lector. Antes de la conclusión de la disputa entre Dinamarca y la casa ducal de Gottorp, cuando las tropas moscovitas estaban en Schleswig y Holstein, su caballería estaba comandada por un general llamado Baur, un soldado de fortuna, que había alcanzado su rango solo por mérito y valentía, siendo su familia y país secretos para todos salvo para él mismo. Sus tropas ocuparon Husum, un pequeño puerto en la desembocadura del Hever, mientras él, con su estado mayor, vivía en el antiguo palacio del duque Carlos Pedro de Gottorp, que se convirtió en emperador de Rusia, y lo gobernaba sobre el pueblo con cierta superioridad. El pequeño bailiazgo era entonces un lugar encantador. Los prados verdes eran fértiles y ricos, salpicados de ranúnculos dorados; las tierras altas estaban bien labradas y cubiertas de maíz ondulado o trébol denso y profundo; Las casas de campo, de ladrillo rojo y paja amarilla brillante, eran maravillosamente limpias y bonitas, sus pintorescos porches cubiertos de caravanas fluidas, y bordeaban lo alegre con preciosas malvas negras.

Los molinos de viento giraban alegremente con la brisa, y los barcos cargados, con sus velas marrones brillando al sol, flotaban perezosamente por las aguas claras del río hacia el mar tranquilo y azul oscuro que se extendía a lo lejos — ese mar donde, como afirman los Schleswigers, Waldemar y Paine Jager, el Cazador Salvaje y Gron Jette, nunca se cansaban de cazar y matar a las sirenas, que se sentaban en las rocas

viscosas, peinándose el pelo y cantando bajo el aguardiente de la luna. Todo era pacífico, y tan tranquilo y rural, que los buenos hombres de Schleswig, sus regordetas esposas y bonitas hijas, temblaban ante los males que pudieran causar sus barbudos visitantes del Neva y el Wolga; y más que nunca se alarmaron al enterarse de que el general de los moscovitas había enviado a buscar al pobre viejo Michel Baur, el molinero junto al puente de madera, y también a su esposa, que fue con muchas dudas al palacio del duque, sobre el que ondeaba el estandarte con la cruel doble águila de los zares.

"Tranquilos, buena gente", dijo el general ruso, amablemente, al entrar en el gran salón, con los ojos apenados y el corazón encogido; "Solo quiero hacerte un favor, así que hoy cenarás conmigo."

¿Cenar—cenar con él—¿el general de los moscovitas? ¿Oyeron bien o sus oídos les engañaron? Luego sentó al buen hombre Michel y a su esposa Gretchen en la mesa entre los oficiales de su estado mayor, espléndidamente vestidos y brillantemente decorados—esos condes y coroneles de ulanos, húsares y coraceros, que se mordían el bigote y alzaban sus feroces cejas con altivez, con asombro e inquisición, ante un acontecimiento tan novedoso; mientras algunos de los más jóvenes se reían en secreto ante el terror y la perplejidad de la digna pareja, que, sin embargo, comían con ganas de las delicias a las que no estaban acostumbrados tras cesar su primera alarma. El general moscovita, que se sentaba entre ellos, en la cabecera de la mesa, con una sonrisa amable en su apuesto rostro—pues era apuesto, aunque su pelo ya era fino y canoso—le hizo muchas preguntas sobre su familia y los asuntos domésticos—cómo prosperaba el molino y cómo se vendía la harina en el mercado.

Entonces Michel, que apenas se atrevió a apartar la vista de la orden, con las cruces y la corona de San Andrés de Rusia, que brillaban en el pecho del general, le dijo que era el hijo mayor de su padre, que había sido molinero en el mismo molino años atrás, incluso cuando Federico V de Dinamarca, casado con la princesa Luisa de Gran Bretaña, era un niño.

"¿El hijo mayor, dices, Michel?"

"Sí, herr general", respondió el molinero, alisándose nerviosamente el pelo blanco.

"¿Entonces al menos tenías un hermano?"

"Sí, herr general; pobre Karl. Desapareció."

"¿Cómo?"

"Algunos decían que se convirtió en soldado, otros que se lo llevaban las hadas", dijo Gretchen.

"Muchas oraciones mi buena esposa y yo hemos dicho por Karl, aunque hace tanto que no se perdió; y en su memoria hemos nombrado también a nuestro único hijo Karl."

Al oír esto, el general ruso se conmovió profundamente y, al ver que la sorpresa de sus oficiales ante el interés que mostraba en estos humildes campesinos ya no podía ser reprimida, se levantó y tomó de la mano a Michel y a su esposa—"Caballeros", dijo él, "solo me conocéis como un soldado de fortuna, y a menudo han sentido curiosidad por saber quién soy, cuyo pecho el Emperador ha cubierto de estrellas y órdenes, y de donde vengo. Este pueblo es mi lugar natal. En ese molino derrumbado, junto al puente de madera, nací. Este es mi hermano Michel y Gretchen, su mujer. Soy Karl Baur, hijo del viejo Karl, el molinero de Husum. Aquí estaba yo *antes* de dejar mi polvoriento abrigo de molinero para convertirme en soldado. Oh, hermano Michel, ¿quién podría haber *estado con el regalo en el espacio?*" añadió, en su antiguo dialecto nativo, mientras abrazaba a la pareja maravillada.

[*] Anunciado.

"Se suponía que me habían robado en la noche de San Juan el Stillevolk de cabello dorado de los pantanos, o los gruñones Trolds de gorra roja, que habitaban entre los engullos verdes; Pero no fue así. Me convertí en húsar bajo el duque Karl Peter de Gottorp, y he ascendido a ser lo que tú ves—¡general de caballería bajo nuestro padre el Emperador! Así que bebe un buen trago de nuestra cerveza danesa, hermano Michel; Brindemos por los viejos tiempos de nuestra infancia, y no tema. Sé que nuestro patrimonio es solo uno de los pobres *Bauerhafen*, que se dividen según el número de arados; pero mañana tu *hufe* será un *Freihufen*, Michel, libre de toda carga, incluso para el alguacil del duque o el rey de Dinamarca."

Al día siguiente, el general cenó en el viejo molino, donde se sentó en el mismo taburete duro que usaba de niño, saboreando su groute de Schleswig con una cuchara de cuerno de una bandeja de madera. En memoria de los tiempos antiguos, colocó una cruz de mármol sobre la tumba de sus padres. Tres días después de que se oyeran las trompetas y el ejército marchara desde Schleswig para no volver más; pero el general —el mismo general Bauer que sirvió bajo Suwarrow en las famosas campañas de Italia— hizo abundantes provisiones para sus pobres parientes, y envió al único hijo del molinero, su tocayo, Karl, a la corte para su educación; Karl ascendió a un alto puesto en la casa del zar, y fue su hijo, Karlovitch Bauer, que preparó una trampa tan especiosa para nuestra vanguardia en el Bulganak—una trampa

felizmente inútil gracias a la habilidad y previsión de nuestro líder, el buen y valiente Lord Raglan.

CAPÍTULO XXXVI.

¡Déjame ir! Está amaneciendo,
La mañana estalla en mi ojo,
Muerte, este cuerpo mortal tiembla;
¡Pero el alma nunca puede morir!
¡Déjame ir! La estrella del día brilla,
Dorados los reinos radiantes de arriba;
Lleno su gloria en streaming
¡Me ilumina hacia la tierra del amor!

DE LOS JUGLARES PIADOSOS.

Envuelto en mi capa y manta, había caído en un sueño inquieto, cerca de un fragmento de muro en ruinas, el límite, quizá, de un jardín tártaro desierto, cuando fui despertado por el sargento Stapyhton de mi tropa.

"Le pido disculpas, señor, por molestarle", dijo él, con tono de disculpa; "pero cuando volvía de la orilla del río con agua para algunos de los caballos heridos, me crucé con una francesa, como la imagino, muriendo por toda apariencia, y pensé, como no puede quedarse donde está, que si viniera a hablar con ella——"

"Por supuesto", respondí, levantándome de un salto; "¿Dónde está?"

"Cerca de un bosque de olivos—a solo un disparo de pistola más allá de nuestros centinelas avanzados. Puede pasarme al frente, señor, como su guía."

Dejando atrás al grupo dormido de mis compañeros oficiales, acompañé a Stapyhton, con las articulaciones rígidas y los dientes castañeando. La mañana aún estaba oscura, pero una estela roja de luz sobre el terreno montañoso que se alzaba entre nuestro flanco izquierdo y la carretera de Perekop, mostraba dónde estaba a punto de amanecer. Todo seguía a mi alrededor. Salvo el ocasional relincho de un caballo, apenas un sonido rompía el silencio de aquel lugar, donde tantos miles de nuestros soldados dormían, o dormitaban como suelen hacer los hombres, tras reflexionar que la noche que se estaba pasando podría ser la última en el mundo de los vivos, y que el día que vendría les encontraría cara a cara con el peligro, Y—¡muerte! Con la fría brisa

de la mañana de septiembre, podía oír el bullganak sobre su lecho de piedra, entre el cual y nuestro campamento se podía trazar la línea de nuestras vedetas de caballería, sentadas, encapuchadas, en sus sillas, con carabina en el muslo, y los centinelas avanzados, amortiguados en sus grandes abrigos, de pie inmóviles, con "armas ordenadas, " y sus rostros se volvieron hacia el sur, donde todos sabían que yacía el enemigo. Al pasar por la Brigada Ligera, donde cada hombre dormía junto a su caballo, me topé con un durmiente, en quien reconocí a un oficial médico y le pedí que nos acompañara, lo cual hizo de buen grado; y, guiados por Stapylton, nos dirigimos hacia el bosque de olivos.

Al salir del campamento, el médico dijo: "¿Percibís ese vapor que se eleva tan constantemente del suelo?"

"Sí", respondí, con un escalofrío irreprimible; "Ya vi suficiente en Varna."

"Tienes razón", continuó, con voz baja e impresionante; "Ese vapor pálido, azul y fétido es la niebla del cólera—siempre una mala señal. Tendremos muchos casos en nuestras listas antes del atardecer de mañana, y Dios sabe que ya están bastante llenos. Casi todas las mujeres y niños de mi regimiento fueron enterrados ayer al borde de la carretera. ¿Una francesa enferma, creo que dijiste, sargento?" observó, retomando el asunto que tenía entre manos.

"Sí, señor", respondió Stapylton, saludando.

"¡Qué raro! ¿Qué debería traerla aquí? Los franceses están actualmente muy lejos, a nuestra derecha y en la retaguardia. Supongo que ha oído hablar de lo que ocurrió esta noche, capitán Norcliff?"

"¿Dónde?"

"En la sede."

"¿La pequeña casa de correos en el Bulganak, donde el señor Raglan pasa la noche?"

"Exacto. El mariscal St. Arnaud, acompañado por el coronel Trochier, del ejército imperial, cabalgó allí para concertar el plan de un ataque al día siguiente. Así que, sea lo que sea, nuestro papel en la obra de mañana ya nos está asignado; y ahora, sargento, su francesa."

"Está aquí, señor, para hablar por sí misma, si puede, pobrecita."

Cerca, el bosque de olivos, con una gruesa manta extendida sobre ella, yacía la mujer de la que Stapylton había hablado.

"¡Cólera!" dijo el cirujano, mientras bajaba la manta y se arrodillaba a su lado; "Cólera, y en las últimas fases también. No se siente el pulso, las extremidades frías y rígidas, el rostro espantoso, la fuerza agotada. No puedo servir de nada aquí", añadió en voz baja. "Un poco de tiempo y todo habrá terminado."

De mi petaca de caza vertió un poco de brandy entre los labios de la víctima, que resultó ser una *soeur de charité*, por su peinado blanco y su vestido de sarga negra; y, al acercarme, imagina cuáles serían mis sensaciones al reconocer, en el crepúsculo del día que se avecinaba, los rasgos pálidos y convulsos de la hermana Archange— ¡de Mademoiselle de Chaverondier! Una exclamación de tristeza y asombro brotó de mí. Todo el recuerdo de su bondad cuando yacía enfermo en la casa del comerciante armenio en Varna; toda su soltería de corazón; toda su pureza y devoción propia; todo el recuerdo de su historia, y de su propio hogar feliz entre las montañas de Beaujolais, y cómo y por qué se había entregado al Cielo y a actos de caridad; toda su simple creencia en la magia y los milagros, con su amor y piedad infantiles; su aprecio por su hermano Claude, el valiente oficial del regimiento de Canrobert, su esposa, Cecile Montallé, y la cruel Lucrece, cuya venganza trajo todo su dolor—todo el recuerdo de estas cosas, digo, me abalanzó como una inundación, mientras yo estaba, desconcertado, junto a la joven moribunda—muriendo como un paria en ese lugar salvaje y salvaje—y me conmovieron profundamente. Dejarla morir así, desatendida y sin cuidado, era imposible. ¿Pero qué se podía hacer? ¿Cómo iba a ayudarla? Ya las trompetas de la caballería y las trompetas de la infantería sonaban el "despertar" y la "asamblea", y el ejército se armaba rápidamente—aún más rápido que no había tiendas que desmontar ni equipaje que empacar. Cada uno se agrupó en el suelo donde había dormido; la caballería montaba, la artillería seguía sus caballos y se desvelaba, y mucho antes de que la bahía de Kalamita brillara bajo el sol naciente, todo el ejército británico se dirigía hacia el Alma.

Mi amigo el cirujano, al ver que no podía hacer más—que quizá ya tenía suficientes pacientes en otros lugares—sugirió, antes de partir, que podría ser puesta en una de las *kabitzkas* del cuerpo de ambulancias; pero, como me aseguró que no podría vivir más de una hora, envié a Stapylton para explicar el asunto al coronel Beverley; y en pocos minutos regresó con Pitblado, Lanty O'Regan, mi mozo, y otros cuatro lanceros y nuestros caballos, y con permiso para mí "cuidar de mi amigo enfermo; pero, a todo riesgo, no estar a diez minutos de marcha detrás de la retaguardia, ya que la división del general Bosquet avanzaba rápidamente por nuestro flanco derecho, y la hermana francesa podría ser entregada más adecuadamente a su propio pueblo."

La levantamos hasta el matorral de olivos, fuera del camino de las tropas que pasaban; pues ya nuestra vanguardia, bajo el mando de Lord Cardigan—"Prince

Albert's Own", con sus chaquetas azules y pelitas escarlata cubiertas de encaje brillante, y los 13º Dragones Ligeros—volvían a recorrer el Bulganak, riendo y bromeando alegremente, como si fuera un zorro que iba a salir a cubierto en los pantanos de Lincolnshire, y no las hordas de las Rusia del sur y oeste que les precedieron. Mediante tres aros de barril y una sábana para caballos, improvisamos algo parecido a lo que los franceses llaman tienda de día, para ocultarla a ella y sus sufrimientos. Entonces se me ocurrió la idea de lo que podría hacer si ella sobrevivía más allá del tiempo asignado por el coronel. ¿Podría dejarla en ese lugar salvaje para que muera sola y quedara sin enterrar, salvo por los lobos y las aves rapaces? ¡Ay! Un tiempo muy breve ya ha resuelto todas mis dudas y miedos. Un poco más lejos de nosotros, un grupo silencioso y comprensivo, mis siete lanceros estaban de pie, cada uno junto a la cabeza de su caballo, apoyados en su lanza, esperándome. Si conversaban, era en susurros a medias, pues sentían sincera lástima por la joven, esas hermanas francesas de la caridad eran la admiración de todo el ejército. Estaba bañando sus labios con un poco de brandy diluido, cuando me reconoció por completo, y por primera vez. Entonces una pequeña sonrisa de alegría cruzó su rostro espantoso y comenzó a hablar, dolorosamente, ronco y a intervalos largos.

"Ahora me toca a mí; pero me estoy muriendo, ¿ves, *mon frère*", dijo ella, "muriendo. Muchas de mis hermanas han muerto en el campo—pero—pero pocas por eso."

"Pocos, en efecto", dije con voz baja y triste.

"En las ardientes oraciones por el descanso de mi alma no encuentras consuelo. No lo digo con reprocha, pero los cánticos mortuorios de 'Dies Iræ' y 'De Profundis' nunca se dirán de mí, porque muero—muero así!" dijo, con voz baja y penetrante, cerrando los ojos.

La perplejidad se sumaba ahora a mi dolor, porque no sabía lo que la pobre chica deseaba o significaba; pero le supliqué que me contara cómo había quedado tan sola y enferma. En la noche en la que, dormida y cansada, cayó sin ser vista de un carro ambulancia francés, algunos cosacos exploradores la encontraron y se la llevaron en un triunfo burlón; pero, al descubrir que la peste mortal la había capturado, la arrojaron bárbaramente al Bulganak. Había desembarcado sigilosamente y se dirigía a nuestro campamento, cuando el avance de su enfermedad se volvió tan rápido y destructivo que quedó reducido al estado en que la encontró Stapylton. Así fue la historia corta que me contó, en largos y dolorosos intervalos, su voz a veces tan baja que tenía que acercar el oído a sus labios.

"Y ahora," añadió, con una sonrisa divina, que devolvió gran parte de la maravillosa belleza de su rostro, "¡estoy tan contenta—tan feliz de morir!"

"¿Por qué, *ma soeur*?"

"No fuera que viviera más; porque, al hacerlo, difícilmente podría fallar de alguna manera en ofender al cielo", respondió la pobre chica. "Me confesé hace dos días—muero en paz, y perdono a esos cosacos—*mon ami—mon frère*, debo decir—cerrarás mis ojos—me verás enterrado—prométeme que lo harás!"

Solo pude responderle con mis lágrimas; y parecía extraño que alrededor del matorral donde se representaba esta escena solemne, y cuando el espíritu de este buen ser flotaba entre la eternidad y el tiempo, miles de nuestro ejército, a caballo, infantería y artillería, con munición y provisiones, pasaban en masa bajo el brillante sol de la mañana, hacia el paso del Bulganak.

A su alrededor había instinto con el brillo y el bullicio de la vida marcial; pero dentro de ese olivar había muerte, humildad sublime y sufrimiento.

"¿Tienes dolor ahora?" Pregunté, justo cuando se me ocurrió ese pensamiento.

"Oh, no—el dolor hace mucho que se fue hace tiempo. Si pudiera vivir hasta las tres de la tarde, podría morir más feliz que nunca."

"¿Por qué a las tres?"

"¡Porque en aquel momento nuestro Bendito Señor entregó su alma en el Calvario!" dijo ella, con voz entusiasmada, mientras una extraña luz parecía cruzar todo su rostro.

Mientras se giraba inquieta, sus ojos se posaron en el sargento Stapylton y los lanceros, y al invitarles a avanzar, les concedió su bendición a cada uno; y escucharon con la cabeza inclinada y se quitaron las gorras. Me conmovió profundamente y aparté un par de pasos.

"El cielo siempre ha sido tan bueno conmigo", murmuró, en un inglés entrecortado, mientras el sargento le colocaba la capa como almohada bajo la cabeza; "Porque, como debéis saber, *señores les soldados*, mi madre me dedicó al cielo, y soy hija de la Santa Virgen."

El pobre Stapylton, un John Bull digno pero firme, parecía bastante desconcertado por esta información; pero mi novio irlandés la entendía.

"Gracias para usted, señorita", dijo Lanty, secándose los ojos con las borlas peinadas de su faja amarilla. "Oh, es rápido que va a la gloria, pobre cratura. Oh, nunca piensa de sí misma; pero somos por nosotros por quienes reza, chicos."

"Hoy pasarán otras almas además de la mía, porque antes del anochecer se librará una gran batalla—lo sé."

En ese momento, a través de una abertura entre los olivos, vimos un regimiento de infantería marchando en columna cerrada de subdivisiones, con la banda al frente, los colores ondeando y las bayonetas brillando al sol. Era nuestro número 88, de valiente memoria, con el coronel Shirley al frente de la columna, y los tambores y pífanos hacían sonar el azul de la luna de "La joven luna de mayo". Miró con nostalgia las filas profanadas; ¡Había tanta vida allí, tanta muerte aquí! Luego, entrelazando sus manos blancas, tan delgadas y temblorosas, y cerrando los ojos, comenzó a repetir una pequeña oración en latín, por quienes iban a caer a ambos lados—los rusos y los ingleses.

De esa oración solo recuerdo una frase—

"O clementissime Jesu, amator animarum, lava in sanguine Tuo peccatores totius mundi, nunc positos in agoniâ et hodie morituros." [*]

[*] "¡Oh Jesús más misericordioso, amante de las almas, lava en tu sangre a los pecadores de todo el mundo que ahora están en su agonía y van a morir hoy!"

Luego, susurrando algo sobre su "madre que estaba en el cielo, arrodillada ante ella ante la Madre de Dios", el puro espíritu de esta chica francesa se desmayó en la negra noche de la eternidad. Permanecimos en silencio un rato, y nada nos despertó salvo nuestra retaguardia que se desvaneció al frente desde la derecha de las tropas, y entonces las órdenes del coronel me llegaron a mí. Si viviera mil años, nunca olvidaría la calma y calma, pero también dolorosa, impresión que me dejó la muerte de esta pobre chica. Cerré los ojos, y sus largas y oscuras pestañas cayeron sobre la pálida mejilla, de la que nunca más se levantarían, y ella yacía bajo la pobre alfombra, tan tranquila, con una expresión pacífica y hermosa en su dulce rostro muerto. Ahora tenía las manos cruzadas sobre el pecho; su crucifijo negro de ébano se había caído de ellos; pero Lanty O'Regan la volvió a colocar con delicadeza y cerró amablemente los dedos rígidos alrededor de ella, y un gran sollozo se le escapó de la garganta a Lanty al hacerlo. La Muerte devolvió toda la extraña belleza de otros días a la hermana Archange; y no podía verla allí tendida, tan pacífica, tan pálida y quieta, sin sentir mi corazón realmente lleno. Porque cuando vi tanta devoción propia, pobreza y caridad unidas con paz y buena voluntad hacia toda la humanidad—hacia Christian y Osmanli, para amigos y enemigos por igual—me pareció verdaderamente que de quienes ella eran el reino de Dios. Bese la frente de la muerta mientras la cubríamos con la alfombra y me preparábamos para su entierro, pues no teníamos ni un momento que perder.

La tierra estaba blanda y solo teníamos las hojas de la espada y las manos para cavar; Pero conseguimos excavar un agujero de unos tres pies de profundidad. Con reverencia, como si hubiera sido su hermana, mis compañeros la pusieron en ella, y luego amontonamos el molde sobre ella. Ella yace en ese pequeño matorral de olivos, a aproximadamente una milla de Bulganak, y duerme en lo que se llama tierra no consagrada; aunque las cenizas de esa hermana de la caridad pudieran traer una bendición a la ciudad del sultán. Ahora montamos, pusimos nuestros caballos a toda velocidad y, pronto pasamos la retaguardia, nos acercamos a nuestra brigada y nos reunimos con el regimiento. Para entonces, todo el ejército marchaba para forzar la posición del Alma, y ya nuestro flanco derecho estaba casi unido a la izquierda de la columna francesa bajo el general Bosquet, mientras los aliados avanzaban juntos.

CAPÍTULO XXXVII.

¡Noticias de la batalla! — ¡noticias de la batalla!

¡Escuchad, está sonando en la calle!

Y los arcos y el pavimento

Soportad el clangor de los pasos apresurados.

¡Noticias de la batalla!—¿quién las ha traído?

¡Noticias de triunfo! ¿Quién debería traer?

¿Noticias de nuestro noble ejército?

¿Saludos de nuestro valiente rey?

LOS MONTONES DE LOS CABALLEROS ESCOCES.

Mientras estos acontecimientos ocurrían junto a la orilla del Euxino, el otoño marrón extendía sus tintes sobrios sobre los bosques escoceses; y rara vez se ve el país más atractivo que cuando su belleza se está deteriorando, y una tristeza reconfortante se mezcla con nuestro deleite.

La hierba alta es húmeda en los lugares sombreados, pues allí cae el rocío temprano en la noche y permanece mucho después del amanecer; y ahora, en Calderwood Glen, las hojas oscuras de los castaños se vieron variadas por el amarillo dorado del tilo, cuyas hojas frágiles están entre las primeras en girar ante el viento otoñal.

Ya las primeras hojas—el botín temprano de la temporada—yacían en la larga y sombreada avenida, o se recogían en montones, incluso cuando la brisa las había barrido, alrededor del pozo de Jacobo V, los setos de tejo y los paseos de hierba del

antiguo jardín escocés, donde la tradición dice que Ana de Dinamarca coqueteó con el hermoso conde de Gowrie. Allí los ásteres y dalias aún competían por un lugar junto al malva de la antigua. El verano se había ido; pero la caléndula de maíz y la preciosa amapola carmesí aún permanecían entre la barba amarilla o en las verdes bresas de armadura; Las caderas y las piernas escarlata animaban los setos, y las mariquitas picoteaban las manzanas dulces del huerto. Las sombras de las nubes voladoras pasaban sobre las verdes laderas de la montaña, sobre el alto cono de Largo, los redondos y hinchados Lomonds—los Mamelles de Fife, como los llamó no inapropiadamente un oficial francés—, la brisa del mar alemán subía por el largo y fértil Howe, y traía suavemente al oído el mugido del ganado de los bosques de las Malvinas y de muchas casas acogedoras. El otoño era precioso en Calderwood Glen; pero la vieja casa señorial parecía vacía y silenciosa, y el corazón de Cora estaba triste, porque—

Grandes acontecimientos se celebraron en el vendaval,

Y cada hora traía una historia diferente,

y sabía que el mismo sol otoñal que enfosquía los bosques de Escocia iluminaba a sus regimientos con falda escocesa en su camino de muerte y peligro por el Alma. Hubo momentos en que Cora pensaba que, por amargo que fuera, ese dolor desesperado por la ausencia de alguien a quien amaba, lo dulce que podría haber sido—qué tristemente dulce—Newton la hubiera amado a cambio. ¡Ah! No era desesperanzador entonces; pero Newton amaba a otro, que también le quería a él. Pero, ¿le amaba esa otra tan bien como ella, la pobre y silenciosa Cora? ¿Y lo amaría siempre? Entonces, cuando escuchó al cardo, con sus alas doradas, cantar entre los tilos, las palabras de la vieja, vieja canción parecieron llegar realmente a su corazón mientras las tarareaba.

Allí se sentó sobre el tilo

Un pájaro, y cantó su melodía;

Tan dulce que cantaba, que, según oí,

Mi corazón volvió a volver;

Fue a un lugar recordado,

Vio crecer los rosales,

Y volvió a pensar en los pensamientos de amor

Allí lo apreciaron hace mucho tiempo.

Parece que mil años
Ya que por mi amor me sacio,
Sin embargo, por haber sido un extraño durante mucho tiempo,
No fue mi elección, sino el destino;
Desde entonces no he visto las flores,
Ni escuchó el dulce canto del pájaro,
Mis alegrías han pasado demasiado brevemente,
¡Mis duelos han sido demasiado largos!

¡Las damas partían para unirse al ejército del Este como enfermeras! Se le ocurrió una idea, y luego se echó atrás, porque Cora no era una de nuestras británicas de carácter fuerte, sino una chica escocesa buena, bondadosa, sincera y de gran corazón; y es una peculiaridad de las mujeres escocesas rehuir siempre la publicidad; y, de alguna manera, la vida pública no parece ni su *fuerte* ni su *papel*.

"¡Ah, oh!" pensó Cora; "¿Y si esto no es solo una separación, sino una pérdida para siempre?"

Aún no se había librado ninguna batalla; pero ya muchos hombres habían perecido en Varna, en Scutari y en otros lugares, de fiebre y cólera. Y así, a menudo, mientras deambulaba sola por los paseos del jardín, junto a la vieja Piedra de Batalla en el bosque, junto al Bosque de la Víbora o el Pozo del Rey Jacobo, lloraba al pensar en el joven lancero animado que había visto por última vez marchando hacia el Este, y aún más en su antiguo compañero de juegos y primo, que en su infancia tanto la acariciaba en casa.

Y cuando Cora decía, o el viejo Willie Pitblado leía, que los lanceros habían embarcado, que habían tocado en Gibraltar, en Malta—que estaban en Varna o en otro lugar—él se detenía y levantaba la vista con nostalgia, diciendo—"¿Aún no hay palabra de mi Willie?"

"Pero los papeles tampoco mencionan al capitán Norcliff."

"Ay, ay, cierto, señorita Cora", murmuraba el anciano, negando con la cabeza ante omisiones tan extrañas.

La ansiedad, el amor y el miedo dañaron la salud de la pobre chica. Era alternativamente resignada y amable, o irritable y de mal genio. Aunque frecuentemente egocéntrica y preocupada, se esforzaba, con una alegría fingida, por demostrar a quienes la rodeaban que no era ninguna de las dos cosas. A veces agradecía la simpatía o se irritaba por ella, mientras que su ansia de noticias sobre el ejército del Este se convertía en fuente de especulación—¿llamémosla amistosa?—entre visitantes tan perspicaces como las mesdames Spittal y Rammerscales, esposa del ministro de la parroquia, o la servilmente elegante señora Wheedleton, la ribilla del abogado del pueblo.

Para colmo, tenía un nuevo admirador en el joven señor Brassy Wheedleton—un abogado recién iniciado—que tenía en sus manos una disputa sobre una fianza sobre una parte de la propiedad de Calderwood, y que, como Sir Nigel le patrocinaba, siendo hijo de un vecino, dependiente y principiante en la abogacía, la veía más a menudo de lo que le gustaba como visitante en el Glen. Cora siempre estaba más irritable cuando llegaba una carta de sus amigos ingleses en Kent. Sin embargo, su correspondencia con Chillingham Park había disminuido cada día desde que el regimiento salió de Inglaterra, por lo que ninguno de los dos podía decir exactamente. Las misivas de Louisa estaban generalmente llenas de alegría y del mundo de la moda, con todo su brillo de espumillón y frivolidad despiadada. En cuanto a la guerra y a nuestros pobres soldados en el Este, ella no les prestó atención más que al reloj de San Pablo o a la nieve del año pasado. Su última carta había sido toda sobre la elevación de mi Lord Slubber a marquesado (omitiendo los títulos intermedios de vizconde y conde), y adjuntaba un papel de un periódico matutino de moda, en el que anunciaba que el rey de la jarretera había entregado al noble par "un abrigo de aumento, además de la sarna de tres cabezas de galera, de la gran línea anglo-normanda de De Gullion, con la jaula en jefe concedida al cuarto barón de ese ilustre nombre, por el más grande de los Plantagenet, cuando ese caballeroso monarca colgó a la condesa escocesa de Buchan fuera de las murallas de Berwick durante cuatro años en una jaula de hierro, y cuando 'el poderoso y valiente Lord Slobbyr de Gulyone era capitán yairof con el CCC Archeris.'"

Esto le provocó a su padre la primera carcajada que se había entregado en tiempo, pues él también se había vuelto algo apagado y irritable.

"Tres cabezas de carcajadas; ¡Cora, esto es excelente!" dijo el viejo baronet, aún riendo; "es muy gracioso cómo el snob inglés de la alta familia presume de descender de la chusma de Guillermo el Normando, igual que a nuestro snob escocés le gusta deducir su linaje de aquellos *saxones* que huyeron de Hastings, o de los salvajes

daneses que castigamos en Luncarty y otros lugares. ¡Ya había Calderwoods en el Glen antes de cualquiera de esas épocas! ¿Qué dice la vieja rima?

Calderwood era justo de ver,

Cuando se aferraba a Cameltrie;

Pero Calderwood era aún más hermoso,

Cuando creció en Crosswood Hill."

El viejo amigo de Sir Nigel, el general Rammerscales, estaba en el suelo con gota y fiebre de la selva, y su amigo político, Lickspittal, estaba ausente en el Parlamento—donde, como un verdadero diputado escocés, servía para llenar la cámara, votar con el lord attorney o la mayoría, y trabajar en todos los comités (que pagaban); pero, por supuesto, permaneciendo tan ajeno a los intereses escoceses como a los de los indios sioux.

Ahora que residía casi permanentemente en la antigua casa señorial—el Lugar de Calderwood, como se le llamaba *por excelencia*—Sir Nigel se sintió algo contagiado por la melancolía de su hija. Los pensamientos de sus dos hijos muertos—Nigel, que cayó en Goojerat, de su niño Archie, y también de su sobrino, el único hijo de su hermana favorita, expuesto a todos los peligros de la enfermedad y la guerra en Turquía—le volvían una y otra vez, mientras deambulaba por las habitaciones y bajo los viejos tilos que a menudo resonaban con sus voces en la infancia; y pensó en cómo serían las antiguas propiedades, y el título concedido por primera vez por el rey Carlos a Sir Norman Calderwood, *Primus Baronetorum Scotiæ*, tras su muerte, un acontecimiento que sabía que algún día tendría a suceder; pues, aunque sanos y robustos, sentía que ahora pesaba una piedra o dos más, y tendía a "funk" en una valla hundida, y ahora encontraba a ese noble bruto de Splinterbar un poco duro para su mano de brida.

Incluso la vieja canción de Cora, "El Cardo y la Rosa", solo servía para entristecerle—para hacerle pensar en quienes la habían cantado hace mucho, mucho tiempo; y luego pedía otra botella de ese raro y cremoso clarete viejo, que el señor Binns guardaba entre las telarañas, en un rincón particular del sótano, para ellos mismos.

¡Fiel viejo Davie Binns! Se había vuelto canoso, blanco y calvo al servicio de los Calderwood, como sus padres antes que él, y como muchos otros sirvientes de esa amable antigua casa escocesa—una, en efecto, "de los tiempos antiguos." Si le hubieran despedido por negligencia en el deber, habría pensado que el mundo se

estaba acabando, y sin duda se habría negado rotundamente a irse; pues Davie fue uno de una clase de sirvientes que están falleciendo, incluso en Escocia e Irlanda; y del reino hermano temo que hace tiempo que han desaparecido.

Acompañados por el viejo Willie, Sir Nigel y uno o dos amigos de vez en cuando disparaban a las perdices en la rastrojilla o en los campos de nabos; pero cuando tuvo lugar el primer encuentro de los sabuesos, su amo no estaba.

En vano los cuernos fueron tocados por las laderas de Largo y Balcarris Wood; en vano los perros dieron la boca, chillaron y movieron la cola erguida. La cobertura se trazó y cada espuela fue golpeada profundamente, mientras los cazadores cruzaban dique y foso, por lagos, páramos y montañas; pero Sir Nigel estaba triste en su casa en el Glen, y sus cazadores favoritos, Saline y Splinterbar, fueron olvidados en sus establos.

¿Por qué era esto?

En un domingo hacia finales de septiembre—un domingo que muchos deben recordar con tristeza—misteriosamente, como si fuera llevado en el aire, pasó un susurro sobre toda la tierra de un gran acontecimiento que había ocurrido muy, muy lejano; y ese susurro encontró eco en muchos corazones y hogares en Inglaterra—en muchas cabañas de barro irlandesas y valles escoceses—en muchas viviendas altas y muchas humildes.

En la pintoresca y antigua iglesia del pueblo de Calderwood, durante el servicio matutino, pasaba por los bancos de oreja a oreja entre la gente, incluso hasta el antiguo y encantado pasillo de St. Margaret, donde Cora se sentaba (sus ojos dulces y sinceros fijos en el predicador, aunque sus pensamientos estaban lejos) junto a su padre en su asiento de roble tallado, con todas sus heráldicas encima; pues era señor de todo el valle y la mansión — un pequeño rey, pero muy bondadoso, entre el campesinado de allí.

Así que, en esta calma y soleada mañana de verano, cuando ningún sonido perturbaba la voz del predicador salvo el susurro de los robles fuera, o el trino de las andorinas en sus nidos entre las tallas góticas, llegó vagamente al valle pastoral—vagamente, salvajemente, nadie sabía cómo—la noticia de que se había librado una gran batalla lejos, lejos en Oriente, y que habíamos perdido cuatro, cinco, algunos decían incluso seis mil hombres; pero que fuimos, gracias a Dios, *victoriosos*.

Pausando su sermón, mientras sus ojos se encendían y su mejilla se sonrojaba como nunca antes al relatar las sangrientas guerras de judíos y egipcios, el anciano ministro anunció la noticia desde el púlpito, añadiendo (el primer rumor falso) "que el duque

de Cambridge había caído al mando de la Guardia y de nuestros propios chicos de las Highlands, mientras los guiaba, espada en mano, por las colinas del Alma."

Todas las miradas se dirigieron al pasillo de Santa Margarita, donde, a través de las ventanas pintadas, el sol amarillo se filtraba sobre el cabello plateado de Sir Nigel y las suaves trenzas oscuras de Cora, pues todos sabían que tenían un pariente querido en ese campo lejano, y cuando el ministro pidió al pueblo que se uniera a él en oración por quienes pudieran caer, y para las viudas y huérfanos de los caídos, fue con corazones sinceros, humildes y arrepentidos que los campesinos sorprendidos y ansiosos sumaron sus voces a las suyas.

Cora se cubrió la cara con su pañuelo; y el viejo Pitblado miraba a su alrededor, serio y severo como cualquier Covenantar que alguna vez haya llevado un sombrero azul; pero el corazón del pobre hombre estaba lleno de lágrimas, mientras rezaba al cielo para que su Willie estuviera a salvo. Además, como nativo de Fife, tenía mucho del horror antiguo y consanguíneo de la militancia peculiar de esa península, desde aquellos oscuros días en que la infantería de Fifeshire encontró sus tumbas en el campo de Kilsythe.

Antes de que el sol rojo otoñal se pusiera más allá de las verdes colinas de Clackmannan, el cable eléctrico había anunciado el paso del Alma a lo largo y ancho de toda la tierra—cruzando toda Europa, desde las orillas del Bósforo hasta las del Shannon.

Pero en respuesta a un mensaje enviado por Sir Nigel al Ministerio de Guerra—un telegrama enviado para calmar la agonía del amor—llegó la breve pero terrible respuesta—

"¡El nombre de tu sobrino está entre los muertos!"

"¡Papá—papá—entre los muertos—entre los muertos!" exclamó Cora, después de que pasara el primer paroxismo impactante de su dolor.

"Sin embargo, no desespero, Cora", dijo el anciano, desconcertado, acariciándola y sin saber qué decir, mientras recordaba la amargura aguda que la gaceta de Goojerat le trajo al corazón, cuando allí leyó el nombre de su hijo mayor y la esperanza—su oscuro y apuesto Nigel.

"Oh, no me hables de esperanza, papá. ¡Pobre Newton, lo quería muchísimo! ¡No puedo atreverme a tener esperanza!"

"Queridísima Cora, no tenemos detalles. Puede que esté desaparecido. He oído hablar de muchos que regresaron en la antigua época peninsular. Mi viejo amigo, Jack

Oswald, de Dunnik, entre otros; pero siempre se le encontraba bajo un montón de muertos, o algo así."

"Pero el telegrama dice claramente, entre los muertos—su cuerpo, su pobre y destrozado, debió de ser visto——"

"El coronel Beverley me escribirá. En unos días conoceremos todos los detalles."

"Aunque solo estuviera herido, yo sería miserable; pero saber que está muerto—muerto—Newton muerto—enterrado muy, muy lejos por extraños, y entre extraños, y que nunca, nunca volveré a verle! ¡Oh, papá—mi querido papá!" exclamó, lanzándose sobre su pecho, "¡Amaba mucho más a Newton que a la vida!"

Y así se le escapó el gran secreto en su dolor.

CAPÍTULO XXXVIII.

La pelea ha comenzado—en un instante de fuego

Brillante sobre las colinas se escucha el relámpago de volean,

Estalla el fuerte proyectil, los disparos mortales silbando,

Y el cañón ronco añade su sonido más pesado,

Hasta que se abran las nubes que se alzan entre

Viste con una penumbra más densa la escena enloquecedora;

Y como la cresta salvaje y enfadada de la ola,

Que se hincha en espuma sobre el pecho chillón de Ocean,

Por cada línea larga se extendían los volúmenes en curva,

Y cuelgar sus coronas blancas en la cabecera de la columna.

Tras el cruce del Bulganak por las tropas, se impuso un silencio estricto y no se tocó ningún tambor ni se tocó la corneta. Dispersos grupos de caballería rusa rastrearon todo el terreno frente a nosotros; y mientras galopaban de un lado a otro, el brillo de las lanzas cosacas, el destello de una carabina o el constante brillo de las espadas y las corasas, brillaban a veces entre los bosques de los árboles de trementina y entre las ondulaciones rocosas del paisaje. Así, nosotros, los británicos, no pudimos ser del todo conscientes de la naturaleza del terreno al que nos acercábamos, mientras los franceses marchaban recto y con confianza hacia ciertos grandes acantilados, que habían sido cuidadosamente reconocidos desde el mar en el extremo derecho, y

que debían asaltar, junto con el pueblo de Almatamack, a punta de bayoneta. A las nueve, los franceses a nuestra derecha —la columna de Bosquet— se detuvieron y cocinaron su café en silencio, mientras nuestras tropas aún avanzaban laboriosamente por terreno accidentado para acercar nuestro flanco al suyo; y ahora, mucho más allá de las columnas extendidas de los aliados—esas largas y brillantes líneas de bayonetas, barriles inclinados y colores ondeantes que brillaban bajo el sol de una hermosa mañana—veíamos el humo oscuro de los vapores de guerra alzándose en el aire despejado, mientras se acercaban sigilosamente, buscando oportunidades para abrir fuego contra la elevada posición rusa; y a las diez y veinte oímos el primer retumbar de cañón, mientras lanzaban sus disparos entre las tropas imperiales detrás de la estación telegráfica, que estaba a casi cinco mil metros de la costa. Se produjeron dos paradas prolongadas más, mientras se realizaban las consultas finales entre Lord Raglan y el mariscal St. Arnaud; Pero aún así nos acercábamos más a la escena del conflicto que se avecinaba.

Delante de nosotros rodaba el Alma—un río pintoresco—que nace entre las laderas occidentales del Chatyrdagh, en la Tartaria de Crim, y desemboca en el Euxino, a unos doce kilómetros de Sebastopol. Su orilla sur se eleva en rocas pintorescas, que en algunos lugares son escarpadas y terminan en un acantilado elevado que sobresale sobre el mar; y esta formidable posición iba a ser defendida contra nosotros por más de treinta y nueve mil rusos y ciento seis piezas de cañones, liderados por el príncipe Alexander Menschikoff, uno de los generales más distinguidos del emperador, que había nacido como hijo de un pobre pastelero, pero que ahora ostentaba el mando civil y militar supremo en Crimea. Un disparo de un cañón turco le mutiló gravemente en el asedio de Varna, y por tanto el odio que sentía hacia la raza y la fe de los osmanlis era profundo y feroz. Su habilidad no estaba a la altura de su presunción, pues pensaba plenamente—como afirmaba una carta encontrada en su carruaje por el capitán Travers nuestro, tras la batalla—que si los tres ejércitos invasores no eran derrotados en el Alma, podría defender plenamente sus colinas durante tres semanas, hasta que el Emperador le enviara refuerzos desde las estepas de Besarabia.

A dos millas de la desembocadura del Alma se alzaba el pintoresco pequeño pueblo de Burliuk. Ahora estaba en llamas, y el humo del incendio rodaba entre los viñedos, que cubrían la pendiente que se extendía entre el arroyo y la base de esos acantilados a lo largo de los cuales brillaban las líneas hostiles del ejército ruso. Esas líneas se extendían a lo largo de las colinas de dos millas, que eran intersectadas por profundos barrancos. En cada cresta, fuertes baterías de cañones barrían los accesos a estas; Se excavaron trincheras profundas a lo largo de las laderas de la

montaña, y allí se destinó la infantería. Construida en el lateral de la colina Kourgané, que se eleva a seiscientos pies sobre el Alma, había una enorme batería, formando dos lados de un triángulo y equipada con catorce cañones pesados, cañones de treinta y dos libras y obuses de veinticuatro libras. El ascenso a este estuvo comandado por otras tres baterías, con veinticinco cañones. Atacar la colina Kourgané —el ala derecha del ejército ruso— con todos sus cañones, obuses y trincheras, fue la tarea asignada a la División Ligera bajo el mando de Sir George Brown, apoyada por el duque de Cambridge, con la Guardia y los Highlanders; y Menschikoff estaba tan concentrado en su defensa, que concentró allí dieciséis batallones de infantería regular, dos batallones de marineros y dos brigadas de piezas de campaña. Cerca de ellos había muchas damas en carruajes de Sebastopol y de otros lugares, esperando ver cómo eran golpeados los "maldiciones ingleses".

Durante una de las largas paradas mencionadas, no pude evitar pensar en lo encantadora que era la mañana para el trabajo impenable que teníamos entre manos. El sol no tenía nubes, y la suave brisa de la mañana de septiembre jugaba por las laderas cubiertas de hierba, agitando las hojas de los olivares y los aterpentinales, y el follaje más amplio de los viñedos, hasta que finalmente incluso su aliento se apagó en la cima de las colinas hostiles. "Fue entonces cuando en los ejércitos aliados ocurrió", dice Kinglake, "una pausa singular de sonido—una pausa tan general que fue observada y recordada por muchos en lugares remotos del terreno, y tan marcada que su interrupción por el mero relincho de un caballo enfurecido captó la atención de miles; y aunque ese extraño silencio era mero resultado del cansancio y la casualidad, parecía tener un significado; pues fue entonces cuando, tras casi cuarenta años de paz, ¡las grandes naciones de Europa se reunían una vez más para la batalla!"

Los vapores franceses bombardeaban ahora las alturas, los rusos respondiendo con poca ayuda; y justo cuando una bomba, espléndidamente lanzada por los primeros, entre las coronas de humo que se enroscaban alrededor de la cima de los acantilados, desenmascaró una emboscada que se había preparado para los Zouaves que avanzaban, tras disiparse el humo, que mostró por las formas postradas de los fusileros que mató, lo bien que había hecho su trabajo fatal—justo cuando estaba viendo este episodio, A través de mi cristal, oí a Studhome decir: "Norcliff, tenemos que ir al frente."

"¿Nuestro, solo?"

"Sí."

"¿Por qué?"

"No puedo decirlo; pero ves el peligro de tener fama, Newton", dijo Jack, riendo, pues estaba de un humor inusualmente alto. "Nosotros, los lanceros, servimos contra los Pindarees en la India Central, en Neerbudda y en otros lugares—los hombres y caballos, pobres gruñones, cambio; pero el nombre y el número permanecen. Así ves, ves lo que nos cuesta el honor de tener un buen nombre y un número de gallarda. Los lanceros deben avanzar."

"Solo su escuadrón, capitán Norcliff", dijo el coronel Beverley, galopando hasta donde estábamos detenidos en brigada; "Avanzaréis y extenderéis hasta duplicar la distancia habitual de escaramuzas, simplemente para sentir al enemigo."

Saludé y di la orden: "Tres a la derecha—rueda izquierda—adelante", y nos lanzamos a trote, con plumas y penones brillando en el aire.

"¿Si te alcanzan, Bill?" gritó uno de nuestros hombres al sargento Dashwood, de la tropa de Wilford, que formaba la izquierda de mi escuadra.

"¡Bah! He escapado lo suficiente en la India", dijo el sargento, riendo; "y, por favor, cielo, aunque sea por mi pobre esposa, lo volveré a hacer."

Sin embargo, no agradó al cielo, porque una hora después de este digno sargento Dashwood yacía boca arriba, pálido y rígido, con una bala en el corazón.

Al detenernos, formar una línea al frente y extendernos desde la derecha a toda velocidad, escuché a Jocelyn, un tipo salvaje y extravagante, decirle a Sir Henry Scarlett: "¡Me pregunto cuántos malditos *obituarios postales* serán cancelados hoy!"

Ahora avanzábamos lentamente sobre el terreno abierto, deteniéndonos a veces, y cada momento nos daba una vista más clara y cercana de la posición enemiga.

Miré hacia atrás. Qué firme avanzaban, esas espléndidas líneas de infantería británica—los Royal y Welsh Fusiliers, el 19º y el 33º, y los Connaught Rangers—extendiéndose de un lado a otro, en escarlata—ese glorioso e histórico color, que llena a la vez el ojo y la mente—sus bayonetas brillando al sol y sus colores amenazantemente avanzados, pero colgando apático, pues el viento se había apagado. Miles de quienes ahora marchaban allí, en juventud, orgullo y salud—cuyo lugar en casa aún estaba vacío en el corazón de muchos padres—estaban condenados a engordar la tierra con sus huesos y hacer que la hierba de los futuros veranos creciera más verde en las laderas del Alma. Recuerdos fuertes de mi juventud, del rostro y la voz de mi madre fallecida, estaban conmigo ahora, y también venían lágrimas—apenas sabía por qué; pero me sentía algo como en un sueño.

También sentía un fuerte anhelo de ver a la orgullosa Louisa, a la tierna Cora Calderwood y a mi amable viejo tío—esos a quienes quizá nunca vuelva a ver.

Me esforcé por imaginar cómo soportaría Louisa Loftus el shock de saber que había caído—si es que caía. ¿Cuándo y por quién le daría la noticia? También pensé en los tranquilos bosques antiguos de Calderwood Glen, bajo la sombra del gran Lomond. Allí, al menos, todo era paz, gracias al cielo; y en mi corazón recé para que así fuera por mucho, mucho tiempo. Y también era extraño que, en esta época tan emocionante, cuando miles de razas diversas estaban a punto de cerrarse en el shock de la batalla—cuando unos minutos más podrían verme cara a cara con la muerte—muerte por cañón, rifle o sable—incluso mientras la explosión de los proyectiles franceses resonaba cada instante en el aire—parpadeaban en mi memoria fragmentos de melodías musicales frívolas, y uno o dos incidentes triviales en el comedor; de modo que la vasta variedad a lo largo del Alma parecía casi una fantasmagoría. Pero aquí una mano se posó sobre mi brazo de brida. Fue la mano de mi fiel seguidor, Willie Pitblado, quien colgó su lanza y, hundiendo al soldado en el amigo y compatriota, dijo, mientras sus brillantes ojos grises brillaban bajo su gorra de lancero—

"¿Lo oye, señor? ¡Es la gaita de la brigada de las Highlands!"

Estábamos tan a la derecha de nuestro escuadrón que estábamos cerca de la división del Duque de Cambridge, compuesta por los Grenadier, Coldstream y Scots Fusilier Guards, con tres de los regimientos de las Highlands (el 42º, 79º y 93º), cuyos gaiteros tocaban ahora el pibroch de sus cuerpos durante la segunda parada; y entonces, en todo el campo, el viejo salvaje "recuerdo de mil años" se encendió en el corazón de cada escocés. Sentí su entusiasmo; Vi que Willie también lo sentía, y en la sonrisa amable que intercambiamos se transmitió un mundo de sentimiento oculto. Salvaje, bárbaro y grosero como pueda considerarse —un instrumento, quizás, irremediable—, la voz de la flauta de guerra rara vez cae sin un efecto extraño y conmovedor en el oído escocés; y que ni inglés ni irlandés confíen jamás en ese escocés que lo escucha sin inmutarse por el amor a la patria y al hogar. ¡Hay algo podrido en el fondo de su corazón! En cualquier parte del mundo lejano donde un escocés escuche sus extrañas notas, y el ronco zumbido de sus profundos zumbidos, le hace soñar con su hogar; de la antigua cabaña de techo de paja en el valle de la montaña, donde el armillón de arrastre burbujea bajo la larga escoba amarilla, o "la vieja bergantina de la vieja casa" donde pescaba en su infancia; y con su voz vuelven los rostros de "los amados, los perdidos, los lejanos y los muertos", y las glorias y batallas de los años que han pasado. También ve la antigua iglesia, donde rezaba junto a las rodillas de su madre; El cementerio, con todas sus piedras cubiertas de

